



LAS ALAS DEL DESTINO

ANTONIO TORRES RODRÍGUEZ



Las Alas del Destino

Antonio Torres Rodríguez

Autor y propietario de todos los derechos legales:

Antonio Torres Rodríguez

a_torres_rodriguez@hotmail.com

Telef. 34 - 600 792 762

C/ Francisco de Borja Pavón N° 1 – 1º – 2

14002 – Córdoba - España

*A menudo encontramos nuestro destino por los caminos que tomamos
para evitarlo.*

Jean de la Fontaine

Índice

- 1 Desencuentros
- 2 Cuento del hombre bipolar
- 3 Busca a tu hermano
- 4 Rosas marchitas
- 5 Naufragio
- 6 Un golpe de calor
- 7 El sueño del pianista
- 8 Vacaciones de crucero
- 9 Dudas de amante
- 10 Reprimenda
- 11 El guitarrista anónimo
- 12 El perfume
- 13 El colibrí
- 14 El hombre coloreado
- 15 El cartero
- 16 Pasión plástica
- 17 Fresas con nata
- 18 Frustración suicida
- 19 Anatomía de una composición
- 20 El recuerdo
- 21 Transitoriedad efervescente
- 22 Caprichoso Cupido
- 23 Crónica de un exorcismo
- 24 La extraña atracción
- 25 Ira cegadora
- 26 El funámbulo
- 27 La maldición
- 28 Al otro lado de la realidad
- 29 La lupa y el lapicero malvado

- 30 Efecto lepidóptero
- 31 El presidiario
- 32 Deshojando margaritas
- 33 Fantasías clandestinas
- 34 Cita a ciegas
- 35 En busca de la felicidad
- 36 Espérame
- 37 Delirios geométricos
- 38 La heredera
- 39 Misión especial
- 40 Última sesión
- 41 La profecía
- 42 La nariz roja
- 43 Casual encuentro
- 44 Naturaleza asesina

Desencuentros

A veces nos pasamos la vida entera esperando encontrar a nuestra media naranja y cuando se consiguen conjugar todos los ingredientes para que suceda el encuentro y los elementos se alinean permitiendo que la providencia la ponga frente a nuestros ojos, entonces aparece el factor más influyente y determinante, nosotros mismos, provocando que por una decisión errónea se nos pase el tren que tanto tiempo estuvimos esperando y deseando, llegando a alcanzar tan sólo a ver cómo se nos aleja en él a quien tanto buscamos.

Eso mismo debió de pensar Paula cuando quedó desorientada en el andén del metro, viendo cómo se perdía por la boca del túnel el último vagón.

Ni imaginarlo podía cuando una semana antes viajaba como cada mañana con destino a la universidad y por los cristales del vagón vio a una joven de aspecto delicado que también portaba libros entre los brazos, que se mostraba frente a ella al otro lado de las vías en el convoy que coincidía en horario con dirección opuesta. Las dos jóvenes se quedaron mirando fijamente hasta que la velocidad y entre el gentío que abarrotaba el interior de los vagones obstaculizaron la visibilidad entre ellas.

Paula quedó atraída desde ese mismo momento y su imagen ya no se apartó de su mente durante toda la jornada, pensando en su belleza y en su mirada, imantada con la de ella. A la mañana siguiente y envuelta en la misma vorágine cotidiana subió de nuevo al metro que le llevaría a tomar las clases universitarias. Probablemente ya nunca más volveré a verla, pensaba, mientras el metropolitano comenzaba desplazarse sobre las vías dejando ver sobre la ventanilla el paso revolucionado de la vida al otro lado del cristal.

La parada se iba acercando al mismo tiempo que su inquietud subía de tono a la espera de saber si lo del día anterior fue sólo una coincidencia y ya nunca más se daría otro casual encuentro. Pero el convoy se detuvo coincidiendo también en esta ocasión frente al vagón de la desconocida pasajera y allí estaba. De nuevo sus figuras se quedaron inmóviles y mudas frente a frente, con un mensaje de atracción mutua en sus miradas, y tras unos breves minutos otra vez la velocidad se interpuso entre las dos rompiendo el encanto del encuentro.

El pulso se le alteró y por primera vez comenzó a sentir un cosquilleo dulce que le recorría el cuerpo. La alegría y la sonrisa se instalaron en ella al tiempo que su mirada se quedaba anclada en cualquier objeto, al azar y con el horizonte perdido. Su concentración quedó limitada a un recuerdo y por su mente ya no pasaba otra cosa más que la imagen de quien comenzaba a sentirse enamorada.

Pasaron varios días más y la dulce sensación se tornaba temerosa, sólo un día más de clases en la universidad y de nuevo regresaría a su ciudad, a su país, lo que significaba que probablemente ya nunca más volverían a encontrarse, que todo quedaría en una hermosa ilusión efímera. No así, y consciente de ello, se atrevió a dar un paso adelante. No podía dejar escapar la oportunidad de conocer a aquella chica que le ocupaba su pensamiento todas las horas del día y en sus sueños.

A la mañana del último día se levantó más temprano que de costumbre y tomó el metro de anterior horario al habitual, con la intención de apearse en la parada del encuentro y pasarse al otro andén, esperar al convoy en que

acostumbraba a viajar la desconocida pasajera y provocar un encuentro más cercano. Y así lo hizo, se abrieron las puertas y subió al vagón donde la joven de delicado semblante se mostraba cada mañana desde días atrás.

Buscó y buscó, pero no la encontró en el compartimento, no estaba allí. Fue entonces cuando su manifiesta desilusión se multiplicó, al ver que la joven se hallaba en el convoy opuesto, en el mismo vagón en que ella viajaba cada día. La expresión de sus miradas lo dijeron todo y Paula sólo acertó a salir precipitadamente del metro y quedarse en el andén, donde por última vez vio alejarse a la mujer que le había trabado el corazón.

Cuento del hombre bipolar

La cálida mañana veraniega invitaba al relax y disfrute de los placeres mediterráneos en la pequeña ensenada. Como cada mañana estival el cuentacuentos disfrutaba de la brisa marinera junto a su pino preferido, bajo su sombra, a la espera de que los jóvenes y curiosos que transitaban la playa acudieran a su encuentro, donde cada día les contaba un cuento, les narraba una historia con sabor a mar napolitano. Poco a poco y como en una liturgia los escuchantes se iban sentando a su alrededor, esperando a que el narrador comenzara su relato. El contador bebió un trago de agua fresca y comenzó su historia, la del hombre bipolar:

Cuentan que hace ya algunos años, tantos como los que no alcanzamos a haber vivido, existió un joven inquieto hijo de esta isla. Pietro, como se llamaba, soñaba cada día con recorrer otros lugares, otros países, con vivir aventuras y nuevas experiencias. Él creía que era la mejor manera de encontrarse a sí mismo, la de ir puliendo su pensamiento a golpe de vivencias. Tantas ilusiones y ansias por recorrer mundo tenía que cada mañana subía a la colina más alta de Ischia, para en los días claros observar el horizonte, la silueta de la costa napolitana, la línea del paisaje toscano; cada jornada hasta la puesta del sol, donde Neptuno pinchaba con su tridente al astro rey para llevarlo a su reino a dormir, para al día siguiente despertar de nuevo radiante y vigoroso, espléndido de luz, exultante de vida.

Uno de aquellos días, en el que el otoño se hizo patente y las nubes comenzaron a nublar el horizonte, Pietro decidió que había llegado el momento de partir a buscar su propia identidad, aquella que, contaban los mayores del pueblo, llevamos dentro y que sólo aparece con el transcurrir de

los días y las experiencias. Era tan inquieto que no soportó la espera, quiso adelantarse a su tiempo y a las vivencias para provocar su llegada lo antes posible. Bajó de la colina y fue en busca de su amada madre, de la que se despidió, para luego acercarse a los barcos amarrados en el puerto y en uno de ellos cruzar hasta su horizonte soñado.

Recorrió la Toscana, sus colinas y campos cosechados, y continuó hasta llegar a Venecia, por donde navegó en góndolas por entre canales, con el revolotear de palomas al sonido bizantino del repicar de San Marcos. Y continuó su caminar; y caminó hacia el norte hasta poner sus pies andariegos en las orillas del Danubio, en el valle de los Bosques de Viena, con ritmo de vals y entre lagos con blancos cisnes que se difuminaban con los paisajes de palacios nevados. Y siguió la senda con la vista puesta en los Alpes, en su esbelta cordillera y por los verdes valles a su falda.

Continuó hacia el Norte, hacia el Este, hasta las tierras bajas, entre canales y molinos de viento, al color de los interminables campos de tulipanes. El mar se situó a sus pies y decidió bajar continente hacia el Sur, hasta quedar prendado en las riberas marsellesas de la Costa Azul. Siguió el mismo punto cardinal en su rosa de los vientos hasta enamorarse de Sierra Morena y recorrer sus montes bandoleros a lomos de una yegua cartujana; miró hacia el Este y ancló sus ojos en los tristes fados de la dulce y triste Lisboa, donde se sentó a mirar el horizonte atlántico, igual que años atrás hacía sobre la colina de su querida isla mediterránea. La añoranza le invadió y decidió que aquél era el momento de regresar. Y regresó.

Nadie en su pueblo recordaba ya al joven Pietro, ni siquiera su querida madre salió a recibirlo, ya no estaba entre los moradores vivos de Ischia. Sus

paisanos, que no lo reconocían, murmuraban a su paso preguntándose quién sería aquel desaliñado personaje que caminaba siempre solo y hablando en voz alta, cambiando el tono, preguntándose y respondiéndose a la vez, llorando y consolándose, riéndose a doble carcajada.

Comenzaron a llamarle el hombre bipolar, porque era capaz de mostrar doble personalidad. Hasta que una mañana uno de los más ancianos de la isla lo reconoció y recordó que salió muchos años atrás a recorrer mundo para encontrarse a sí mismo, fue el que supo llegar a la conclusión más lógica, que Prieto no sólo había encontrado su identidad sino que había regresado acompañado de su otro yo, el que se dice que todos llevamos dentro.

Busca a tu hermano

Busca a tu hermano, prométeme que no dejarás de buscarlo por nada del mundo. Fueron las últimas palabras que Milagros pronunció a su hijo José Antonio antes de morir. Ella siempre tuvo en el presentimiento que su primer hijo se lo robó aquel militar franquista que no paraba de piropearlo. No lo olvidaba, nunca olvidó la expresión de su cara mientras repetía -¡Pero qué niño más guapo!- como tampoco había olvidado su nombre, Laureano Gil de la Hoz, el responsable del traslado de las presas republicanas en el viejo tren de mercancías con dirección a la prisión de San Carlos.

La guerra española causaba estragos en la zona republicana por los ataques de los fascistas sublevados. Milagros cayó presa aquella noche de 1.937 en la que los rebeldes entraron armados en el pueblo, mataron a la mayoría de los hombres y apresaron a las mujeres en edad de luchar. Solo tuvo tiempo para envolver a su hijo en la toquilla y, a punta de fusil y a empujones, la subieron al camión que las trasladó al tren.

Al segundo día de ingresar en la cárcel una monja le arrebató a su hijo de entre los brazos con la excusa de que las condiciones del presidio no eran las adecuadas para la salud del niño. Dos días más tarde, la misma monja, fue a decirle que su hijo había muerto. Ella tenía el convencimiento de que no era verdad, que su hijo estaba vivo y que se lo habían robado, más aún, después de que la religiosa se negara a que pudiera verlo por última vez.

José Antonio tenía el conocimiento de que Milagros no era su madre biológica, aunque para él nunca supuso inconveniente alguno, siempre la aceptó como su propia madre desde que era un niño, cuando se quedó a vivir

con ella hasta el día en que murió.

La hermana de Milagros, Encarnación, fue a visitarla después de acabada la guerra. La contienda las mantuvo separadas durante varios largos años en los que la miseria y el hambre recorrían el país de punta a punta. La noche que los falangistas entraron en el pueblo y se llevaron a las mujeres, Encarnación, embarazada por aquel entonces, se escondió en la cuadra y no salió de allí hasta que se fueron. Al día siguiente huyó y no regresó hasta pasados algunos años.

José Antonio tenía una hermana algo menor que él y recordaba el día que junto a su madre fueron a visitar a Milagros a la ciudad, a reencontrarse las dos hermanas después de varios años separadas. Milagros lloraba desconsolada abrazada a Encarnación, implorando al cielo que le devolviera a su hijo querido que le habían robado.

A partir de aquel día Milagros se convirtió en su verdadera madre. Encarnación permitió que el niño se quedara con su hermana por unos días, para que le hiciera compañía y le ayudara a olvidar a su hijo desaparecido, pero aquellos días se convirtieron en toda una vida.

Para Milagros, José Antonio paso a ser Antonio a secas, como se llamaba su hijo biológico, había encontrado en su sobrino el remedio a sus desconsolados males. Sin embargo, no echó en olvido a su hijo desaparecido, cada día recordaba cómo y cuándo se lo quitaron de entre los brazos para no verlo nunca más. Nunca perdió la esperanza, hasta el último de sus días no dejó de pedirle a José Antonio que lo buscara y que, cuando lo encontrara, le dijera lo mucho que lloró por él, que nunca lo dio por muerto y que nunca lo había

olvidado.

Los esfuerzos por satisfacer a su madre, por encontrar el paradero de Antonio, fueron infructuosos. Buscó pesquisas por todas partes, en la antigua cárcel, en el convento de la monja que se lo arrebató, pero todo fue inútil. El paso de los años se había encargado de borrar el mínimo indicio de la existencia del niño Antonio.

A la muerte de Milagros, el único familiar que le quedaba vivo era su hermana Encarnita, que vivía en el pueblo donde Encarnación había muerto algunos años atrás. Con el dolor de la pérdida de su madre y con la promesa que le hizo a ésta de no dejar de buscar a su hijo, José Antonio decidió ir a visitar a su hermana.

El encuentro de los dos hermanos fue fundirse en un abrazo y desconsolado llanto. Pasados unos minutos de conversación Encarnita se levantó de la silla y se dirigió al viejo arcón situado bajo la escalera. Lo abrió y de él sacó una pequeña maleta. Su madre le había encargado que se lo entregara después de que su hermana Milagros falleciera.

Sorprendido, José Antonio abrió la vieja maleta de cartón piedra y en su interior encontró algunos objetos, una cartera con documentos y un sobre cerrado con una carta en el interior.

Con manos temblorosas extrajo la misiva del sobre y leyó en voz alta:

Querido José Antonio.

Nunca me atreví a confesarte un secreto que siempre he llevado guardado en lo más profundo de mi ser y del que nadie tiene constancia, ni siquiera mi

hija Encarnita y mucho menos mi hermana Milagros, que jamás sospecharían nada de esto que te voy a contar.

Aunque en los primeros años de tu vida te cuidé y te quise como a mi propio hijo, lo cierto es que yo no soy tu madre biológica. Al día siguiente de entrar los rebeldes en el pueblo huí y me escondí por los campos de cultivo. Vagué varias semanas por los cortijos de alrededor, donde me dieron de comer y me acogieron para pasar las noches.

No me quedaban muchos días para dar a luz a Encarnita y decidí ir caminando hasta la ciudad, con la intención de encontrar ayuda en algún hospital o convento de monjas, no me quedaba otra alternativa si quería seguir viviendo y que la niña naciera sin complicaciones.

Un día antes de llegar a mi destino, la providencia me hizo un regalo que agradecí toda mi vida. Era un niño que lloraba entre los cuerpos inertes de un padre y una madre que habían fallecido en el accidente. El coche se había salido de la carretera, quedó volcado y solo tú sobreviviste. La carretera estaba solitaria, no se divisaba un alma a la redonda, así que como pude te saqué del interior del vehículo y cogí algunas pertenencias de ellos, para que cuando llegara este día supieras quién eres realmente y quiénes fueron tus padres.

Espero que sepas y puedas perdonarme algún día por no habértelo dicho antes, no tuve el coraje suficiente de arrebatarte de brazos de mi hermana Milagros después de lo que tanto sufrió cuando le robaron a su hijo Antonio, otra vez no lo hubiese soportado.

Que Dios te bendiga. Cuida de Encarnita con todo el cariño del mundo, como yo lo hice de ti.

El final de la carta plantó el silencio en la sala, adueñándose de la estancia por un buen rato. A ninguno de los dos se le ocurrió decir ni una sola palabra.

Los dos quedaron igual de sorprendidos y con la mirada perdida en la pared de enfrente. El contenido de la carta derrumbaba de un golpe todo lo que el sentido de la familia y de la propia vida les había servido de apoyo para construir sus propias existencias.

Digiriendo aún la inesperada noticia, José Antonio dio paso a la curiosidad, a mirar las pertenencias que Encarnación guardó en la maleta 60 años atrás. La cartera de cuero dejó ver en su interior varios papeles en tonos sepia que no se habían desplegado nunca desde aquel fatídico día del accidente, en el que perdieron la vida sus padres. Entre algunos documentos halló lo que parecía un carnet con su foto desteñida, la de un atractivo militar con bigote, y un número de identificación junto a un nombre y apellidos: Laureano Gil de la Hoz.

Rosas marchitas

-Tengo que llamar a Isidro el cristalero para que repare esos cristales. Cualquier día de estos vamos a tener que lamentar una desgracia- decía en voz alta Adela, mirando al techo y dirigiéndose a Miss y Copete, que calentaban sus cuerpos peludos al sol primaveral de la mañana estirados sobre la tarima de madera. Los dos perritos caniche eran su familia, la única compañía desde hacía algo más de una década, cuando se quedó sola tras la muerte de sus padres.

En realidad no eran de pura raza, aunque a simple vista lo aparentaban. Eran los hijos de la difunta Lupita, cuya pureza sí rezaba en su pedigrí. La madre del clan canino recibió su nombre por una razón en concreto, Adela siempre le decía que tenía al andar la gracia que se tiene en los bailes de los mariachis. También le reprendía con frecuencia que fuese tan ventolera, que no guardara las formas de una jovencita bien educada y se escapara cada vez que su naturaleza le pedía diversión, pero acabó agradeciéndole que en una de sus fugas se quedara preñada y le regalara aquellas dos bolitas peludas a las que tanto quería; sus hermanos de camada no sobrevivieron.

El invierno había sido especialmente crudo, con muchos días desapacibles de lluvia y viento que dejaron sus huellas en el techo del invernadero, su antigua estructura de madera se había vuelto vulnerable con los años y ya no resistía las inclemencias del tiempo como antaño. Tampoco ella estaba ya para muchos trotes, el jardín exigía mucha dedicación y aunque le ofrecía todo su tiempo no era el suficiente. La edad no perdona y algunas tareas comenzaban a resultarle excesivamente fatigosas. La poda de los arbustos, el arreglo de los arriates, el riego, la siembra... Una entrega constante que no quería excluir de sus

obligaciones, realmente no tenía otras razones para vivir más que cuidar del jardín y de Miss y Copete.

Nunca culpó a sus padres de su soledad en el tramo final de su vida, ni se atrevió a reprochárselo, aunque era consciente de que la estricta y conservadora manera de pensar, especialmente la de su padre, fue la causante de que Braulio se marchara del pueblo para no regresar jamás. Las tres décadas pasadas desde entonces no había influido lo suficiente para el olvido. Aquel joven y apuesto muchacho fue su único amor, al que recordaba todos los días de su vida con la esperanza de que regresara.

La mañana transcurría apacible, armonizada por el alegre trinar de los pájaros que revoloteaban por entre las flores y los árboles frutales, a los que siempre procuraba dejar uno de los ventanucos abiertos para que pasaran la noche al resguardo. No tenía predilección especial por ninguno, las palomas, los gorriones, y hasta las golondrinas que muchas veces le ocasionaban daños en los semilleros con los excrementos caídos en el ir y venir constante construyendo el nido de barro, a todos los trataba con cariño e incluso les dejaba un puñado de semillas en un lugar bien visible para que se alimentaran.

Sus hábiles manos protegidas por los guantes se esmeraban en la siembra de los bulbos y tubérculos de floración estival, dalias, begonias, gladiolos, al tiempo que se recreaba con la vista en las florecidas violetas, claveles, malvas, margaritas, caléndulas o jazmines, todas lozanas y coloristas. Solo el rosal junto a la verja de la entrada se mostraba triste, marchito, al que también los años parecían pasarle factura.

Demasiado tiempo sin otra compañía que la de sus perritos, demasiados

pensamientos hurgando en los recuerdos, en las rígidas reglas de educación que marcaron su existencia. Hubiese sido diferente de no haber tenido un padre militar que no marcara las normas del hogar como si de un cuartel se tratara. Nada quedaba fuera de su control, el horario, las amistades, sus aficiones... El deseo de que encontrara a un hombre adecuado a su educación, con unas características y cualidades especiales merecedoras de una señorita de clase media-alta. No pensaron en ella como una persona necesitada en dar rienda suelta a sus inquietudes, en la necesidad de disfrutar de la libertad de escoger su camino en la vida. Tanto bien deseaban para su hija que se les pasó la oportunidad buscándola.

Tampoco ella les defraudó, se dedicó en cuerpo y alma a cuidar su ancianidad hasta el momento del último suspiro. Desde entonces la vieja casona que habitaba le resultaba infinita, fría, y con más recuerdos que detalles decorativos. Nunca pensó en otra posibilidad diferente que no fuese la de Braulio, en el caso de haber compartido la vida con un hombre. Amable, alegre, generoso, unas cualidades aceptables de pretendiente para sus padres que no fueron las suficientes ni superaron a la rebeldía inconformista propia de un joven inquieto. Un no rotundo al noviazgo que le costó superar y que fue el causante de que abandonara el pueblo.

Las horas pasaban y el sol se alzaba en el horizonte regalando un día espléndido, cálido, pero con la misma monotonía cotidiana de siempre, todo relajado, tranquilo. Hasta que Miss y Copete se incorporaron alertados por el sonido de la campanita de la entrada. Alguien llamaba al otro lado de la cerca de madera y los dos salieron corriendo y ladrando como un resorte hacia la puerta. Adela miró entre los cristales y al otro lado del jardín vio a Gabriel, el cartero, que le saludaba alzando una carta con la mano que luego depositó en

el buzón. Puso los pies en los pedales de la bicicleta y de la misma manera que había llegado se alejó perdiéndose por el camino.

El corazón le dio un vuelco. Para cualquier otra persona hubiera sido un acto normal encontrar una carta en su buzón, pero para ella era algo inusual. Hacía muchísimo tiempo que no recibía ninguna carta, hasta el punto de casi olvidar la existencia del servicio de correos. Los caniche regresaron a su lugar anterior resoplando al tiempo que movían las orejas con un tic nervioso provocado por una mosca juguetona que alteraba su sosegado descanso, en cambio, Adela comenzó a pasearse por la intriga con quién podría ser el remitente de la misiva. No tenía familia, no conocía a nadie que pudiera ponerse en contacto con ella a través de una carta.

Vueltas y más vueltas en el pensamiento hasta que la curiosidad pudo más y le venció. Se quitó los guantes y salió del invernadero en dirección a la entrada del jardín limpiándose las manos en el delantal. Extrajo el sobre del buzón acompañado del chirriar que producía el óxido de las bisagras metálicas y lo volvió a cerrar. El sobre blanco no mostraba remitente, lo que la mantuvo aún más en la especulación, sólo mostraba la dirección del destinatario y un sello conmemorativo de la Constitución Española. La primera reacción fue el dejarse llevar por el deseo de abrirla, pero se contuvo, pensó que mejor lo hacía tomándose un cafecito y un par de galletas.

El silbido del vapor anunciaba que el café comenzaba a hervir y mientras tanto Adela se recreaba mirando el sobre entre sus manos sentada junto a la mesa de la cocina; por defecto había ido eliminando posibles remitentes hasta que el deseo y la esperanza la convencieron para elegir un nombre, Braulio. La cafetera bullendo y Miss y Copete sentados a su lado en el suelo expectantes

ante la llegada de la media galleta para cada uno de ellos.

Por momentos el nerviosismo iba apoderándose de la mujer que se recreaba en el gozo de que sus sueños pudieran convertirse en realidad y que la carta anunciara al menos que nunca la olvidó a pesar de los años transcurridos. Al fin se decidió y con sumo cuidado fue pasando el cuchillo a modo de abrecartas tratando de que no se estropeará al rasgar el papel. Extrajo la nota, la desplegó y leyó: *Elecciones Generales a la Presidencia del Gobierno. Vota al candidato....*

Naufragio

El sol de la tarde comenzaba a tornarse anaranjado entre los azules de mil tonalidades en el horizonte marítimo, mientras que, en la arena de la playa la escena de la búsqueda continuaba sin dar resultados. Dos marineros se afanaban quitando las rocas de la torrontera que habían caído sobre el cobertizo hasta enterrarlo literalmente. El náufrago contaba su experiencia en la isla desde que, no sabía cuánto tiempo ya, había llegado a ella, a la vez que otro marinero comunicaba por radio al barco la situación encontrada en la isla:

...De no haber hallado compañía probablemente no hubiera soportado la soledad en la pequeña y deshabitada isla, que lejos de ser un paraíso llegó a significar todo lo contrario para él. El mismísimo infierno desde el segundo instante en que pisó tierra; el primero fue el de su salvación. Una suerte cínica, que podría entenderse como un castigo, porque, ¿para qué desea un náufrago una isla salvadora si ésta se va a convertir en una celda de castigo, donde la soledad es la única compañía de por vida?

Me cuenta que cuando llegó su desaparecido compañero supuso para él la vuelta a la vida. Su integridad emocional y psíquica estaba bajo mínimos cuando apareció entre las olas como por arte de magia. Al igual que él, probablemente habrá llegado a la ínsula por la deriva de algún navío en estos mares del sur, probablemente porque de otra manera no cabe imaginar que lo hiciera hasta aquí nadando desde sabe Dios dónde. Dice que era un tipo un tanto extraño, silencioso, pero siempre amigable, y según apunta, mientras disfrutó de su compañía la soledad pasó a ser un problema aparte.

A partir de entonces ya no le inquietaban las noches solo en el cobertizo, con el único entretenimiento que mirar a las estrellas que le saludaban con sus destellos entre las hojas secas de las palmeras. Ni se aburría en los días eternos pendiente únicamente de que bajara la marea para ir a sacar de los charcos entre las rocas los peces que quedaban atrapados.

En cierto modo se considera un hombre con suerte, con mucha suerte, no sólo porque salvó el pellejo al elegir el rumbo que le trajo hasta aquí en el bote salvavidas sino porque, además, cuando más deprimido y necesitado de compañía estaba, Dios puso junto a él a un compañero al que, no le importa confesar, quiso como nunca antes había querido a otro. Con él compartió todo, lo bueno y lo malo, los huracanes y los días apacibles, en los que los dos caminaban por la playa o subían hasta la cima, donde los árboles frutales y las raíces son más abundantes. Asegura que fueron días felices los que vivieron, en los que compartieron hasta los momentos más íntimos, tanto fue así que dice no haberle importado acceder a compartir juegos sexuales si se lo hubiese pedido.

El comunicante iba trasladando a sus superiores el monólogo que el náufrago continuaba narrándole, nervioso y sin apartar la mirada del lugar en donde los dos marineros trataban de dar con el cuerpo del compañero enterrado, al que por sorpresa sepultó la avalancha de tierra tras el corrimiento provocado por las lluvias. El superviviente aseguraba que todo sucedió justo cuando vieron aparecer el barco entre los destellos del plateado mar del mediodía y comenzaron a hacer señales para llamar la atención.

-¡Tiene que estar ahí, mi compañero no se movió del cobertizo!- gritaba el náufrago.

-¡Aquí no hay nadie señor!- le respondía uno de los marineros posicionado sobre el montón de rocas y tierra.

-¿Estás seguro? -le preguntaba el marinero comunicante.

-¡Seguro, señor! Aquí no hay otra cosa más que un espejo hecho mil pedazos.

Un golpe de calor

Aquella calurosa mañana de verano no parecía ser diferente a otras, era de las que uno percibe la sensación de que será una más, sosegada y sin sobresaltos, sin nada que la altere en una ciudad provinciana.

La radio repetía una y otra vez los mismos consejos, que bebiésemos agua hasta el límite de sufrir una inundación interna, que evitásemos exponernos al sol en las horas críticas, las más peligrosas, en las que el sólo hecho de cruzar la calle se convertía en una aventura no deseable. Era de esas jornadas en las que un golpe de calor nos puede cambiar la vida.

La mañana avanzaba y Ezequiel había decidido bajar hasta la plaza de La Corredera, mientras, se disponía a preparar el desayuno. Un café con leche desnatada, por aquello de que mucha grasa no sirve para nada, y unas rebanadas de pan tostado, con mantequilla y mermelada de naranja amarga.

Pensó en visitar los puestos de antigüedades de la plaza, aprovechar alguna ganga, mirar escaparates y tomarse una caña en el bar El Sótano a eso del mediodía. Todo prometía una mañana de vacaciones agradable y relajada.

Después de desayunar, Ezequiel se tiró a la calle con el optimismo y la alegría que contagia una hermosa y radiante mañana de verano. Echó un vistazo al sol y rápidamente cruzó la vía buscando la acera de la sombra, aún era demasiado temprano como para empezar a sufrir el caluroso martirio.

El paseo se dejaba disfrutar, el rap del mp3 en sus oídos le ponía banda sonora a su mañana y ésta le regalaba unos cuerpos femeninos que subían y

bajaban la calle, exuberantes y bronceados, frescos y jugosos como un melocotón recién cortado del frutal. Los escaparates se ofrecían al ocio, a la curiosidad, todo quedaba envuelto en una atmósfera propia, ausente de la realidad, en una burbuja en la que se sentía seguro de sí y casi emocionado.

Para Ezequiel, bajar la calle Nueva siempre era una gozada, porque es bajar, no subir, y por que la acera de la derecha tiene la sombra en la mañana, la deseada sombra; porque tiene naranjos, las dos aceras los tienen, y porque la de enfrente posee unas esbeltas, hermosas y elegantes columnas, que apuntan al cielo azul celeste y que son parte de las ruinas del templo romano.

Bajo los arcos se aglutinaban variopintos puestos de venta, ropa, muebles, antigüedades, libros, alfarería, flores y un sin fin de curiosidades. El centro de la plaza se abría espacioso a los veladores de los bares que la rodeaban.

Caminó, curioseó, compró, y cuando sonaron los toques anunciando el mediodía en el reloj de la plaza notó una sequedad en la garganta, era el momento de la cerveza y se encaminó a El Sótano.

Cuando ya estaba cerca, al pasar por los veladores de su terraza, decidió tomar la cerveza al aire libre, una amplia sombrilla proyectaba buena sombra y allí pensó que estaría más animado para la vista que en el interior del bar. Ezequiel nunca imaginó que esta cuestión de ser o no ser, adentro o afuera, sería la decisión más importante de su vida, la que le marcaría el resto de su existir, el encuentro con el gran amor imposible.

Apareció el camarero y pidió una cerveza muy fría, fue un sorbo de vida, fresquita y espumosa, bajaba por la garganta como un salvavidas, pero a los

diez minutos se le dificultaba la respiración; el sol abrasaba y, bajo la sombrilla el efecto invernadero y la temperatura se multiplicó, se desvanecía, la vista se le nublaba. Un ataque de ansiedad le hizo ponerse en pie y se dirigió al interior del local para pagar al camarero; dentro del establecimiento el aire acondicionado le sugirió quedarse y refrescarse con otra caña de cerveza.

Tenía la sensación que algo extraño le pasaba, se sintió raro, este golpe de calor me ha trastornado, se dijo para sí, y efectivamente le transformó. La caña ya no le refrescaba, el rap no le movía y los carnales cuerpos no le provocaban el mismo deseo que antes. Le apeteció un zumo de fruta y a partir de ese momento se hizo su bebida favorita; la música clásica que sonaba en ese instante se convirtió en la partitura ideal, sus sentidos del gusto, tacto, vista, oído y olfato habían cambiado, el golpe de calor le hizo diferente.

Confuso por lo que le estaba ocurriendo, de repente un escalofrió le recorrió el cuerpo, la piel se le puso de gallina y un nudo se le hizo en la garganta, quedó asombrado, nunca antes vio tanta hermosura. Morena, dulce, elegante, radiante como una novia, con un vestido rojo de tul y los volantes rígidos como la Uralita; el pelo negro recogido en un moño; dos pendientes de berenjena adornando su esbelto cuello y unos zapatos flamencos negros charol. ¡Sí! Era una muñeca souvenir, vestida de faralaes y con un rótulo en la base: "Recuerdo de Córdoba".

El corazón se le iba a salir de su sitio, a punto de estallar, las palpitations subían como los grados en el exterior, Cupido disparó y quedó el flechazo consumado. Las piernas le temblaban, no acertaba a coger el vaso con la bebida. Por un instante le vino a la memoria aquella canción de Serrat, de

Cartón Piedra, la historia de un tipo que se enamora de una maniquí, y se identificó con él, pero aquello era una canción y lo que él estaba viviendo no sabía si era real.

Se sintió culpable, miró a un lado y a otro, se preguntaba si alguien se habría dado cuenta de sus sentimientos hacia aquella belleza e intentó tranquilizarse, pero la miraba y la miraba, no podía apartar sus ojos de ella, era como si le hablara y él sentía que le escuchaba. Sin palabras se creó una conversación, un diálogo mudo, en el que ella le hablaba de amor y él le contaba sobre el futuro. Pasaban los minutos y se acrecentaba su amor, ella le pedía libérame y él vayamos a escribir la historia.

En un descuido del camarero, Ezequiel la tomó por la cintura, la rescató de la estantería y corrió con ella hacia el exterior, y corrió con ella hasta su portal, subió la primera planta y tras él cerró la puerta con llave. Allí, en su nido de amor, solos los dos y sin el mundo de por medio, su amor se hacía infinito e inmenso, nadie ya los iba a separar. De sus labios sólo brotaron dos palabras, dulces y posesivas, ¡Amor mío!

Tomó su mano dulcemente y la besó con pasión. El timbre de la puerta sonó. Se dirigió a la entrada, abrió, y fue a encontrarse con tres tipos, los dos primeros vestidos de negro y con gafas oscuras, el tercero llevaba sotana. Lo sedaron y se lo llevaron, nunca más apareció.

Mientras, su princesa, quedó recostada en el sillón de su hogar, esperando el regreso.

El sueño del pianista

-¡Qué mal se está de esta postura, con lo cómodo que se muestran en las películas! -exclamaba tumbado en la cama boca abajo, tratando de crear la letra para su última composición musical. Tantas ilusiones puestas en ella como en la primera, por aquellos tiempos de juventud en los que los sueños eran parte de un futuro esperanzador iluminado de estrellas, que bailaban al ritmo del son que sus ágiles dedos color canela hacían emanar de las blancas y negras teclas del piano.

Se incorporó y abandonó el catre con la canción entre las manos, en el papel, y en sus labios, llevando la melodía con la voz hacia el piano, que abierto de teclas se ofrecía sensual como una amante al momento mágico de la armonía musical. Las notas y acordes fluían ensoñadores entrelazados en aromas y sabores del trópico, a canela y mango, de ron y caña... dulzor de guayaba.

La maravillosa melodía se iba expandiendo por todas y cada una de las afamadas salas que en otro tiempo aplaudían y enviaban a los elegidos al firmamento estrellado, al ritmo de salsa y boleros, de mambos y cha-cha-chá, de rumbas y guaracha. El mundo se entregaba a su talento y el sueño de aquel joven que un día lejano salió de su amada isla se tornaba realidad, envuelto entre la gloria triunfal y el reconocimiento a tanto esfuerzo.

Sumido en su exitoso y dulce sueño, un sonido electrónico salido de la computadora le avisaba de la entrada de un nuevo correo, que le desveló y le hizo abrir los ojos sin levantar los brazos entrelazados sobre el teclado, donde, dormitando, había tenido apoyada la cabeza. Miró el escritorio y, con el Malecón habanero de fondo, desplazó el puntero sobre el icono del correo,

clicó en él, lo abrió y leyó el contenido. La invitación le emplazaba a participar en un nuevo concurso musical.

Aún queda tiempo, pensaba mientras estudiaba las bases concursales, quizás en otro momento. Continuó de brazos cruzados y en silencio frente a la propuesta, buscando en su memoria alguna de las composiciones archivadas que se prestaran a la adaptación exigida.

Las melodías comenzaban a aflorar por su mente a la par que su mirada se distraía entre los diferentes objetos decorativos sobre los muebles. Se fue a detener sobre el retrato de su padre, en una imagen de antaño con trompeta en mano y elegantemente vestido para actuación de gala.

De repente, como empujado por un impulso sobrenatural, se levantó de la silla y tomó el cuaderno de apuntes junto al lápiz, se dirigió a la cama y se tumbó en ella boca abajo, pensando en escribir la canción más hermosa jamás escrita.

Vacaciones de crucero

La clara y limpia luz de la mañana mediterránea comenzaba a invadir el camarote, adueñándose de su interior con una luminosidad alegre y chispeante, como encendida por los propios dioses del Olimpo. Los rayos del sol se colaban a través de los ojos de buey y por entre las cortinas, acariciando el rostro de Hugo, anunciándole el nuevo día.

Su mano se alargaba por las sábanas blancas y cálidas buscando el cuerpo deseado de su amada, deslizando sus dedos entre los pliegues del tejido, pero la cama ancha dejaba un espacio huérfano, vacío de otro calor humano que no fuese el suyo. Sus ojos se fueron abriendo lentamente recorriendo el confortable lecho para continuar seguidamente por todo el alojamiento en busca de la figura de Laura. No la encontró. Se centró en la puerta del aseo y dedujo que se hallaría al otro lado de ella.

Volvió a bajar los párpados y a dejarse llevar por el disfrute de sentirse dichoso, embriagado por un estado anímico agradable que identificaba con la felicidad. La fortuna le sonreía y le estaba agradecido de haberla puesto en su camino para compartir la vida con ella. Laura era la mujer perfecta que colmaba todos anhelos, sus deseos. Algunos meses antes la caprichosa suerte le había vuelto a sonreír con aquel premio que sorteaba la extraña marca de café que llamó su atención en el supermercado y que les ofreció la posibilidad de vivir una luna de miel que no habían podido disfrutar hasta entonces. Una semana de placer en el Orient Queen por las islas Cícladas no estaba dentro de sus posibilidades económicas. Se sentía dichoso y feliz por poder disfrutarlo junto a la mujer que amaba.

Atrapado por el hechizo del momento, y entre el murmullo que se oía en el exterior, recordó que el transbordador atracaba aquella mañana en el puerto de Rodas, lo que le hizo incorporarse y abandonar el encantamiento, para poder aprovechar todo el tiempo posible visitando la ciudad mítica. Se acercó a la puerta del aseo pensando en instarle a que se apresurara y golpeó la madera suavemente con los nudillos de la mano derecha, -¡Cariño, date prisa. Se nos hace tarde para desayunar!- al no encontrar respuesta volvió a insistir - ¿Cariño, estás bien? -pero sólo halló silencio. La falta de señales le inquietó y le empujó a girar el picaporte y abrir. La sorpresa fue mayúscula, el aseo estaba vacío y en el espejo del lavabo se leía escrito con carmín: *Lo siento Hugo, otro hombre conquistó mi corazón y he decidido compartir mi vida con él. Perdóname.*

Sorprendido y desconcertado quedó inmóvil varios minutos sin reacción alguna. Tendría que tratarse de una pesadilla, seguramente estaría durmiendo todavía. No era posible que aquello estuviera sucediendo realmente. Giró la cabeza buscando con la mirada sus ropas, sus pertenencias, queriendo imaginar que no era más que una broma, pero no había ni rastro de su equipaje en el dormitorio. La cruda realidad le obligó a paladear el sinsabor de la desdicha, del desengaño, del desconsuelo, de la traición.

Desolado no encontró otra cosa que hacer más que buscarla. Vestirse rápido y salir a su encuentro, tenía que estar en alguna parte del barco. Ofuscado por la sorpresa recorría el interior del transbordador mirando desesperadamente entre los viajeros que abandonaban sus camarotes, buscando su rostro, su silueta, entre el bullicio que se disponía para visitar la ciudad. Salió a cubierta y encontró que Roda se ofrecía como un grandioso decorado en un escenario vivo, dinámico, con colores alegres de gente por todas partes.

De repente y entre una maraña de almas su mirada quedó atrapada en una figura de mujer vestida de blanco impoluto que subía a un taxi en el muelle. Era Laura, pero no iba sola, le acompañaba Alex, el compañero de Daniela, el hombre de la pareja alojada en el camarote contiguo al que ellos ocupaban. El taxi se perdió entre los edificios, adentrándose en la ciudad portuaria, mientras que Hugo quedaba anclado en la desolación, impotente, sin poder hacer nada por retenerla y con la mirada perdida en ninguna parte.

Todo su mundo se desvanecía por momentos, de la felicidad completa había pasado al descorazonamiento absoluto. Sus sueños, sus ilusiones, su futuro, todo se derrumbaba como un castillo de naipes buscando razones, tratando de encontrar lo que hizo mal, en lo que falló para que la mujer que amaba le abandonara y se marchara con un desconocido sin explicaciones válidas, sin excusas de ningún tipo. Vagaba, a la deriva entre las terrazas de la cubierta con la mente ocupada entre preguntas y más preguntas sin respuesta, culpándose y culpándola, excusándose y eximiéndole, queriendo engañarse volcando la culpabilidad en su contrincante, en Alex.

Su memoria retrocedía a la búsqueda de detalles, de indicios alertadores de lo que se estaba fraguando y que no supo advertir. Comenzaba a encontrar razones en aquellas sonrisas y miradas cómplices entre los fugitivos los días anteriores de crucero en Mykonos, Kusadasi y Patmos, incluso el primer día en Atenas, en el puerto del Pireo, cuando él se ofreció a llevarle el bolso de equipaje hasta el embarque. Fue ahí donde empezó todo. Cómo era posible que la traición pasara inadvertida hasta consumarse, con la evidencia que se mostraba.

Cegado por los sentimientos que le atosigaban no había advertido que a tan solo unos metros de él la compañera de Alex, Daniela, se situaba erguida junto a la barandilla con la mirada puesta en el horizonte infinito, donde la línea del cielo y el mar se juntaban para no pertenecer a ningún lado. Sin pensarlo dos veces se levantó del banco que ocupaba junto a la piscina y se dirigió hacia ella.

-¿Defraudada?-le preguntó, sin haberse dado cuenta hasta ese mismo momento que tras las grandes gafas de sol que ocultaban sus ojos llorosos brotaban lágrimas silenciosas que se deslizaban por las rosadas mejillas.

-Sí, una vez más. En cierto modo ya estoy acostumbrada a estos desengaños-le respondió serenamente y un tanto sorprendida por su presencia.

-Parece como si estuviera resignada a las infidelidades de su compañero-argüía Hugo.

-No, no es a eso a lo que me resigno. Alex no es diferente a los demás que se acercaron a mí por otras razones diferentes al amor.

Sabedores y sintiéndose víctimas del desengaño, Hugo y Daniela continuaron dialogando por horas en la cubierta del Orient Queen ajenos al tiempo que transcurría bajo el sol veraniego. Los dos habían encontrado consuelo en la desesperanza del otro. La conversación con Daniela, prácticamente desconocida para él hasta el preciso instante en que se acercó a su lado tratando de encontrar respuesta a sus preguntas, le descubría a una mujer sensible, rebosante de ternura, que halló en su fortuna heredada la barrera para el amor.

Todos sus pretendientes lo hicieron con las mismas intenciones, pero la experiencia le había curtido y no se dejaba engañar, sabedora de que todos los hombres se acercaban a ella con el propósito de administrar sus propiedades. Alex no fue diferente a los demás, pero tampoco consiguió embaucarla, ni siquiera utilizando sus grandes dotes de conquistador, de gran pretendiente. Conocer a Laura y comprobar que podría tratarse de una presa fácil le hizo olvidar y abandonar a la intransigente Daniela.

A partir de aquél momento, para ambos, comenzaron las verdaderas vacaciones de placer y a disfrutar del crucero en compañía. Al día siguiente, las islas de Creta y Santorini, se convirtieron en el escenario ideal para afianzar la relación de dos personas que comenzaban a atraerse al tiempo que se conocían. No quedó tiempo para el desamor en las vacaciones de crucero, la providencia fue generosa con quienes miraban con el corazón e implacable con los que se dejaron llevar por otras intenciones más interesadas. Atenas recibía de nuevo al Orien Queen y los pasajeros se agolpaban a la salida del transbordador dando fin a una semana de placer. Hugo notó cómo vibraba su teléfono móvil al tiempo que escuchó el sonido que le avisaba de un nuevo mensaje escrito. Abrió el correo y leyó: *Necesito verte... Me equivoqué.* Eliminó el mensaje y guardó de nuevo el terminal en el bolsillo del pantalón. Miró con sonrisa cómplice a Daniela y agarrados de la mano cruzaron la pasarela que les bajaba a tierra.

Dudas de amante

Gladys reposaba bajo el ventilador del techo, en su imperturbable y monótono girar de aspas, medio cubierta entre bordadas sábanas de seda, adornadas de finos encajes, blancas; como la rosa que marchitaba sobre la mesilla en el pequeño florero de cristal, de la que se desprendían los primeros pétalos sobre el frío mármol de la encimera; del mismo color de los visillos que alegremente jugueteaban en el balcón con la cálida brisa de la tarde temprana.

Braulio se apresuraba alistándose en su afán de evitar los desaliñados pliegues que el ajustar del cinturón le propiciaba. Sacó la pitillera plateada del bolsillo interior de la americana y encendió un cigarrillo; aspiró y soltó el humo frente al espejo, al tiempo que se amoldaba el flequillo.

El silencio cómplice se adueñaba de la estancia, solamente roto por el suave y sensual tono de voz de ella:

-Si algún día te levantas por la mañana con la necesidad imperiosa de entregarle tu amor a alguien, sin miramiento de ningún tipo, de dedicarle todo tu tiempo aunque se trataran de los últimos minutos que te quedaran por vivir, de dejarte arrastrar por la pasión sin perjuicio alguno... ¿Me dejarías por otra?

Reprimenda

Flavio no había tenido una buena tarde, llegaba cansado y un tanto molesto por las quejas recibidas por parte de los vecinos. El pequeño Nicolás le estaba causando más problemas de los previstos. Desde que adoptó a los dos hermanos, ni siquiera Tana en sus días más traviosos se había portado tan revoltosamente como él. Entró al patio cerrando a su paso la pequeña cancela de barrotes forjados, a la que los tonos pardos del óxido iban ganando espacio al semidecapado negro mate original, y soltó la mochila sobre el poyetón de mampostería en el porche. Se adentró en la casa y comprobó que estaba vacía. Ningún miembro de la familia se encontraba en ella.

Salió de nuevo al exterior y, a lo lejos, en el jardín, Tana Y Nicolás jugaban despreocupadamente con los despojos de lo que en su día fue una pelota, anaranjada, que resaltaba cálidamente entre los tonos verdes del follaje tierno de la primavera. Ninguno de los dos habían advertido su presencia, inmersos en sus juegos. Flavio gritó su nombre llamándolo:

-¡Nicol!- el pequeño giró la cabeza y al verlo corrió hacia él olvidándose de la deshecha pelota y de Tana, que se quedó buscando el juguete entre los matorrales.

El inquieto Nicolás pareció intuir que algo no había hecho bien, a tenor de su reacción, porque según se fue acercando ralentizaba su carrera. Flavio, con serio semblante, no dio lugar a que llegara hasta él cuando ya le pidió con serio tono de voz que se sentara a su lado.

-Estoy seriamente preocupado por tu actitud, Nicolás -le reprochaba al menor,

que esperando la reprimenda agachaba la cabeza. -. No sé cómo te voy a decir que no te metas a jugar en el jardín de la vecina. No hay encuentro con ella que no me reproche tus travesuras. Si no tuvieras tanto espacio aquí para jugar con Tana lo entendería, pero no lo puedo comprender con todo el terreno que tenéis, sólo para vosotros dos, para que juguéis a la pelota y corráis todo lo que os plazca.

Pero no creas que solo Margarita me ha llamado la atención por tu actitud, también Marina me echa en cara con demasiada frecuencia tu manera de comportarte con tus compañeros en la guardería. Me dice que ninguno le da tanto quebradero de cabeza como tú, que tiene que estar siempre pendiente de ti, no sólo para que no te saltes la valla y pueda ocurrirte algo cualquier día, sino por tu mal comportamiento con tus compañeros, que no hay mañana en la que no te pelees con alguno de ellos...

Nicolás aguantaba la regañina en silencio y con la cabeza gacha. Flavio comprendió que, ya era suficiente, que no podía exigirle más por su edad, que era cuestión de inculcarle modales y comportamiento poco a poco. Tana se había entretenido demasiado tiempo buscando el trozo de plástico engomado color naranja y corría acercándose con él como queriendo recuperar el tiempo perdido.

El hombre se puso en pie y entró de nuevo en el interior de la casa para volver a salir pocos minutos después con un par de galletas en forma de hueso y las cadenas de paseo en la mano. Tana y Nicolás aguardaban expectantes las golosinas para, después de recibirlas y escuchar por su boca ¡vámonos!, comenzar a brincar y ladrar de alegría.

El guitarrista anónimo

Los rayos del sol que acariciaban la guitarra sobre la silla le habían animado a levantarse de la cama y asomarse por la ventana. La tarde otoñal era cálida y al otro lado del cristal la gente paseaba por el parque entre los juegos y el griterío de los niños. Al salir del edificio el olor a jazmín le hizo sentirse como en casa, pero no era más que una sensación provocada por el olfato. La vista se encargó de recordarle que se hallaba en un país extraño, muy lejano al suyo. La calle parecía estar cambiada, no recordaba haber visto hasta entonces los edificios que se levantaban a un lado y a otro de la vía. Rara mezcla entre la Puerta de Brandeburgo de Berlín y los rascacielos neoyorquinos de Manhattan.

Nadie parecía que lo tuviera en cuenta mientras caminaba por la acera, la gente pasaba delante de él a toda prisa, ignorando su existencia; sólo un joven moreno guitarra en mano y vestido de negro le miraba fijamente desde el otro lado de la calle, desde la otra acera, triste, apenado, en silencio, al tiempo que una aglomeración de público le aplaudía enfervorecida.

El parque se divisaba a lo lejos, al final de aquella calle que tan pronto estaba atestada por un enorme gentío como que de repente se quedaba solitaria, donde los sentidos no transmitían ningún tipo de sensación. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y todo se volvió inerte, sordo, inoloro, oscuro.

En un pestañeo el decorado había cambiado por completo, totalmente diferente. La cálida brisa llevaba consigo una dulce melodía aflamencada y el ambiente se tornó alegre, armonioso, repleto de colores vivos plasmados entre los atuendos de los transeúntes y las flores del jardín, que movían sus pétalos

al ritmo del aire tranquilo entre los diferentes tonos verdes de la arboleda.

Se había entretenido mirando hacia el estanque, embelesado con la escena que se mostraba ante él. Un niño reía alegre en su cochecito infantil mientras que varios peces y un gorrión jugaban al borde del agua. Los peces saltaban y el pequeño pajarito entonaba su canto. La madre completaba la estampa ajena a lo que sucedía a su alrededor, sentada en un banco, junto a su hijo, y con un libro entre las manos.

Distraído y disfrutando con la felicidad que transmitía el niño no advirtió que una anciana caminaba a paso muy lento delante de él, con la que inevitablemente tropezó. La mujer giró la cabeza y con sonrisa plácida le miró a los ojos, después desvió la mirada hacia el suelo, como mostrándole un papel que se hallaba a sus pies y que parecía habersele caído. Se agachó, cogió la cuartilla, y al levantar la mirada la anciana ya no estaba, había desaparecido como por arte de magia.

Extrañado buscó a un lado y a otro, giró sobre sí, y la anciana no daba indicio alguno de su existencia, solamente el papel blanco entre sus dedos daban fe del encuentro misterioso y fugaz. Al observar el papel notó que unas letras iban apareciendo de la nada y atraído por la curiosidad leyó: *“Tus deseos se cumplirán, pero en el cuerpo de otro, a quien tú mismo mostrarás el camino para lograrlo”*.

De repente sus ojos se abrieron como platos y su mirada quedó clavada como un puñal en el techo de la habitación, pensando, tratando de encontrar una explicación a lo soñado. Al bajar la mirada del techo la dejó sobre su guitarra, apoyada sobre la silla, que le recordaba la necesidad de trabajar para ganarse

la cena. Tras levantarse de la cama agarró por el mástil a su fiel compañera y se dirigió con ella hacia la boca del metro más cercano.

A la mañana siguiente, de domingo, el sol había amanecido en todo su esplendor y el parque se mostraba como el lugar idóneo para conseguir unas monedas a cambio de su música.

Siempre escogía el mismo sitio, el mismo banco junto a la fuente del estanque. La complicidad con el sonido del agua resaltaba sus melodías. Le recordaba a los jardines de la Alhambra de Granada y a las fuentes del Patio de Los Naranjos de la Mezquita de Córdoba.

El rasgar de cuerdas llamaba la atención de los paseantes, que atraídos por el exótico sonido se acercaban hacia él y a su música envolvente, hacia aquel sonar procedente de otros lugares extraños y lejanos, que valoraban y gratificaban dejando unas monedas sobre la gorra de paño a cuadros en el suelo.

En uno de los paréntesis, entre pieza y pieza musical, de entre el público se le acercó un joven que exclamó:

-¡Que música más hermosa!- pero él no entendía bien lo que le decía, sólo hablaba español. Se limitó a sonreírle y a gesticular con la cabeza a modo de agradecimiento.

-Mi nombre es Leonardo - dijo el joven en inglés, mientras le tendía la mano.

-Federico - dijo en español el guitarrista, al tiempo que correspondía estrechándola con la suya.

Federico había cautivado los sentidos de Leonardo con su música y éste

suspiraba con la posibilidad de que el joven español le enseñara a tocar aquellas hermosas melodías. No tuvo que esforzarse mucho para convencerlo de que le diera clases y, aunque hablaban diferente idioma, no supuso un problema para entenderse musicalmente.

El primer día fue un desastre para el joven aprendiz con la guitarra entre sus manos, al segundo aprendió a posicionar los dedos sobre el mástil y en el tercero quedaron ancladas para siempre en su memoria las seis notas básicas para tocar flamenco.

No hubo más. Al cuarto día Federico no acudió a su cita. Leonardo esperó varios días sin respuesta y ante su ausencia decidió localizarlo en la pensión donde se hospedaba. La respuesta que encontró fue la menos deseada, la más triste de todas cuantas pudiera esperar. Federico se había suicidado. Nadie supo localizar a su familia ni su lugar de procedencia. El joven guitarrista quedó para siempre en un país extraño, ignorado, olvidado, para todos menos para Leonardo, que con tristeza y agradecimiento lo recordaría por siempre.

Aquellas seis notas, las tres únicas clases que Leonardo recibió de Federico, fueron los cimientos con los que construyó su éxito, las que le sirvieron para aclamarlo como músico por todo el mundo. Las décadas pasaron y, en su vejez, Leonardo no había olvidado al guitarrista español desconocido. Cada día acudía a sentarse en el mismo banco donde por primera vez escuchó los acordes que marcaron su vida.

Una tarde de otoño decidió bajar al parque a tomar el sol. El astro parecía resplandecer en las alturas más que nunca y, al bajar a la calle, un aroma a jazmín, inusual por aquellos lugares, le transportó a otros tiempos, a otras

vivencias que no supo precisar. Los edificios no eran los mismos, habían cambiado, y ya nadie se detenía a pedirle un autógrafo, como si su fama se hubiese esfumado de repente. Sólo un joven, a quien trataba de recordar, con guitarra en mano, le sonreía desde la otra acera, difuminándose su imagen al tiempo que el sol perdía intensidad. Distráido, mirando hacia el cielo por la oscuridad que se ceñía, no vio a una anciana que caminaba a paso lento delante de él, con la que tropezó sin poderlo evitar...

El perfume

Cerró los ojos y aspiró profundamente.

París amanecía especialmente espléndido, soleado, cálido y bullicioso. Los carruajes transitaban al trote de los caballos que marcaban el ritmo de la ciudad sobre las empedradas calles, acompañado del vocear de los mozos anunciando las noticias del nuevo día: ¡Extra, Extra! ¡Las noticias de la mañana! La catedral de Notre Dame echaba a sonar sus alegres campanas góticas animando el revolotear de las palomas en la plaza, entre el ir y venir de los elegantes viandantes; ellos bigotudos con frac, guantes y bastón en la mano izquierda, al tiempo que con la derecha levantaban suavemente el sombrero de copa, en gesto cortés y reverente al paso de las distinguidas damas que orgullosamente les ignoraban con una sonrisa, coquetas y ricamente adornadas con exóticas plumas en sus tocados.

El Sena serpenteaba por entre las entrañas parisinas, regando con sus aguas las principales arterias y el corazón de la ciudad, abrazando a su paso la isla de la Cité, atravesado por sus puentes que de orilla a orilla se ponía a los pies de los creyentes de Saint Denis y Sainte Chapalle, entre el Palacio de Versalles y los Campos Elíseos, al saludo del Arco del triunfo y a la sombra de la Torre Eiffel, que arrogante y vanidosa se alzaba famosa en el Campo de Marte.

Montmartre se soleaba coronada por la cúpula del Sacré Coeur en su colina, presente bajo las sombrillas de la Place du Tertre sobre las mesas y caballetes, soportes de lienzos artísticamente coloreados y creados en la comuna de Bateau-Lavoir. Bailarinas con tutú, retratos cubistas, escenas

tahitianas, girasoles atormentados... y jardines floreados con puentes japoneses cruzando campos de nenúfares, donde los sauces lloraban sus lánguidas ramas sobre aguas estancadas.

Los cafés se esparcían por las esquinas mientras que los cabaret adormecían sus locas nocturnidades tras las fachadas disfrazadas de molinos inquietos, rojos, de aspas inmóviles que a las luces de la noche se tornaban golfas y canallas, entre el cancán de las bailarinas vestidas de enaguas con volantes almidonados ahuecadores de faldas, turnándose entre el escenario y los carteles del pintor, que con cojeados pasos canjeaba por copas de licor acompañadas de señoritas alegremente dignificadas.

Abrió los ojos con los sentidos cautivados a la vez que expulsaba el aire perfumado de sus pulmones. Buscó con la mirada al joven de gestos delicados que tras el mostrador satisfacía a los clientes iluminados por los indiscretos y juguetones rayos de sol que se colaban por los cristales, entre sus grandes letras trazadas en otros tiempos, en la época bella. El dependiente se acercó y respondió a la llamada de su mirada:

-Oui, madame! -a lo que la distinguida señora respondió escuetamente señalando con el índice el frasco de perfume que acababa de oler- Celui-ci!

El colibrí

La tarde transcurría especialmente calurosa en Managua, el sol de marzo y la humedad en el ambiente propiciada por la cercanía del lago Xolotlán hacían de la ciudad un lugar casi irrespirable, una caldera por la que los habitantes transitaban a punto de desfallecer. Como el lagarto al sol, los managuas buscaban el respiro a las bondades del aire acondicionado y los ventiladores, que entre ambos superaban en cantidad al número de ciudadanos censados.

Carlos se ocupaba en su casa al resguardo de las altas temperaturas, disfrutando del oasis interior ante el ordenador y entre el silencio apacible, monótonamente roto por el sonido que producía el motor del aparato en su afán eléctrico y constante de remover el aire de la habitación y por el percutir de sus dedos sobre las piezas móviles del teclado. Al otro lado de los cristales de la venta sus hijos chapoteaban en la piscina ajenos al insolente sol, que golpeaba sus cabezas entre juegos y zambullidas constantes. Se sentía feliz y orgulloso por ellos, a los que observaba atrincherado desde su atalaya particular, en la que la temperatura exterior no daba tregua en su lucha contra las aspas del ventilador que no le permitían conquistar el espacio.

Atraído por el disfrute de los chiquillos abandonó momentáneamente su labor y acudió con ellos a compartir la piscina, que se mostraba rebosantemente alegre destellando sobre las alteradas aguas cristalinas que provocaba la algarabía infantil. Brazadas a un lado, brazadas hacia el otro, y, entre unas y otras, alguna ahogadilla por parte de sus hijos. Salió del agua y se quedó unos minutos secándose al sol entre los árboles frutales del patio. A poca distancia le llamó la atención un reflejo luminoso sobre la tierra y por curiosidad se acercó a comprobar lo que sutilmente brillaba a los pies del papayo. Era un

pequeño colibrí, un *huichichiquis*, como diría en náhuatl un nativo. El pajarito parecía moribundo, con las alas extendidas, pero se agachó y al agarrarlo con cuidado comprobó que estaba vivo, que todavía respiraba aunque con dificultad, probablemente desfallecido por el calor sofocante.

No medía más de cinco centímetros del pico a la cola, un animal tan hermoso y tan pequeñito, tan vulnerable a la vez. Un macho, pensó cuando observó el color azul de su cuello sobre el verde metálico generalizado de su plumaje. Por suerte para ellos cesó aquella moda de antaño en los que se cazaban por miles, millones, con el único propósito de adornar con sus plumas los vistosos sombreros que portaban las distinguidas damas europeas.

Pensando en tratar de reanimarlo se adentró en la casa y le sopló con suavidad en el piquito, le puso en él unas gotitas de agua y acto seguido lo soltó sobre la mesa del escritorio. Pasado un ratito el colibrí alzó su delicado vuelo y se fue a posar sobre la lámpara del techo. Carlos se acercó a la ventana y la abrió de par en par, invitándole a recuperar su libertad, y el colibrí no rechazó su invitación, poco después inició su vuelo al exterior y fue a posarse sobre una rama del mango en el patio.

En ese justo momento sintió cómo un líquido frío le entraba por la garganta y le corría por el cuello hasta el pecho. Abrió los ojos y se encontró en una perspectiva casi horizontal al suelo, estaba sentado sobre la tierra del parque infantil, rodeado de niños y mayores, y sujeto de la espalda por la mano de un hombre que trataba de mantenerlo incorporado al tiempo que le acercaba un vaso con agua a la boca y le preguntaba: -¿Se encuentra mejor?

El hombre coloreado

Hacía mucho tiempo que no paraba de rondarle por la cabeza el deseo de dar un giro radical a su vida, en todo su contexto. Cada una de las personas habían nacido condicionadas por su color natural, lo que los definía de una manera determinada y, en ocasiones, los más inquietos sufrían la imperiosa necesidad de cambiar, de transformarse de otro color, que diera a sus existencias nuevos alicientes, que renovara los anhelos y revitalizara los sentidos.

Aquella mañana había despertado con la idea clara, convencido, de que era aquél el momento oportuno para dejar atrás su translucidad blanquecina, que hacía de él un hombre poco sorpresivo, lo que en ocasiones le reportaba a situaciones incómodas de vulnerabilidad, por el condicionante de que antes de acometer cualquier acto ya era advertido por los demás casi al mismo tiempo que lo procesaba su propia mente.

Había elegido el azul. Un color que sin duda alguna cambiaría su semblante, lo transformaría en una persona más fría y calculadora, al mismo tiempo que transmitiría a los ojos de los demás una irradiación casi celestial y una seguridad y autoestima elevada, fuerte, inmensa, como la capacidad de los océanos.

Comenzó el proceso de transformación y con él los primeros efectos secundarios, los primeros síntomas del cambio. Empezaba a notar que a la par que iba tomando tonalidad azulada y volviéndose más opaco los demás comenzaban a observarlo de otra manera y con distintas expresiones en sus rostros.

Para unos, los más distantes, era la curiosidad la que predominaba, acostumbrados a ver en él a un hombre poco sorprendente y previsible; en cambio, la extrañeza era la más común entre los más allegados, que veían cómo sus características de hombre campechano, cercano y sin intenciones ocultas, se tornaban por otras diferentes, lo que le convertía en casi un extraño.

Pasó un tiempo y ya se había habituado a su nueva pigmentación de piel, sin embargo, no pensaba lo mismo respecto a su interior emocional; no acababa de aceptarse como un hombre de azul, sus sentimientos eran los de un hombre translúcido y no dejaba de embargarle la sensación de estar viviendo en un cuerpo extraño, no terminaba por aclimatarse a la temperatura de su nuevo color.

Su familia y amigos más cercanos le habían perdido la empatía de siempre y aunque también su nuevo matiz le atrajo nuevas amistades nunca llegó a considerarlas como las de antes. Llegó a pensar que quizás se habría equivocado al elegir esa tonalidad, que a lo mejor no coincidía con su manera de ser, con su personalidad, y ese era el motivo principal por el que no conseguía habituarse a la novedosa realidad. Fue entonces cuando decidió aceptar su error y dar un paso adelante en busca del color con el que se sintiera identificado realmente.

Aquella decisión equivocada le llevó por otros derroteros y fue a escoger un color opuesto, el rojo. Estaba esperanzado en que con el nuevo cambio se sintiera más identificado. El rojo era temperamento puro, carácter, fuerza de persuasión, intimidatorio, que le aportaría seguridad a sí mismo y de la misma manera cambiaría su percepción en los demás. Estaba ilusionado por el

posible resultado y realmente así sucedió, consiguió persuadir de una manera como nunca antes y todos veían en él a un individuo arrollador.

Sin embargo, no calculó bien las contradicciones, también lo mostraba prepotente, orgulloso y con cierto aire de protagonismo, lo que no todo fueron beneficios. Ante su nueva impronta fue comprobando que sin apenas darse cuenta, entre cambio de tonalidades, había perdido por el camino a sus amigos de antaño y, lo que era peor, el rojo tampoco le llenaba interiormente, que todo se tornaba más superfluo, más aparente, pero también menos consistente.

Las dudas y la inseguridad volvieron con más fuerza y se prometió que no pararía hasta encontrar el color que le hiciera sentirse feliz. Cambió al verde, luego al amarillo, lila, anaranjado... hasta se atrevió con el negro y por último el blanco, tratando de encontrar desesperadamente la paz interior que había perdido entre toda la gama de colores. Todo aquel trajín en la búsqueda del color soñado y no había sospechado que la translucidez era su verdadera vocación.

Así que regresó al principio. Pero ya nada sería igual, los matices de todos los colores habían ido dejando restos que se sucedían unos sobre otros y al volver al translúcido fueron apareciendo los diferentes destellos que le hicieron perder la pureza de antaño, no consiguió recuperar ni la simpatía de los demás ni la autoestima de mejores tiempos. El hallazgo lo fue deprimiendo moralmente y le sumió en una terrible tristeza que nunca más pudo superar, convirtiéndolo así en una personalidad deslucida, en un hombre descolorido.

El cartero

Todo era diferente varias décadas atrás, cuando por primera vez llegó al pueblo y todavía por sus calles corrían jugando algunos niños, pensaba Camilo delante de la lumbre al calor de la chimenea. Los años habían pasado y nadie quedaba con quien compartir al menos un rato de charla recordando a otros amigos que se habían ido poco a poco antes que los demás. El último fue Ambrosio, pero desde aquel fatídico día habían pasado algunos meses, desde entonces no se oía ni un solo ruido que no fuese el soplar del viento entre los árboles y los producidos por los animales del corral, especialmente el cacarear de las gallinas, tan escandalosas, cuando el gallo tenía un día de aquellos en los que parecía poner orden en el gallinero.

Recordaba que no había dudado ni un solo instante cuando le comunicaron el nuevo destino para hacerse cargo de la estafeta de correos, en un pueblo cuyo nombre no aparecía en ningún mapa, estaba perdido de la mano de Dios en medio de montañas que rodeaban un precioso valle por donde corría un alegre y caudaloso riachuelo en primavera, en el que los animales del bosque bajaban a beber y los hombres del pueblo pescaban un poco más arriba de donde las mujeres se reunían para lavar la ropa a golpes sobre la piedra. Eran otros tiempos de alegría, de vida. Luego todo cambió. Primero fueron los jóvenes los que decidieron marcharse a la ciudad, tan lejos quedaba que para muchos pareció estar situada en los confines, porque nunca más regresaron y los menos las pocas veces que lo hicieron fue cada vez con mayor intervalo de tiempo.

Después lo hicieron los matrimonios con niños pequeños, cuando decidieron que el futuro que les esperaba no era el deseado por cualquier padre para sus

hijos. Poco a poco se fueron marchando todos hasta que hubo que cerrar la escuela por falta de alumnos. Solamente quedaron los mayores, que sin darse cuenta se fueron convirtiendo en ancianos. Incluso él también hubo un tiempo que lo pensó, que dudó también si lo más aconsejable sería marcharse y recomenzar la vida en otro lugar, ya apenas llegaban cartas, nadie se acordaba de sus ancianos padres y abuelos. Hacía años que ni siquiera el tren paraba en la estación como antaño; en los últimos tiempos, cuando había correspondencia, el maquinista las tiraba dentro de una saca, en marcha, hacia la marquesina del andén, de donde una vez al mes las recogía Camilo para entregárselas a los vecinos destinatarios, pero hasta el tren había dejado de pasar hacía tiempo.

Los que emigraron se fueron olvidando de sus mayores y dejaron de llegarles cartas. Todos le preguntaban una y otra vez por si alguna de ellas hubiese aparecido después de haberse extraviado en un descuido, pero no, los ancianos se sumían en la soledad, en la tristeza de sentirse injustamente olvidados.

Amalia era una de las más longevas, que no le importaba que fuese día de reparto, ella preguntaba siempre, no tenía otra cosa que hacer más que sentarse al sol de la mañana y esperarlo con la carpeta de cuero al hombro, hubiese cartas o no. Camilo hacía todos los días del año el mismo recorrido tratando de no perder la costumbre de saludar a cada uno de sus convecinos.

Un día se le ocurrió escribir una carta fingiendo que era enviada por alguno de sus nietos, él conocía a todos los familiares de cada uno de ellos y no le costó mucho redactar algunas líneas dedicadas a Amalia. Más tarde lo fue haciendo con los demás. Tampoco fue un problema que pudieran reconocer la letra pues

ninguno en el pueblo sabía leer y escribir. El cartero se las leía y las escribía con el mensaje que le dijeran. De repente la alegría y la esperanza regresaron al rostro de los aldeanos que con ansias esperaban que cada cierto tiempo Camilo les sorprendiera con cartas enviadas con el nombre de algunos de sus familiares en el remite.

Así fueron marchándose uno tras otro, hasta el último, Ambrosio, que una mañana dejó de respirar sentado en su vieja silla de anea en la puerta de su casa cuando tomaba el sol. Ya no tenía sentido su vida en el pueblo, demasiado tiempo atrás había dejado de tenerlo, pero era demasiado tarde, tampoco él tenía a dónde ir ni a nadie que pudiera escribirle cartas, solo le quedaba esperar pacientemente a que un plácido día dejara de respirar como lo hicieron todos los demás.

La mañana había amanecido soleada, blanca por la nevada caída la noche anterior, ni siquiera a las gallinas se les escuchaba, hacía tanto frío que ni el viento se atrevía a salir a pasear por entre los árboles. Todo en silencio, solo el crujir de los troncos en la candela. Únicamente un trinar de pájaros que pareció escuchar y que le invitó a mirar por la ventana y, al hacerlo, el corazón le dio un vuelco. Tanta fue la impresión que cerró los ojos del susto al ver a todos los ancianos amigos reunidos frente a su casa. No era posible, todos habían dejado ya de existir, pero al abrir los ojos de nuevo comprendió que se trataba de una alucinación, nadie había a muchos kilómetros a la redonda en torno a su casa.

Salió al exterior a comprobar que nadie más que él había allí, miró la nieve y ni una sola pisada que delatara la existencia de cualquier otro ser vivo. Nadie más, a parte de un grupo de alegres pajarillos posados sobre las ramas del

viejo roble. Volvió para entrar nuevamente a la casa y, al hacerlo, encontró un sobre blanco sobre la nieve, sin sello ni matasellos, que le sorprendió. Se agachó, lo cogió, lo abrió y extrajo de su interior una carta con solo dos palabras escritas: Feliz Navidad.

Pasión plástica

-No puedes ni imaginarte lo mal que me siento, lo arrepentido que estoy por mi comportamiento de anoche, por mi actitud contigo. No sé de qué manera expresarme para que me perdones; no te pido que intentes comprenderme, soy consciente de que no existe explicación razonable que me pueda servir de excusa... -Jaime se lamentaba entre disculpas recostado en el lecho mirando hacia la pared, de espaldas a su amada, a la que no se atrevía a mirar a los ojos, sumido entre el arrepentimiento y la resaca propiciada por una noche de desenfreno, de alcohol y sexo.

-¿Cómo podría eliminar lo sucedido anoche para que no quedara ni un solo resquicio en nuestra memoria? Para que no te sintieras ofendida por mi reprochable manera de tratarte. Ya sé que la pasión no es sinónimo de brutalidad, que el amor no puede llegar a hacernos comportar como animales, ni siquiera en el mundo animal tratan a las hembras como yo te traté a ti anoche. Pero tú sabes que yo no soy así en el fondo, que soy sensible, romántico, delicado... También sé que nunca me dirigirías un solo reproche por mi irrespetuoso comportamiento, aunque tu silencio tampoco significa que aceptes mis desmanes, te conozco lo suficiente como para saber que no te sienta bien, que no te gusta, y créeme que trato de cambiar, de olvidar la bebida, de regresar temprano a casa y compartir contigo cada momento, de llevar una vida familiar y en pareja, como era nuestro deseo cuando nos encontramos por primera vez a través del escaparate de aquella tienda, que no necesitaba más propaganda que tu propia belleza natural. Jamás podré olvidarlo. Nunca hasta entonces me había sentido tan dichoso, ni nadie nunca antes supo entenderme como tú, tan comprensiva, tan tolerante con mi carácter inestable. Son tantas las cosas que me hacen sentirme feliz que cuanto más lo

pienso más arrepentido me siento. ¡No tengo perdón!

Comprendo que llegará el día en el que te canses de mí y definitivamente decidas poner punto y final a nuestra relación, todo tiene un límite y soy consciente de que me he situado demasiadas veces sobre la raya que marca lo admisible y respetable. Aunque, en lo más profundo de tu naturaleza, también sé que a ti te gustan las emociones fuertes, vivir cada acto sexual entregándote hasta lo permisible, sabes excitarme como nadie y sacas de mí mis instintos sexuales más primitivos, más viscerales. Por tantas cosas, te pido que me concedas una nueva oportunidad, la última, un esfuerzo por todo lo que significa nuestra vida en pareja y por todo lo que superamos juntos frente a las adversidades. Tengo tanto miedo a perderte...

Jaime desplazó el brazo hacia atrás y con su mano buscó la de ella en un acto de reconciliación, pero su asombro fue mayúsculo, el cuerpo de su amada mostraba evidentes signos de deterioro propiciado por la actividad sexual mantenida la noche anterior. Se dio la vuelta y de un impulso quedó sentado en la cama con una exclamación de contrariedad.

-¡Oh, dios mío!- agarró su mano, sus pies, su cabeza, cada miembro de su desluciente figura hasta que dio con el desgarró fatal. Aturdido no acertó a pronunciar otras palabras más que de ánimo. -¡No te preocupes vida mía! Enseguida bajo a toda prisa al taller de bicicletas a comprar un parche que no desentone con el color de tu piel. ¡Ya verás cómo todo vuelve a ser como antes!

Fresas con nata

He comprado fresas. ¡Están buenísimas! Son de temporada, y como sé que te gustan tanto traje una cajita, de las pequeñas, de esas de madera que contienen un kilo. Las he lavado poniéndolas debajo del chorro del grifo, antes de cortarles el tallo, para que no le entren agua en el interior. Las he troceado en el cuenco de cerámica que te regaló Carla para tu cumpleaños y bañado en nata; luego las espolvoreo con edulcorante. El doctor dijo que evitásemos el azúcar en lo posible. ¡Tenemos que cuidarnos amor mío! Cuando fui esta mañana al mercado... Ya sabes que los martes es el mejor día para comprar. No sé por qué te lo digo precisamente a ti, si tú fuiste la que me lo enseñaste, que los martes y los jueves son los días en que entran los productos frescos a la plaza de abastos. Las vi tan sabrosas, rojitas, en su punto de maduración, y pensé en ti. Bueno, ya sabes que apenas pienso en otra cosa que no seas tú.

Toma, pruébalas... ¿Están buenas, verdad? Antes de conocerte rara vez comía fruta, ¿lo recuerdas? Tú fuiste la que me enseñaste a comerlas, a apreciar su sabor y el valor nutritivo. Me enseñaste tantas cosas... Cada vez que pienso en todo lo que hemos vivido juntos y en lo que hubiese sido mi vida de no haberte conocido se me traba la imaginación, es como si no hubiera sido posible una vida sin ti.

Mañana vendrá Carla a hacerte compañía. Es una jovencita muy guapa. Se parece a ti, tú tenías su misma sonrisa cuando te conocí. Hemos tenido mucha suerte con los hijos, y también con los nietos. No sé que hubiésemos hecho sin ellos, se desviven porque no nos falte de nada. La nieta vendrá temprano, se quedará contigo hasta que yo regrese de la visita al otorrinolaringólogo, este oído derecho ya no es el que era, tanto es así que a veces, sin darme cuenta,

cuando me hablan giro la cabeza orientando el izquierdo. Acabará por producirme tortícolis... Ya podrían haber elegido otro nombre un poco más fácil de vocalizar, o-to-rrri-no-la-rin-gó-lo-go, ¡qué barbaridad! Toma, come fresas. Me las estoy comiendo yo todas.

Se me olvidó decirte que han abierto una floristería en el local de abajo. Ayer cuando pasé por la puerta vi a través del escaparate cómo colocaban unos estantes en el interior y hoy ya habían abierto al público, tienen mucha variedad de plantas y flores. Sí me acuerdo mañana, a la vuelta del médico del oído, me llegaré y compraré un jazmín para el balcón. Al del patio no sé qué le ocurre, ha dejado de echar flores, creo que las heladas caídas este invierno le han perjudicado. No quiero que llegue el verano y no tengas jazmines, con lo que tanto te gusta ponértelos en el pelo y en la mesilla de noche para ahuyentar a los mosquitos.

¡Toma, abre la boca! ¡Ummm... Qué ricas! Esta nata que he comprado nueva me gusta más, es más suave al paladar que la otra. ¡Toma, abre esa boquita dulce, vida mía! Vaya, te quedó la nata por fuera. Déjame que te limpie con la servilleta, que tu boca luzca esa linda sonrisa. Tanto tiempo callada, tanto tiempo ausente...

Frustración suicida

Ni siquiera pensó en apretar la perilla de la luz, se levantó de la cama a oscuras con la misma angustia que se había acostado un rato antes. Tampoco se le ocurrió cambiarse de ropa, sus miras se pusieron en la puerta hacia el exterior, en busca de una solución que pusiera fin a su desdichada existencia. No entendía qué podría haber fallado para que su intento suicida no llegara a consumarse, el prospecto expresaba bien claro cuáles serían los efectos inmediatos tratándose de una indigesta de capsulas, ni un toro habría tenido la mínima opción de sobrevivir a la sobredosis de aquellos compuestos medicinales de nombre impronunciable y de efectos secundarios interminables.

Cuánta razón tenía el tal Murphy, pensaba, con su ley y las consecuencias lógicas que siempre ocurren y que parecen fruto solo y exclusivamente de la mala suerte, aunque siempre relativo a otros asuntos más cotidianos, como al de las tostadas, que cuando se caen de las manos siempre van a dar al suelo por la cara untada de mantequilla. Pero en cuanto al suicidio... No es recomendable para nadie, que hartos de frustraciones también se jodan las intenciones de resolver por la vía más rápida, por la tremenda.

El fracasado propósito no desalentó su pretensión, al contrario, el miedo al encuentro con la muerte era lo único que se había desvanecido, su hartazgo y el deseo de despedirse de este mundo quedaban intactos, sin fisuras, con la obsesión como única consejera, que le animaba a encontrar una nueva manera de decir adiós para siempre.

La noche se hacía dueña de la ciudad y las calles y avenidas se mostraban

como escenarios inanimados por los que nada ni nadie transcurrían; ni un solo vehículo que aprovechar como cómplice para un accidentado final. Solo el viejo viaducto rompía la línea inalterable de enfiladas farolas encendidas, marcando un paréntesis en el paisaje horizontal, como delimitando un lado y otro, el de allá y el de acá, y como premonición que surgía en forma de idea, la de acercarse al levadizo peatonal y desde lo alto esperar a los primeros focos, ante los que precipitarse buscando un desenlace rápido.

Pero nada parecía salir a su gusto, cualquier pretensión quedaba gafaba de antemano, como si la mala fortuna se hubiese empeñado en negarle cualquier deseo. Cansado de una espera interminable decidió lanzarse al vacío contra el oscuro asfalto que siniestramente se ofrecía a la fatalidad. Se subió, en pie, sobre la baranda metálica del puente decidido al punto y final, con la noche solitaria y la suave brisa como únicos testigos de su funesto destino. Estiró los brazos en cruz y contra el vacío insolente se lanzó, quedando su desgraciado padecer sobre el alquitrán de la calzada.

Por un momento, boca arriba y con la perspectiva estrellada, pensó estar sumido en un profundo sueño, en una pesadilla surrealista en la que ni siquiera la parca quería cuentas algunas con él. Había caído desde más de 10 metros y su cuerpo no mostraba ni un solo rasguño, ni una contusión, ni el más mínimo dolor o molestia producida por el golpe contra el suelo. Estaba claro que aquella no era su noche... cuánta razón tenía Murphy.

Envuelto en el desánimo comenzó a vagar por la ciudad, concluyendo que la providencia existe, así como las fuerzas o energías que nos guían y nos marcan el camino en cada una de nuestras decisiones, aunque uno no quiera, si la fortuna se empeña no se puede luchar contra los designios marcados en el

devenir de nuestro futuro.

Los fracasados intentos suicidas le convencían para darle una nueva oportunidad a la vida y el ánimo vencía al desencanto al tiempo que el nuevo día se presentaba con los primeros rayos de un sol luminoso y el trajín de viandantes que ajenos a su vagar se cruzaban ante él ignorando su presencia.

Se detuvo ante un quiosco de periódicos y buscó dinero en sus bolsillos, pero no encontró ni una sola moneda, solo halló la sorpresa al mirar la portada del diario, al descubrir una foto con su imagen en su dormitorio, mostrando su cuerpo inerte entre envases vacíos de medicamentos bajo un titular que rezaba: "Se suicida un hombre de mediana edad en la soledad de su apartamento".

Anatomía de una composición

Suzanne leía sosegadamente sentada sobre la hierba fresca crecida a orillas del pantano de Giverny. El manto verde se extendía a los pies de la alameda entre los frágiles rayos solares del verano, temprano y cómplice de la luminosidad que rompía sobre los tonos blancos de las faldas quietas. El rascar de los pinceles sobre el lienzo sonorizaban la escena, entre la débil franja contrapuesta al claro que los sombreros campestres marcaban en las semblanzas femeninas y por la cálida brisa que jugueteando se colaba por entre los blancos troncos y las bicolors hojas de los álamos.

¿Y qué sería de mis mañanas si no te vuelvo a ver por entre los rosales con la gélida escarcha de las rosas en tus mejillas? Acariciando los pétalos aterciopelados que se fueron abriendo con el nuevo día, rodeadas de espinas dolientes que sangran al tacto de tu inocente dulzura.

¿Y cómo superar la ausencia de tus pasos, del taconear elegante y sereno que transita continuo por entre mis pensamientos? A veces plácidos y otros tantos inquietos, vulnerables, inseguros, que se agarran a la protección que tu presencia me brinda.

¿Y de qué manera encontraría el norte de mi existir? Si no tengo la brújula de tu sonrisa que marca el rumbo de mi corazón, que me guía y que me salva del naufragio existencial. Que me anima y me consuela, que me cobija y me defiende entre latidos.

¿Y adonde irían los deseos pretendidos en tantas noches de insomnio a la luz de tu luna? Plateada y limpia, dormida...

La quietud quedó alterada por la joven modelo que volcaba el libro sobre sus piernas cubiertas de blanca falda. Se quitó momentáneamente el sombrero de su cabeza y con el pañuelo adornado de bordaduras secó el sudor de su frente. Blanche continuó mezclando colores sobre la paleta, buscando el cromatismo, y sin perder la concentración dijo con apacible tono de voz:

-No te muevas...

El recuerdo

El cambio de hora me tiene desconcertado. No acabo de acostumbrarme. Llevo despierto dando vueltas en la cama por lo menos desde las cuatro de la madrugada -Decía Cristóbal mientras se afeitaba ante el espejo -No sé si tanta molestia servirá para algo, supongo que sí, que cuando la cambian todos los años, y dos veces, no lo harán por gusto. Dicen que de esta manera se aprovecha más y mejor la luz solar. Ellos sabrán, lo cierto es que a mí me tienen un par de días medio tarumba. Un día de estos tengo que ponerle una zapatilla nueva a esta dichosa llave, no cierra bien y no para de gotear - continuaba monologando al tiempo que con su mano derecha apretaba con fuerza el mando del grifo del lavabo.

Me tiene preocupado la cría de Lana, aún es pequeña y todavía no sabe que no puede entrar en los sembrados. La madre se da cuenta... ¡qué lista es! Cuando ve a la chiquitina que se mete dentro del huerto y comienza a escarbar entre los surcos se esconde, como queriendo esquivar la regañina. Si continúa así tendré que cercar el perímetro, al menos hasta que se haga mayor y aprenda.

Ayer aboné la terraza de arriba, la dejaré descansar este año y sembraré la de abajo. Lechugas, rúcula, espinacas, y tengo la duda si también probar con algunas coles lombardas. No sé cómo se dará. Matías me ha dicho que a él se le dieron bien el año pasado.

No he dormido bien esta noche, con eso de la hora... Fíjate que cuando me levanté y salí ahí afuera estaba todo como la boca de un lobo, sin una sola estrella en el cielo. Hasta el gallo estaba durmiendo todavía. Recogí los huevos del gallinero y les puse comida y agua limpia en el comedero. Estoy

pensando en cambiarle a Matías un par de gallinas por una pareja de conejos, no sé para qué queremos tantos huevos si no los comemos. En cambio los conejos crían con mucha frecuencia y se venden a buen precio, además no gastan en comida, con el forraje es suficiente.

¡Uy! Creía que era más temprano -exclamaba mirando el reloj de la mesilla de noche al tiempo que se ajustaba con prisa el cinturón -. ¡No te digo...! El cambio de hora me tiene confundido. No queda mucho para que pase el autobús. Ya no para enfrente, al otro lado de la carretera, ahora han puesto una marquesina un poco más abajo, después de la curva. Está mejor así, queda un poco más lejos pero no es tan peligroso. Antes había que adentrarse en la calzada para verlo venir y como no estuvieras atento se te iba y había que esperar una hora más hasta el próximo, con el cabreo... No quiero llevarme el coche porque supone más molestias que comodidad, luego no encuentro aparcamiento y estoy media mañana como un tonto dándole vueltas al ayuntamiento hasta que consigo un hueco. Me pone de mal humor tanta pérdida de tiempo.

Lo podía dejar para otro día, no corre prisa, tengo todavía un par de meses para renovar el arrendamiento del nicho, pero prefiero acercarme hoy a la ciudad y así me quedo más tranquilo. Estas cosas se van dejando y por mal del demonio lo echo en olvido y me encuentro con un disgusto de por vida. No me lo perdonaría por nada en el mundo, me moriría de pena antes de que llegase mi hora pensando que no podría compartir la eternidad contigo. Así que lo renuevo y de camino me paso por el campo santo. Limpio la lápida y pongo unos gladiolos a ambos lados. Sé que son las flores que más te gustan. Bueno, cariño, me tengo que ir... Estaré de regreso para el mediodía. ¡Un beso! - agarró el portarretratos y se lo acercó a la boca, dejando la impronta de sus

labios sobre el cristal.

Transitoriedad efervescente

Su vida había cambiado rotundamente desde hacía un par de meses atrás, desde que comenzó a sufrir aquellos brotes de alucinaciones, una enfermedad que el psiquiatra definió como esquizofrenia efervescente transitoria, un término que seguramente no habría entendido de no ser él el que la padecía. Nunca sabe uno cómo va a reaccionar nuestro cerebro, frente a acontecimientos para los que nunca se está preparado del todo. De todas maneras, el subconsciente es tan reservado para sus cosas que, si no fuese porque de vez en cuando salen y florecen, uno pensaría que son cosas de otro, otro yo que vive dentro de uno mismo y que nos cuesta controlar en determinadas acciones o momentos.

Esas eran las excusas o explicaciones que el doctor le había dado entre las, ya casi perdidas en número, sesiones terapéuticas en las que se pasaba la hora de duración tumbado en el diván sin apenas decir nada, pues era el especialista en psiquiatría el que no paraba de hablar y le contaba todos aquellos detalles sobre su recién aparecida enfermedad, cualquiera diría que tenían los turnos cambiados y que el médico era el paciente, a no ser porque ya desde el primer encuentro le dijo que no se extrañara por la inusual técnica, que consistía en todo lo contrario a lo establecido en medicina psiquiátrica, que, en vez de escuchar al enfermo y que éste dijera boludeses constantemente, el doctor trataba de sustituir sus miedos entreteniéndole con temas ajenos a sus dolencias psíquicas.

Lo difícil para Ramón era tener que soportar de vez en cuando las teorías futbolísticas de Bilardo, cuando no existía asunto más aburrido para él que el deporte del balompié. Algo con lo que tenía que haber contado cuando

comenzaron las visitas, al comprobar el primer día su marcado acento argentino.

Era complicado analizar las causas por las que aparecían los brotes esquizofrénicos, el doctor le había dicho que tenía que buscar en su memoria un acontecimiento clave, posiblemente traumático, tan doloroso que el propio subconsciente se habría creado una coraza como antídoto, para que su recuerdo no le afectara, y ese con toda probabilidad sería el olvido. El cerebro es como el disco duro de un ordenador, que por más que se limpian datos inservibles siempre queda una copia de esos archivos por alguna carpeta invisible que los retiene, sacándolos a la luz cuando nos adentramos en sus entrañas electrónicas.

Sin duda alguna la coraza de defensa del subconsciente tendría que ser muy buena, tanto que por más que trataba de buscar una afectación tan traumática no la encontraba. Su vida era muy tranquila y ordenada, no tomaba drogas, no bebía alcohol, no sufría enfermedades ajenas a la transitoria efervescente que padecía... El problema tendría que estar relacionado con su hogar, algo tenía que haber sucedido allí mismo y por eso al regresar empeoraba y sus alucinaciones volvían con más frecuencia hasta tener que hospitalizarlo.

En dos ocasiones lo habían tenido que llevar al hospital y dejarlo ingresado temporalmente, pero aunque continuara con la medicación recetada, al poco tiempo de nuevo regresaban las extrañas voces y visiones que le hacían vivir en un estado constante de pánico y ansiedad, y con la sensación de que su cerebro ya había dejado de funcionar correctamente para siempre.

Al menos su caso no era tan grave como otros aparecidos recientemente en la

ciudad, de un mes a esa parte se habían sucedido una cantidad tan poco habitual de afectados por la esquizofrenia que de haber sido enfermedad contagiosa las autoridades habrían declarado obligatoriamente el estado de alerta en toda la región. Según el doctor, habían surgido casos tan llamativos de alucinaciones que incluso llegaron a ser titulares en las noticias. Algunos con consecuencias lamentables, como el del fontanero que se precipitó por su patio de luz desde la cuarta planta del edificio donde vivía, los vecinos declararon que se le había ido la cabeza, que decía ser funámbulo y con paraguas abierto en mano trató de cruzar el patio sobre las cuerdas del tendedero de la ropa. Otros no pasaron de ser simples anécdotas graciosas, como la que protagonizó la camarera del restaurante a la que tuvieron que bajar de la estatua ecuestre de la Plaza Central, desnuda y gritando que era Lady Godiva.

Ante lo alarmante de la situación, algunos especialistas comenzaban a sacar conclusiones sobre el tema y tanto fue así que no pasaba día en que las tertulias radiales sacaran a relucir aquel problema que tanto preocupaba a la comunidad. Las opiniones eran dispares en cuanto a las causas posibles que provocaban los brotes esquizofrénicos y los había desde los que se lo achacaban a la sequía extrema padecida aquel año en el que apenas llovió, hasta los que aseguraban que podría tratarse de una herencia genealógica. Y fue precisamente escuchando la radio e interesándose por el tema que le afectaba cuando descubrió el origen de su afectación efervescente transitoria.

Hacía frío y le apetecía algo caliente para cenar, así que decidió prepararse una sopa instantánea de pollo. Llenó la taza de agua, la puso a calentar en el microondas y, al tiempo que con las tijeras cortaba el sobre que contenía el preparado alimenticio, dieron comienzo las noticias con la siguiente cabecera:

Importante golpe al narcotráfico. Las autoridades policiales han desarticulado una banda criminal dedicada al tráfico de drogas que operaba en el país. Se ha incautado un importante cargamento de mescalina que los traficantes introducían a través de la frontera camuflado en preparados alimenticios de la marca "El pollo feliz". La policía anda tras la pista de una partida con destino desconocido.

Caprichoso Cupido

De no haberlo vivido por ella misma jamás se hubiera imaginado que estas cosas tan caprichosas del destino podrían ocurrir, que Cupido tuviese una tarde de antojo y pusiera sus flechas donde nunca tendría que haber apuntado. Pero ya se sabe, los ojos del dios del deseo amoroso están cubiertos por una tupida venda que su divina mirada no puede atravesar. El corazón de Virginia fue clavado por una de sus armas arrojadizas e inconscientemente cayó fulgurante ante los brazos de un hombre, precisamente el menos adecuado.

No llevaba muchos días en la facultad de filosofía de Salamanca cuando comenzó a sentir una atracción especial por su profesor, Marcelo era un hombre joven que no coincidía con los parámetros habituales de docente entrado en años, al contrario, aunque les doblaba la edad la relación con sus alumnos no discurría con tintes paternalistas sino más cercano, algo así como el amigo experimentado del grupo que cada día acudía al encuentro en las aulas universitarias. Un hombre amable, cordial y comprometido con su alumnado en los problemas e inquietudes propias de juventud.

En un principio no dejaba de ser una ilusión que suponía transitoria, muchas de sus compañeras universitarias también suspiraban por el profesor pero de igual modo todas eran conscientes de que Marcelo no daba tregua ni bajaba la guardia en lo relacionado a su vida íntima, todas sabían que era un hombre soltero y a simple vista sin compromiso, así que por otro lado también las colocaba en posición privilegiada, en casaderas con posibilidad. Lo que tampoco podría imaginar es que sin tomárselo en serio comenzara a recibir señales de reciprocidad por parte de él, demasiado atento, demasiados detalles con ella que fue identificando como señales de complicidad, hasta

que, sin esperarlo, un día la retuvo a la salida de clase con excusas relacionadas con los estudios para aprovechar la oportunidad e invitarla a almorzar.

No dijo que no, accedió a la invitación, aunque con reservas de que fuese lo correcto, no desconfiaba de aquel hombre, al contrario, le daba confianza y se sentía segura en su compañía, pero temía una reacción desacreditadora por parte de sus amigas y compañeras que podrían acusarla de ir más allá de lo que realmente era, un almuerzo sin compromiso alguno.

Pero aquel encuentro no fue casual, ni por la parte de Marcelo ni por la del hijo de Venus, que se valió del momento para lanzar la flecha que despertó definitivamente los sentimientos de ambos y unirlos en pareja. El compromiso se hizo oficial para todos y por supuesto también para los padres adoptivos de Virginia, a los que les comunicó su decisión de compartir la vida con el hombre que creía el ideal. Nunca le ocultaron su verdadero origen ni la historia que les contó su casi desconocida madre biológica, de la que apenas tenían conocimientos.

El azar la había puesto en sus vidas cuando una joven embarazada a punto de dar a luz y sin dinero se acercó a ellos en aquella gasolinera de carretera, no dudaron en ofrecerse para llevarla en el vehículo hasta Madrid, donde vivían. Por el camino les contó su angustia y la falta de apoyo recibido por parte de sus padres cuando se quedó embarazada de un joven adolescente de su edad, que justo antes de conocer su embarazo había emigrado con sus padres a otra ciudad, a Valladolid, adonde pretendía llegar con la esperanza de encontrarlo y comunicarle que él era el padre de la criatura que llevaba en sus entrañas.

Pero no pudo cumplir su deseo, poco antes de llegar a Madrid rompió aguas y falleció en el parto. La falta de documentación u otro indicio que la identificara los puso en la disyuntiva de adoptar a la recién nacida niña, a la que pusieron el mismo nombre que su madre. Sus únicas pertenencias consistían en un pequeño bolso de mano, en el que guardaba un diario sin escribir y una foto de ella entre sus páginas. Aquella era la única referencia que tenía de su madre natural, la que no le sirvió para encontrar el rastro de su identidad. Virginia guardaba con mucho cariño la foto en blanco y negro heredada, con la esperanza de que algún día le sirviera como llave al conocimiento de su verdadera identidad.

Sin embargo, al contrario que a su desconocida madre, la fortuna le había sonreído doblemente, primero por haber sido adoptada por quienes le dieron todo el cariño que pueda recibir una hija y por último encontrando a Marcelo, de quien se sentía enamorada y correspondida, hasta tal punto de tomar la decisión de unir sus vidas. Virginia comenzó la mudanza de las pocas pertenencias que guardaba en el piso de estudiante que compartía con otras compañeras y comenzó a colgar sus ropas en el armario del hasta ese momento dormitorio de soltero de Marcelo, con tan mala suerte que en un descuidado giro dio con el codo al portarretratos que sobre el chifonier mostraba una foto de sus padres, rompiéndose el cristal al caer al suelo.

Preocupada por el descalabro se apresuró a terminar de ordenar sus cosas pensando en reponer el cristal y volver a colocar el marco en su lugar lo antes posible, para que Marcelo no lo notara ni lo echara en falta. Recogió los cristales esparcidos por el suelo y metió el portarretratos en una bolsa, con la que se apresuró en dirección a la cristalería más cercana.

Llegó al establecimiento y el cristalero se dispuso a reponer el cristal nuevo. Separó la tapa trasera, extrajo la imagen familiar para tomar las medidas correctas y las dejó sobre el mostrador. El dependiente entró en la trastienda taller para cortar el vidrio y entre tanto Virginia sintió curiosidad por observar con detenimiento el rostro de sus suegros a los que todavía no conocía en persona. Asió la fotografía con las manos y al hacerlo comprobó que tras ella había otra estampa oculta, una imagen que nunca podía haber llegado a imaginar. Era una copia igual a la foto de su madre, la que con tanto cariño conservaba. Pero ésta, a diferencia de la suya, contenía una dedicatoria a tinta: *Por siempre tuya.*

Crónica de un exorcismo

Quedó sorprendido, atónito, sin reacción momentánea, cuando descubrió el origen de los extraños sucesos nocturnos que ocurrían en torno a él.

Todo comenzó un par de años atrás, con las primeras sospechas de que algo sucedía en su hogar durante la noche y que no tenía explicación lógica, aunque era muy probable que las anomalías estuvieran ocurriendo desde mucho tiempo atrás y no hubiera puesto atención en ellas anteriormente. La mañana que encontró abierta la bolsa de rosquillas, dejada la noche anterior antes de irse a dormir sobre la mesa de la cocina, sin precintar y con dos unidades menos, fue el hecho detonante que puso en alerta a Eduardo, de que alguna desconocida presencia se había comido el par de rosquillas faltantes. Se las comieron allí mismo. A esa conclusión llegó después de ver el reguero de pisquitos blancos que dejaba el azúcar glas sobre el suelo en dirección opuesta a su dormitorio.

Aquella extrañeza pasó rápido al olvido cuando vio que la ventana de la cocina estaba entreabierta, con espacio suficiente como para dejar entrar el cuerpo de algún animal. Un gato, un pájaro, incluso algún pequeño ratoncillo que al olor de la comida se habría aventurado a colarse en el interior tras el rastro goloso. Los restos esparcidos por el piso adquirieron normalidad y dio por resuelta la extrañeza. Sin embargo, las suspicacias se activaron de nuevo cuando algunas mañanas más tarde encontró otro raro suceso, la lámpara de la entrada sobre la consola recibidor estaba encendida. Qué extraño, pensó nada más verla. No acostumbraba a encenderla salvo en contadas ocasiones en las que regresaba a casa por la noche o sin luz natural y desde la tarde anterior no había salido de la casa y no había necesitado encenderla, estaba seguro de ni

siquiera haberse acercado a la puerta de la entrada.

A partir de entonces comenzó a tomarse más en serio cualquier detalle que no encontrara dentro de la normalidad, anormalidades que fueron sucediéndose cada vez más asiduas y más evidentes de que una extraña presencia era la causante de todas las anomalías, siempre durante la noche, cuando dormía, y sin rastro alguno de cómo accedía al interior de la vivienda. Puertas cerradas, luces de las restantes habitaciones encendidas, portarretratos cambiados de lugar... Los inexplicables sucesos se habían convertido en una pesadilla que le intimidaban con una frecuencia casi diaria, hasta el punto de empezar sugestionarse con cada ruido extraño y a cualquier hora del día o por una simple corriente de aire, cualquier mínimo detalle le amedrentaba, le impresionaba hasta erizársele la piel.

Llego a la determinación de que se trataba de un caso claro de poltergeist. La casa donde vivía estaba situada en un lugar histórico de la ciudad, donde bien pudo haber existido anteriormente otro tipo de edificación, tal vez un antiguo hospital, un cementerio, o quizás una casa encantada, por la que vagara algún alma en pena atrapada en el limbo y con deseos de encontrar el camino definitivo. Aquellas señales podrían ser una llamada de atención, estaba claro que algún espíritu reclamaba su ayuda. Pero, ¿cómo ponerse en contacto con él, de qué manera podría comunicarse para entender cuáles eran sus demandas y así cumplirlas?, de modo que pudieran encontrar la paz los dos, el duende y él.

Se decidió por poner remedio a la angustia que le provocaban aquellos fenómenos y fue a pedir consejo a una espiritista curtida en mil batallas demoníacas. Acudió a su casa y tras un examen exhaustivo le propuso una

limpieza de influencias negativas que ella notaba en su cuerpo cuando entraba en trance buscando el maligno espíritu que le atormentaba. Al día siguiente, para no perder el tiempo, la espiritista se encerró en el hogar de Eduardo y sembró todas las habitaciones de crucifijos y velas encendidas para que sirvieran de guía al alma en pena atormentada y prisionera en su vivienda. Conjuros y más conjuros, rezos y pronunciamientos mágicos como puente entre lo físico y lo espiritual, y agua bendita de la iglesia cercana pulverizada por cada rincón. Una jornada entera de limpieza entre los dos mundos hasta que la médium dio por concluido el exorcismo.

Por primera vez en mucho tiempo se dispuso a dormir tranquilo, sin la inquietud que le producía el misterio de no saber qué encontraría a la mañana siguiente como fruto de los extraños fenómenos ocurridos durante la noche. Cuando despertó lo hizo con el interrogante como guía, fue comprobando una por una todas las estancias de la casa sin nada anómalo que resaltar, todo estaba en sus sitio, en orden, y los conjuros parecían haber dado resultado.

Pero sólo fue flor de un día, porque a la mañana siguiente de nuevo las señales de la desconocida presencia se hacían patentes. Las puertas de la despensa estaban abiertas de par en par, al igual que el frigorífico, donde aparecía todo revuelto. Además, y especialmente, se encontraba cansado, como si toda la noche durmiendo no le hubiese proporcionado suficiente descanso, y con una pesadez en el estómago poco acostumbrada.

Desesperado, ante el regreso de los fenómenos paranormales, pensó que lo mejor sería buscar una solución definitiva, poner tierra de por medio, vender la casa y comprar otra en otro lugar de la ciudad asegurándose de que no hallaría nuevas sorpresas de tipo fantasmagórico. Tendría que ser un sitio

nuevo, en un terreno puro, sin posible contaminación espiritista. Y así, decidido a poner punto y final, a comenzar una nueva etapa de su vida sin influencias de otro mundo, se fue a dormir.

Se acostó y cuando despertó al día siguiente notó una extraña y pegajosa sensación entre su piel y las sábanas, movió la mano tratando de averiguar de qué se trataba y al hacerlo topó con un objeto de cristal, lo agarró, lo sacó de entre el tejido de lienzo y desorientado y sorprendido comprobó que también la mano la tenía pringada de aquella sustancia que contenía el tarro. Se levantó de la cama y fue entonces, frente al espejo, cuando encontró la respuesta, al ver que su boca y todo el contorno la tenía manchada de mermelada de frambuesa.

Extraña atracción

-¡Maldito despertador! -exclamó Eduardo a oscuras, alargando la mano hacia la mesilla de noche y tratando de pulsar el percusor que detendría el estridente sonido. No fueron pocos los intentos frustrados por deshacerse de aquel viejo radio-reloj que interrumpía su descanso cuando le venía en gana, saltándose la configuración a su albedrío y alborotando el sueño, pero siempre aparecía en el último suspiro el recuerdo de su amigo de la infancia para salvarlo del estropicio. El electrónico avisador del tiempo era el único regalo que tenía de él y rechazarlo sería como borrar de su memoria muchos recuerdos de infancia y juventud. Tantas veces le había reprochado no haber escogido otro regalo de boda, algo más discreto, decorativo, aunque no hubiese tenido utilidad alguna.

Demasiados recuerdos, demasiado aprecio a los objetos que le retraían a tiempos mejores en los que la soledad sonaba a palabra de diccionario ajeno. Era como agarrarse al recuerdo de mejores días en los que sus sentimientos y sentidos tenían dueños, nombres propios. Nada era lo mismo desde que María le dejó sobre la mesa del escritorio la alianza de boda grabada, junto a las llaves de la casa y una escueta nota escrita con palabras de despedida: *Te quise tanto que no me quedó el valor suficiente para decirte adiós.*

Se sentó en la cama buscando con la mirada los primeros rayos de luz que se colaban por entre los agujeros de la persiana del ventanal y giró la cabeza varias veces hacia un lado, después hacia el otro, al tiempo que se desperezaba con el sonido del acomodo cervical. Sus pies se abrieron paso en la búsqueda hasta encontrar las pantuflas a cuadros grises y, tras calzarse, se levantó en dirección a la ventana, buscando la correa que elevara las láminas delgadas de aluminio que tras los cristales sujetaban el énfasis con que el

nuevo día se anunciaba.

Pocas cosas sucedían al azar, uno tras otro los movimientos metódicos le sumergían en un ritual cotidiano que comenzaba en la cocina con el sonido de la vieja cafetera acompañado del trinar del canario enjaulado, que alegre y dinámico saltaba de un lado a otro de los barrotes con la seguridad adquirida de que su fresca hoja de lechuga estaba a punto de aparecer. Un toque preciso al botón de la radio y surgían los primeros sonidos mundanos para acompañar al café en el balcón con el río de fondo en el paisaje. Entre los verdes tonos del soto y el gris granito del paseo ribereño.

Nada parecía alterar la cotidianidad, la monotonía que embargaba su vida. Los primeros viandantes aparecían entre el luminoso día, unos caminando y otros invitando al sol a regalarles su energía sentados en los forjados bancos metálicos de sinuosas formas modernistas. De repente, el desplazar de su mirada fue a centrarse en uno de los asientos urbanos, de nuevo aquel misterioso hombre aparecía sentado frente a su casa como en los últimos días, unas veces leyendo, otras parecía escuchar la radio con los pequeños auriculares insertados en los oídos y aquella mañana se mostraba con una carpeta negra sobre sus piernas cruzadas que le servía de apoyo para escribir.

Hacía varios meses desde que había interrumpido en su vida sorpresivamente. Nunca antes le había visto, desde aquella mañana en la que intercambiaron algunas palabras en la tienda de animales y desde entonces la coincidencia los colocaba en muchos sitios a la vez. En el supermercado, en el cine, en la cafetería, incluso en el cementerio lo vio en una ocasión cruzar entre las tumbas a lo lejos, mientras limpiaba la lápida de su madre.

La intriga se había apoderado de él y la curiosidad por saber quién era aquel extraño aumentaba con cada aparición. No se sentía intimidado, no era esa la sensación que le producía su aparente casual presencia, de la extrañeza pasó a la curiosidad y de la costumbre de observarlo a sentir una rara atracción. En más de una ocasión llegó a pensar en provocar un encuentro, en forzar una conversación que le ayudara a despejar dudas, quizás tropezar descuidadamente o preguntarle la hora.

Mientras que por su mente se sucedían pensamientos, más de aceptación que de rechazo, el extraño personaje continuaba escribiendo y de vez en cuando arrancando hojas del cuaderno para depositarlas en la papelería de al lado después de arrugarlas, como no convencido de lo escrito en ellas. Nunca antes había sentido atracción por un hombre, lo que le situó en una cuestión que no quería aceptar. Tenía claro que era el sexo femenino lo que le seducía y no el otro, y luchaba por no aceptar los sentimientos opuestos que florecían cada vez con mayor fuerza, hasta ponerlo en la disyuntiva de elegir si sería conveniente averiguar el por qué.

Su inquietud lo llevaba del balcón al interior de la vivienda, iba y venía, y entre idas y venidas algún que otro acto de espionaje a través de los visillos de las ventanas. Comenzaba a ver en aquella figura a un hombre atractivo, guapo, elegante. No era posible que su deseo se estuviera inclinando hacia un ejemplar de su mismo género, algo estaba cambiando en él o tal vez fuese algo natural que llevaba en el subconsciente y que de repente estuviera emergiendo, estaba demasiado confuso como para acertar a definir qué significaba aquella novedad prohibida.

Entre lo ético y lo no aconsejable tomó la decisión de bajar a la calle y

acercarse a él como el que no quiere la cosa, desinteresadamente. Pensó en comprar el periódico y sentarse en el mismo banco, tratar de entablar conversación con alguna excusa que se le ocurriera. Era necesario dar un paso adelante y descubrir lo que de verdad o ficticio guardaban sus inquietudes. Una ducha rápida y una elección algo más lenta delante del armario buscando una conjunción más o menos estilosa, que ofreciera buena percepción. Bajó las escaleras con la incertidumbre como compañera y al llegar al exterior se encontró con una sorpresa no calculada, el desconocido ya no estaba sentado en el banco, había desaparecido en un plis-plas, en un abrir y cerrar de ojos. Miró hacia un lado y a otro de la calle y no encontró ni el mínimo rastro de su presencia.

La desaparición repentina le dejó desorientado algunos minutos hasta tomar la decisión de continuar con el plan marcado, comprar el noticiero y sentarse disimuladamente en el banco ahora solitario, pensando en curiosear en las notas desechadas en la papelera. Le embargaba la necesidad imperiosa de conocer algún detalle sobre su identidad y husmear entre sus escritos podría ayudarle encontrar algunos indicios, ¿quién era, cómo pensaba, a qué se dedicaba...?

Cruzó la calle con el periódico en la mano, desplegando sus hojas al azar, y se situó de pie junto al banco. Un par de minutos de disimulo mirando el interior de la papelera y se acopló junto a ella sobre los fríos y negros asientos metálicos. En el mismo lugar en el que el misterioso personaje escribió sus notas desechadas minutos antes. Pasó algunas páginas y después de asegurarse de que nadie le observaba metió la mano en la papelera y sacó varios de aquellos papeles arrugados. Los alisó sobre el papel impreso y los sobrepuso uno sobre otro.

Las notas enseñaban una letra un tanto confusa, deformada y difícilmente legible, Sólo algunas frases construidas sobre un bosque de borrones, lo que dejaba adivinar el inestable estado de ánimo del individuo que las escribió. Nada indicaba en ellas un orden, algo casi imprescindible para tratar de llegar a una conclusión relativa. En la primera de las notas no encontró más que algunas palabras que le corroboraban la inestabilidad emocional, el principio de una frase inconclusa, pues no decía otra cosa que: *Es insoportable continuar con este sentimiento de culpabilidad que...*

La segunda era la más extensa de las tres notas, sin dejar de ser un galimatías escondiendo una realidad. Decía: *Pudo haber sido de otra manera diferente si a mí no me hubiese advertido la curiosidad. O tal vez si hubiese encontrado afirmación entre mi manera de pensar y tu aceptación, pero ni lo uno ni lo otro. Por mi parte me cuesta aceptar esta extraña atracción prohibida hacia tu persona, pues yo soy un hombre y por lo mismo te tengo a ti. Por la tuya no puedo deducir indiferencia sino ignorancia... quizás no sepas siquiera que existo, cuanto más conocer mis sentimientos. Perder el sentido de la orientación por un hombre era algo que no entraba en mis planes, nunca pensé que me ocurriría a mí. Cuánto maldigo que mi querida mascota necesitara desparasitarse, cuánto podría haberme ahorrado si no te hubiese conocido.*

Realmente desconcertado. Aquella nota decía lo suficiente como para identificarse con ella, se dio por aludido en aquel relato, hasta el punto de que pareciera ir dirigida hacia él. El texto descubría a un hombre con sentimientos encontrados, similares a los que le dictaba su estado afectivo. No era posible que aquello estuviese ocurriendo. Dos hombres atraídos entre sí sin una

relación directa que la alimentara. Sorprendido y con manos temblorosas se dispuso a leer la tercera, pero aquella concisa nota no reflejaba nada más que tres palabras completas y una cuarta inacabada acompañada de un borrón: *Cómo expresarte mis sent...*

Entre la siguiente reacción física y la lectura del último apunte transcurrieron un par de eternos minutos. Pero algo ocurrió que detuvo su intención de volver a meter por segunda vez la mano en la papelera y extraer algunos de aquellos papeles nuevamente.

Un murmullo comenzó a distraer su atención a lo lejos con la concentración de viandantes agolpándose en la baranda del río, cercano al puente que lo cruzaba. La gente corría hacia aquél punto determinado para asomarse al caudal, al tiempo que otros parecían gritar desconsoladamente llevándose las manos a la cabeza. Su curiosidad se equilibró como en una balanza y pudo más el empuje de asomarse a la baranda que al fondo de la papelera.

En principio no observó que estuviese ocurriendo nada anormal, pero de repente un destello reflejado en la corriente imantó su mirada, atrayéndola hacia un objeto oscuro que navegaba como barco a la deriva entre las turbias aguas. Una carpeta negra y unas hojas de papel que naufragaban río abajo.

Ira cegadora

¿Cómo parar el llanto del pequeño Lucas en brazos de su padre? Era imposible consolarlo. No se podría explicar por qué el niño había roto a llorar sin un motivo aparente, no tenía edad suficiente como para entender la situación de lo ocurrido, el drama que cubría la estancia. Solo cabría entenderse si aceptáramos un sexto sentido de la intuición que vamos perdiendo con el pasar de los años, al igual que la piel se muda en nuestro cuerpo sin darnos cuenta. En cambio, su padre, si era entendible que estuviera llorando a lágrima viva. Existían los motivos. La escena por sí sola se bastaba para la comprensión. Toda la habitación ensangrentada, un hombre sentado en el suelo junto a la ventana con su hijo en brazos y el cuerpo inerte decapitado sobre la alfombra, el de su querida compañera.

Embargado por los sentimientos dispares vividos en apenas un puñado de minutos, el padre se sumía en la amargura, en el dolor por la pérdida del ser querido que tanto ofreció a cambio de nada. Todo por una chispa inexplicable, suficiente como para encender la ira y cegarse. Nada como el dolor de un hijo para comprender mil reacciones incontroladas diferentes, pero surgió una sola, la más primitiva de cuantas se puedan imaginar con la venganza como condicionante. El fruto de una percepción errónea con trágicas consecuencias.

La katana manchada de sangre yacía a unas cuartas del cuerpo dividido en dos, fue tanta la ira concentrada en energía que le bastó un único movimiento del metal agarrado con las dos manos para dejar seccionada la cabeza con la afilada hoja. Se maldecía por su incomprensible reacción, por no haber comprobado la realidad, por la violencia desatada, por su inexplicable manera de actuar. Fue todo tan repentino, parecía tan evidente...

Si hubiesen elegido otra decoración diferente a la oriental, o tal vez con haber rechazado la espada japonesa y colocado en su lugar un jarrón dinástico habría sido suficiente. O simplemente con no haber estado expuesta sobre el mueble de la sala sin enfundar, con eso quizás habría bastado para ganar un minuto de razonamiento antes de la repentina reacción. Preguntas y más preguntas que se agolpaban en busca de una excusa que le aliviara el sentimiento de culpabilidad que le invadía. Tantos momentos vividos, tantos recuerdos y tan fiel compañía pagada con la peor de las monedas.

-¡Si pudiera volver el tiempo atrás y disfrutar de otra oportunidad para poder evitar lo inevitable!- exclamaba entre lamentos y sollozos al tiempo que mecía a Lucas en sus brazos tratando de consolar su llanto. Los buenos momentos compartidos con ella pasaban por su mente como un río de sensaciones amargas envueltas en el dolor y en el tormento, nunca antes había querido a otra como a ella. Recordaba cuándo la vio por primera vez, tímida, miedosa a causa de sus experiencias vividas, pero no dudó ni un momento en ofrecerle su hogar y una vida en familia. Una vida entera llena de satisfacciones compartidas que se evaporaron por un mal entendido, lo que le empujó a consumir la desdicha de todos, a cometer un espantoso crimen.

Recordaba sus paseos por el campo, su alegría, su predisposición contante para hacerles feliz a él y a su hijo, especialmente al niño, con quien compartía juegos. Incluso le perdonaba sus aventuras amorosas, sus escapadas esporádicas con algún que otro pretendiente del barrio. Nada era lo suficiente ofensivo comparado con el amor que les entregaba a él y a su hijo.

Pasado un rato el llanto se silenció en el hogar, aunque no la pena. Lucas se

había vuelto a dormir en sus brazos y se dirigió al dormitorio, hacia la cuna, donde lo dejó. Regresó a la sala y abrió una hoja de la ventana para airear el denso ambiente cargado de atrocidad desmedida. Lana parecía como un juguete de peluche destrapado al que había que retirar de la estancia, limpiar la sangre de las paredes y de la curvada espada, quemar la alfombra y deshacerse del cuerpo. Tenía que ocultar el despropósito antes de que a alguien se le ocurriera visitarlos. Las preguntas comenzaron a sustituirse unas por otras, entremezcladas, entre la solución y el arrepentimiento.

Nada de aquello hubiera ocurrido de haberse preocupado más por el estado de su hijo que por la sangre en el hocico de Lana cuando salía de la alcoba moviendo el rabo con síntomas de alegría, pero no fue así. La venganza sustituyó al razonamiento por unos segundos y su instinto lo arrastró hacia la espada, con la que cegó la vida de la noble perrita.

Tres pasos con la incertidumbre en el pensamiento hasta el dormitorio y se topó con la realidad no imaginada. Una escena plácida y surrealista, la del pequeño Lucas descansando y la de una serpiente despedazada a los pies de su cuna.

El funámbulo

No alcanzaba a recordar cuándo sucedió por primera vez, cuándo fue que decidió ser funámbulo, pero sí que lo más lejano en el recuerdo eran los primeros juegos relacionados con el caminar equilibrista sobre el alambre o la cuerda. Fueron los pajaritos los que atrajeron su atención primera, posados sobre el tendido eléctrico que proyectaban su sombra sobre el suelo de tierra pisada en el patio de su hogar en la niñez, y en el del colegio, y en el de las calles, siempre miraba al suelo buscando la proyectada sombra para subirse a ella y soñar que caminaba por el aire sobre una fina línea que a veces se balanceaba a merced del viento, al ritmo de la brisa otoñal con el sol de la mañana.

Los años de su infancia pasaban sobre las líneas delgadas dibujadas en sombra, con pajaritos o sin ellos, para ir después añadiendo otras siluetas, otros soportes proyectados, como las cuerdas de los tendedores, a los que esperaba impaciente que su madre recogiera la ropa seca para recorrer sus fantasías sobre sus improntas reflejadas, con pinzas o sin ellas, sin importarle el atrevimiento en muchas ocasiones de añadirle más riesgo, más dificultad al recorrido, con algún inesperado obstáculo, como algún calcetín remolón que quedó olvidado o aún por terminar de secar. Y hasta por las maromas y alambres amarrados a cualquier parte se aventuró, por los que sujetaban el ansia de libertad de los arbolitos jóvenes sembrados en el jardín, para que crecieran esbeltos, erguidos, y no se viciaran inclinándose por su propio peso, se arriesgaba a subir por ellos, a caminar por sus sombras reflejadas sobre la pedregosa superficie ajardinada.

Con los primeros destellos de rebeldía en la adolescencia surgió el deseo

determinante de pasar a lo físico, de cambiar las sombras por la realidad y, un día, empujado por la inquietud, se propuso dar el paso definitivo, atar una cuerda de una reja a otra de las ventanas y caminar sobre ella.

Un primer intento frustrado que dio con sus huesos en el suelo, con un fuerte golpe que pudo haberle dejado perores consecuencias que simples magulladuras. Continuó intentándolo apoyado en la caña del tendedero hasta dar los primeros pasos, superando cada vez más el espacio recorrido, y siempre con su sombra reflejada cercana, a su lado.

Era tanta su destreza que no esperó la oportunidad, fue a buscarla, ofreciéndose al circo que un día sin protagonismo levantó la carpa ante sus sueños, y fue allí donde se le presentó la ocasión después de una prueba sobre la cuerda baja entre saltimbanquis, equilibristas y otros acróbatas. Llegó la noche y con ella su gran prueba de fuego, la definitiva, tendría que caminar sobre el alambre en las alturas y con la red como única aliada.

Subió por el mástil hasta todo lo alto, hasta la plataforma base desde donde partía el tenso hilo metálico y anunciaron su debut. Los aplausos sonaron y con ellos el redoble de tambor que daba paso a la estelar actuación, pero algo inesperado ocurrió, los focos y la altura difuminaron su sombra, el contrapeso natural que hasta entonces no había valorado ni echado en falta. El vértigo se apoderó de él y la inseguridad y los nervios hicieron lo demás. El público comenzó a impacientarse y llegaron los primeros silbidos y abucheos que provocaron el ensordecedor griterío hostil que le hizo abandonar sin poder cumplir el sueño de toda su vida.

Tras el inesperado fracaso llegó el desánimo y la tristeza, toda su ilusión de

dedicarse a lo que más deseaba, caminar por el aire, quedó en saco roto. Pasó el tiempo y se había prometido que nunca más volvería a ejercer de acróbata, pero un día se encontró con un niño que no podía caminar y sentado sobre su sillas de ruedas le pidió que caminara por la cuerda, que lo hiciera por él, y lo hizo, y a la alegría del niño acudieron contagiados de júbilo otros niños, y luego mayores, y más gente...

La voz se fue corriendo como la pólvora y comenzaron a llamarlo para que caminara por la cuerda baja, junto a su sombra, por otros pueblos y ciudades, y su fama se fue expandiendo de tal manera que no quedó lugar donde no lo conocieran. No era el riesgo en las alturas lo que el público le demandaba y le llevó al éxito, sino el espíritu y la ilusión de niño que transmitía al caminar bajo, el mismo que le hizo a él desear ser funámbulo, cuando descubrió por primera vez a los pajaritos posados sobre el cableado eléctrico.

La maldición

Desde que el doctor le alertara varias semanas atrás, de que tenía que poner orden en sus hábitos alimenticios y realizar diariamente algunos ejercicios físicos, había comenzado a cuidar su salud. El sobrepeso y el estilo de vida sedentaria que llevaba no le hacía nada bien a su organismo. El galeno le advirtió que corría tanto peligro que se asustó, se tomó en serio seguir las indicaciones médicas y recuperar la disciplina que años atrás había olvidado dándole la espalda. Se propuso vivir de una manera diferente, que le permitiera adquirir agilidad y no sentir ahogo al mínimo esfuerzo, así que a eliminar grasas animales, bebidas azucaradas carbonatadas, tabaco, alcohol, y todas las sustancias y alimentos desaconsejados, y poner freno y control al colesterol, a la diabetes y a la hipertensión.

El ritual sistemático se repetía desde entonces día a día y ya había conseguido que los dígitos de la báscula del baño quedaran varias unidades por debajo al pesarse, pero aun así todavía multiplicaba por tres el peso recomendado. Lucrecia cubría todos los días el mismo recorrido, salvo en contadas ocasiones en las que prefería caminar por una ruta diferente, dos horas de caminata lo eran más amenas y menos fatigosas si se hacían por el centro urbano.

Una de aquellas mañanas, la que cambió el destino de su vida por una decisión sin importancia, se inclinó por dar un paseo por la parte antigua de la ciudad, por el mercado al aire libre que se instalaba los domingos. Pensó que dos vueltas al circuito ajardinado cercano y un recorrido por entre los puestos variopintos de mercadería serían suficientes para cumplir con su obligada actividad física. Se vistió con la malla negra de algodón, la sudadera rosada y

la cinta del mismo color en la frente, y se enchufó los auriculares con sonido musical a los oídos.

Una de sus aficiones favoritas era la música y especialmente los antiguos objetos relacionados con ella. Siempre lo hacía, cuando tenía oportunidad, se recreaba por entre las antigüedades y aquella mañana no fue una excepción, pocas cosas le satisfacían más que coleccionar antiguallas. En aquella visita a los anticuarios no se había sentido atraída por ninguna pieza en particular, hasta que por entre los cachivaches deslucidos y casi amontonados le pareció ver lo que desde hacía muchos años llevaba buscando, era un gramófono de principios del siglo XX, una autentica joya para coleccionistas. A simple vista parecía conservarse en buen estado y además portaba un disco original de pizarra. Habló con el anticuario y tras regatear en la negociación adquirió el dispositivo de reproducción musical.

A la mañana siguiente a primera hora el servicio de reparto le entregó el gramófono y tras comprobar su puesta en funcionamiento descubrió lo que sospechaba, que necesitaba una reparación y puesta a punto. Así que sin pensarlo dos veces y con unas ganas desmedidas de verlo funcionar agarró el aparato y se dirigió al taller de sonido.

Una semana de espera valía la pena para que por la trompa metálica emitiera las melodías con las que tantas almas se habrían enamorado o simplemente se divertirían bailando a su ritmo. Pero surgió un problema, aquella mañana el taller estaba cerrado y en la puerta, al otro lado del cristal, un papel blanco escrito a bolígrafo azul y pegado con cinta adhesiva transparente rezaba: *Cerrado por defunción.*

-¡Qué mala suerte! -exclamó Lucrecia, pensando en que la coincidencia del fallecimiento retrasaría un día más la entrega de su reproductor musical. Tuvo que ser al día siguiente cuando al recogerlo se enteró del nombre del fallecido. Era el del técnico, el mismo al que había encargado el arreglo. Feneció al día siguiente de haberlo reparado.

Una tristeza efímera que dejó de serlo nada más traspasar la puerta de salida. La ilusión por ver girar el disco y escuchar el sonido pudo más que cualquier otra causa por muy lamentable que fuese. Llegó a su casa y fue directamente a colocarlo en el lugar elegido desde una semana antes. Desde el mismo día en que lo compró ya le había buscado un hueco en un lugar preferente de la vivienda. Colocó el disco, le dio a la manivela y comenzó a girar la placa negra. Puso el brazo con la púa sobre el borde exterior y, tras varios saltos acompañados de extraños ruidos, comenzó a sonar la música.

Nunca antes había escuchado aquella pieza musical, con un ritmo dulce, lento, tranquilo, envolvente, que transportaba a otro tiempo. Después de oírlo varias veces pensó en dejarlo de usar por el momento, para que el disco no sufriera, era el único que tenía hasta que surgiera la oportunidad de adquirir otros. Extrajo la manivela y al guardarla en el hueco del cajón que dejaba para tal menester, al abrir una trampilla de madera en el lateral encontró dentro un recorte de periódico desapercibido hasta entonces.

El color sepia del papel mostraba una noticia fechada a finales de 1940, era la crónica de un fallecimiento, en la que se veía una fotografía con el cuerpo inerte de una mujer extendido en el suelo de una amplia sala. Leyó el texto y no parecía nada anormal, comunicaba una muerte repentina en extrañas circunstancias de una conocida dama de la alta sociedad. Volvió a mirar la

foto y fue entonces cuando, medio difuminado en la imagen, al fondo de la estancia, aparecía un gramófono del mismo modelo, hasta podría ser el mismo aparato que había adquirido.

El inesperado hallazgo le atrapó, la dejó recapacitando, pensando, imaginando mil porqués relacionados con la muerte anunciada en el periódico. Cosa normal por otra parte, que un objeto antiguo produzca encanto, hasta que comenzó a relacionar las dos muertes, la de la distinguida dama y la del técnico de sonido que lo reparó. A partir de ese momento lo que resultaba encantamiento se transformó en maldición. A esa posibilidad llegó después de volver a poner en funcionamiento el reproductor de ondas sonoras y escuchar una y otra vez la misma melodía hipnotizadora que cuanto más escuchaba más quería, como una adicción repentina.

Sugestionada, comenzó a notar que las pulsaciones se le aceleraban al tiempo que su frente empezaba a exhalar un sudor frío y a sentir un malestar poco habitual en todo el cuerpo. Presión en el cuello, en la espalda, en los hombros... Su mirada fija en el disco que giraba y giraba y la espiral de surcos se distorsionaba nublándosele la vista. Se levantó de la silla en que se sentaba y de repente un fuerte dolor le oprimió el pecho que la dejó sin respiración. Cayó al suelo desfallecida y todo quedó detenido. Solo el gramófono al fondo de la sala, y su monótono trac, trac, trac, producido por la púa atrancada en el último surco del disco, quedó como muestra de que la vida continuaba.

Al otro lado de la realidad

Una exclamación generalizada se adueñó del eco de la iglesia cuando los grandes candelabros barrocos de plata cayeron de golpe contra las baldosas blancas y negras, ante el desconcierto general de ángeles, santos y beatas ataviadas de luto impoluto. Las gotas de cera derramadas sobre el suelo se transformaban por momentos, licuándose en una sustancia roja al tiempo que se imantaban todas, unas con otras, hasta volver a solidificarse y formar de nuevo parte del cirio. El pasillo central entre la bancada se figuraba interminable hacia la salida, entre las manos acusadoras de creyentes que como hipnotizados le señalaban a su paso con la mano alzada y el dedo índice estirado. El atronador sonar de campanas se fundía con el intenso olor a incienso abduciendo sus sentidos hasta sentirse envuelto en una espiral de sensaciones tenebrosas.

La agonizante huida multiplicó su angustia cuando las grandes puertas aparecían cubiertas de enormes cerrojos metálicos dificultando la salida, acercándose hacia él al mismo ritmo que las paredes, que se contraían achicando el espacio y eliminando el aire para respirar. Atrapado en el recinto sus manos golpearon con fuerza las paredes que como por arte de magia se transmutaban transparentes formando ondulaciones como en las aguas cristalinas a la caída de una piedra, dejando ver la claridad del exterior al otro lado, a extramuros.

De un impulso consiguió liberarse de aquel estado escalofriante a través del espejismo y salió a la calle, de igual modo repleta de gente que se agolpaban en las aceras entre gritos y lamentos al paso de una comitiva festiva, amenizada por interminables bandas de músicos que acompañaban a enormes

figuras de gigantes y cabezudos danzando al compás sobre elevados zancos de madera. Los danzantes se acercaban al público que aplaudía enfervorecido cada vez que al azar elegían a uno de los presentes para devorarlo ante todos sus incondicionales. La macabra carnicería se desarrollaba entre confetis, globos y banderolas, sin espacio físico por donde escapar de aquel escenario irreal en el que se encontraba inmerso.

De espaldas a la pared y tratando de pasar desapercibido continuó contra corriente, en dirección opuesta al gentío que no tenía ojos más que para la procesión surrealista. Atrapado entre la performance psíquico-artística observó una hilera de hormigas negras que laboriosas y ajenas a la festividad se afanaban en la tarea de la recolección de víveres. Una tras otras e iguales a las demás, sin un solo rasgo que las diferenciara. Siguió su rastro y al doblar la esquina el contexto se fue difuminando hasta situarse en una habitación cerrada, claustrofóbica, sin puertas ni ventanas, sin un solo vínculo con el otro lado. Un escenario cúbico con contenido sobrio, figurativo y surrealista, una vieja y desgastada mesa de madera sobre la que descansaban un teléfono negro descolgado y un plato, por el que las hormigas pululaban sin salirse de la fila e ignorando su contenido, un puñado de alubias blancas secas y una foto descolorida.

Atraído por la inercia y el subconsciente fue directo hacia el auricular telefónico, el que agarró y se acercó al oído tratando de hallar la clave para evadirse de la carcelaria estancia. No escuchó respuesta auditiva cuando preguntó si había alguien al otro lado del hilo, por el contrario la habitación comenzó a girar cada vez más y más rápido hasta perder la conciencia, que recuperó en un desértico paisaje que se abría inhóspito y hostil, con mucho viento y rodeado de elevadas formaciones rocosas a todo su alrededor.

Caminó sin dirección concreta con la esperanza de encontrar la salida de aquel laberinto de despropósitos entre esqueletos taurinos clavados de banderillas rojas y gualdas, sobre los que revoloteaban bandadas de buitres de alegres, brillantes y coloreados plumajes. Continuó el periplo sin punto de retorno y después de mucho caminar, sediento y fatigado, ante su sombra se elevaba como salida de la nada una escalera blanca en forma de caracol que terminaba en una puerta del mismo color.

La entrada daba paso a otra situación diferente, de colores claros y luminosos, de una elegancia cálida que invitaba al descanso, con grandes ventanales que enseñaban un inmenso y celeste cielo adornado de esponjosas nubes blancas por el que revoloteaban siluetas de palomas transparentes. Dejó atrás el árido paisaje y se adentró en aquella habitación un tanto refinada, con chimeneas apagadas y grandes manzanas verdes esparcidas por todos lados sin motivo aparente, un insinuante sillón orejero con estampaciones floridas y enfrente un televisor sobre un clásico mueble de época. Se sentó y conectó el aparato receptor.

La pantalla dejaba ver el mismo cielo que se percibía por las ventanas, un espacio vacío por el que sobrevolaban más palomas, traslúcidas y blancas, bastones, bombines, hombres elegantemente vestidos de frac acompañados de leones alados y más manzanas, de todos los tamaños pero del mismo color, todo ello envuelto en un ambiente plácido y armonizado por un sonido hipnotizador. De repente la paz se esfumó, cuando el sonido alarmante de un timbre alteró el descanso.

Abrió los ojos y en ese mismo instante el televisor se apagó, la imagen se

contrajo en un punto central de luz, como absorbida, como una estrella engullida en el universo por un agujero negro. Miró a su alrededor un tanto desorientado y tras situarse se oyeron un par de golpes secos en la puerta, se levantó del sillón y miró por la mirilla. Abrió la puerta para asegurarse de que no había nadie y solo encontró una nota sujeta en la aldaba: *Compañía de electricidad. Interrumpimos el servicio de energía por un espacio breve de tiempo. Disculpen las molestias.*

La lupa y el lapicero malvado

Blas devoraba plácidamente el contenido del libro que sujetaba entre sus manos, sentado en el sillón orejero de la salita. A un par de metros, la pequeña María se entregaba de igual manera a la fantasía de los juegos, a su casita de muñecas y a un sin fin de complementos y personajes que daba utilidad y vida con su imaginación.

El padre pasó página y en ese mismo momento observó cómo su hija tiraba con rabia y a lo lejos uno de los muñecos, rechazándolo, por algún motivo que no le agradaba. Le preguntó qué le ocurría, qué tenía en contra de él para rechazarlo, si siempre le había gustado y tratado con cariño. La niña, visiblemente enfurruñada, le respondía que era demasiado grande en comparación con los demás muñecos y que ya no lo quería.

Entonces el padre introdujo el marcapáginas en su interior, cerró el libro y lo dejó sobre el sillón; se acercó a María y junto a ella se sentó en el parquet. - ¡Ven con papá, cariño! -le dijo, sentándola sobre sus piernas, sobre su regazo -. Te voy a contar un cuento. La historia de una lupa que una vez fue rechazada por un lapicero celoso y malvado, que le envidiaba por su utilidad y protagonismo:

-Había una vez una niña casi tan guapa como tú, muy alegre y buena, que le gustaba jugar con una lupa que le habían regalado para su cumpleaños. La lupa era muy bonita, una amplia lente de aumento bordeada por un cerco blanco sujeto a un mango del mismo color. A la niña le hizo mucha ilusión aquél regalo, pues con la lupa observaba cada detalle en todas las cosas. Ella quería ser investigadora y se pasaba las horas jugando con su lupa, mirando por todas

partes, imaginando que ella era muchísimo más pequeña que todas las cosas que había a su alrededor y por eso lo veía todo tan enorme.

Con mucho mimo, siempre colocaba su lupa en un lapicero sobre el escritorio de su habitación, con sumo cuidado para que no se rompiera. Pero una noche, cuando la niña dormía en su cama, todas las cosas de su escritorio y todos sus juguetes recobraron vida, como cada noche cuando la niña dormía. Los juguetes jugaban entre ellos, corrían, cantaban, reían y se lo pasaban muy divertido. Pero no todos los objetos eran buenos, había un lapicero malvado y gruñón que siempre estaba recriminando a todos los lápices de colores y a la lupa, que la niña guardaba introduciéndolos en él.

Aquella noche, el lapicero envidioso se volcó solo, movido por su mala conciencia de que un lapicero no era sitio para una lupa, con la intención de que al volcarse la lupa cayera al suelo y se rompiera en mil pedacitos de cristal; los lápices fueron rodando sobre el escritorio hasta caer contra el suelo. Todos gritaban aterrorizados al tiempo que caían, temiendo que al hacerlo se quebraran sus puntas, pero la que más pánico sufrió fue la lupa, sabiendo que con casi toda seguridad quedaría inservible tras un duro golpe.

Consumada su maldad, el mezquino lapicero reía a carcajada limpia disfrutando su fechoría, mientras que los lápices lloraban apenados con sus puntas partidas, al igual que la lupa, que, aunque se salvó de milagro, no quedó exenta de desperfectos, al caer se partió justo por el punto que se unían el cerco y el mango.

A la mañana siguiente, cuando la niña despertó, lo primero que vio fue el lapicero volcado sobre el escritorio y a los lápices y la lupa esparcidos por el

suelo. Entonces se puso triste, no por los lápices, a los que volvería a sacarles punta y a poder colorear con ellos, sino por la lupa, que se había partido en dos, aunque podía seguir utilizándola cogiéndola del cerco. Recogió del suelo los lápices y la lupa y los dejó sobre el escritorio, ya no los puso en el lapicero, pensando que podrían volver a caerse nuevamente.

La niña le contó a su mamá lo ocurrido y ella le respondió que no se preocupara, que ella encontraría la solución para que volviera a estar contenta. Y así fue, aquella misma mañana la mamá le regaló un nuevo y más bonito lapicero, pensado para que no volviera a suceder lo mismo, para que no se volcara y no pusiera en peligro a los lápices y a su querida lupa, a la que pegó el mango y volvió a dejar como nueva. Sin embargo, no todos quedaron felices, el malvado lapicero ya dejó de ser útil, dejaron de confiar en él y fue guardado en una caja con otros trastos inservibles en el desván, condenado al olvido por su mezquindad.

Como en este cuento, mi linda María, todos tus juguetes son igual de útiles, todos tienen sus características propias y todos merecen el mismo trato y cariño, todos son válidos sin importar cuál es su aspecto, al igual que todas las personas, no importa que sean más altas o más bajitas, más rechonchas o delgadas, rubitas o morenas, mujeres u hombres...

Sonó el teléfono y con su timbre rompió la comunicación entre padre e hija, que no fue en vano. Blas contestó la llamada: -¡Hallo!- al tiempo que María se puso en pie, se dirigió al muñeco rechazado y volvió a aceptarlo, comunicándose con él y uniéndolo a los otros juguetes que ocupaban su lugar en la casita de muñecas.

Efecto lepidóptero

Se sentía decaído últimamente, con la moral por los suelos, la desidia se iba apoderando de Ovidio como una mancha de aceite sobre el papel, como un mal que se extiende sin pretensión, discretamente, y sin un motivo aparente que alimentase ese estado anímico. Desde que varios años atrás cumpliera la cincuentena la apatía le había venido visitando asiduamente, con más frecuencia cada vez. Los amigos se reducían en número y los que quedaban tardaban más tiempo en mostrar sus afectos de cariño con cumplidos saludos telefónicos.

Nunca cayó en el desencanto de sentirse frustrado, gracias a su afición por la fotografía que le había ayudado a seguir adelante y no caer por el acantilado de la auto-estima, despeñándose por el abismo de un estado depresivo. Agradecía a Dios cada día el haber podido dedicarse y vivir profesionalmente de lo que más le había gustado en la vida y por lo que sentía verdadera pasión.

Tampoco nunca desarrolló otra ocupación que no fuese la de dedicarse por entero al negocio familiar, el mismo que su abuelo fundara algunos años antes del enfrentamiento bélico civil que envolvió al país en una espiral de violencia descontrolada e irracional. El vetusto negocio fotográfico se había ido adaptando a los tiempos, a las nuevas corrientes profesionales, a las modas y a todas las vicisitudes que se fueron presentando en tantos años de dedicación; a todo se había ido enfrentando con superación la vieja tienda-taller de fotografía menos a la pérdida de todos sus seres queridos, que uno tras otro fueron desapareciendo hasta quedar solo él, sin descendencia, con lo que a su despedida daría fin a toda la saga de varias generaciones dedicadas a captar tantos momentos, emociones, estados anímicos, acontecimientos

históricos que iban pasando con los años al anonimato, a la ingrata indiferencia que el tiempo y la vida se encargan de acelerar y archivar dándole pátina.

En muchas ocasiones se había preguntado si realmente valía la pena continuar abriendo al público la tienda, la tecnología digital con sus nuevos soportes y formatos no daba tregua en una innovación constante; muy pocas veces ya desde hacia demasiado tiempo quedaba el regusto de haber sido rentable la jornada al echar el cierre. No se trataba de esforzarse por mantener la rentabilidad de un negocio, era cuestión de orgullo, de mantener viva su historia y la de su familia, el sentimiento de obligación, de no defraudar la memoria de tanto esfuerzo, de tantas ilusiones y esperanzas, que no llegaron a perderse del todo porque siempre le quedó en el subconsciente el presentimiento de que la providencia le deparaba un regalo inesperado como premio a su constancia.

Las viejas bisagras oxidadas chirriaron al tiempo que la campanilla avisaba con su sonar al contacto con la puerta al abrirse, al hacer un cliente acto de presencia. Miró a través de la piquera desde la trastienda y vio cómo un hombre de edad madura, aparentemente aproximada a la suya, entraba y se detenía frente al viejo mostrador de madera a la espera de que le atendieran.

Salió a la tienda y atendió al caballero de modales refinados y discretos, con aire de extranjero a tenor de su acento cubano. Tras el saludo de cortesía el cliente sacó un sobre de papel de la chaqueta y de él extrajo una rancia fotografía en blanco y negro, la imagen de un niño de apenas tres años de edad. El deterioro de la estampa era pronunciado, las grietas en el papel recorrían la imagen en diferentes direcciones y reclamaba una rápida y

detallada restauración. Ovidio aceptó el encargo y el compromiso de entregar el trabajo terminado en un par de horas. El cliente se despidió y, con las mismas, él se adentró en la trastienda, en el taller, a realizar la labor.

Se sentó ante la mesa de trabajo con la foto bajo el inclemente acoso de la lupa y comenzó a valorar sus desperfectos minuciosamente, deteniéndose en cada detalle y comparando al mismo tiempo las facciones del rostro del niño con las del cliente, lo que dedujo en conclusión que se trataban de la misma persona. Giró la foto y en el reverso halló un nombre en bolígrafo azul un tanto desteñido; Evaristo. Supuso que sería el nombre del niño y por consiguiente el del cliente.

Inmerso en la restauración de la imagen su imaginación se trasladó por la historia hasta el momento oportuno en que se tomó la instantánea. Se dejaba llevar pensando en el caprichoso destino que la había traído hasta sus manos después de tantos años, como si la providencia hubiese provocado la cadena de sucesos hasta dejarla ante él, como el efecto dominó, sucediéndose movimientos uno tras otro hasta llegar al sitio predestinado con un solo impulso; como en el efecto mariposa, en el que su simple aleteo puede provocar un tsunami al otro lado del mundo.

Ovidio continuó hasta concluir su trabajo a la espera de que el cliente regresara para recoger la fotografía. Puntualmente, de nuevo la campanilla de la puerta volvió a sonar su agudo tilín anunciado su presencia. Salió a la tienda con la foto y se la entregó. Había quedado satisfecho y lo reflejaba la ilusión de su rostro. Ovidio se atrevió imprudentemente saltándose el protocolo a preguntarle si el niño de la imagen era él, para después de encontrar la respuesta afirmativa aventurarse en averiguar curiosamente si el

nombre de Evaristo era el suyo propio.

La conversación se fue ampliando en torno a la fotografía, a su tiempo, al lugar, a la trayectoria a través de tantos años. Los minutos fueron pasando y la empatía se fue agrandando entre los dos hombres, cada vez más visible, a cada momento más compartida, hasta comenzar cada uno de ellos a notar algo especial en sus miradas, una atracción inesperada que fue tornándose más cómplice, a la par que Ovidio dejaba volar por su pensamiento la posibilidad de que el tsunami, del efecto propiciado por el insecto lepidóptero, estuviese a punto de desencadenar en una historia de amor orquestada por el destino.

El presidiario

Tanto tiempo encerrado en aquella mazmorra que apenas recordaba ya cuándo fue la última vez que paseó libre bajo el sol. Tumbado en el suelo y sin fuerzas para poder levantarse y salir de allí, sentía cómo se esfumaba la oportunidad que tanto deseó, abriéndose ante él demasiado tarde. Más que años parecían siglos, toda una eternidad encerrado entre aquellos cuatro muros insalubres, sombríos y húmedos, por entre los que tantas almas en pena vagarían y dejaron en ellos sus últimos suspiros y deseos en vida.

Un pequeño ventanuco, al que difícilmente llegaba a poder mirar entre barrotes y divisar un reducido ángulo entre anchos muros de piedra con la perspectiva de la inmensidad del mar, era la única sensación y recuerdo de libertad que le quedaba, a veces tranquilo y otras bravío, rompiendo sus rebeldes olas contra el sobrio acantilado que rodeaba casi al completo el aislado peñón donde se situaba el vetusto castillo que lo retenía.

Tampoco recordaba ya la silueta de su amada, ni su sonrisa, ni los detalles que le hicieron enamorarse de ella cuando todavía era un joven aguerrido e intrépido que no dudó en alistarse para luchar en la contienda defendiendo sus ideales nobles y dignos contra los esclavistas. Ni sus sueños ni proyectos de futuro, ni sus padres y hermanos, ni amigos y compañeros de lucha y fatiga, todas las imágenes agradables de su mente se habían borrado. Sólo le quedaba el último instante, estaba viviendo el último suspiro en una perspectiva a ras de suelo con los barrotes metálicos de la puerta de su celda entreabierta, demasiado tarde para escapar y respirar la libertad.

Demasiados años preso como para poder retener en su retina las escenas

felices, sólo fluían las últimas, siempre con los grandes bloques de piedra y el sonido del mar entre los lamentos de angustia y gritos ansiando libertad de otros reos como escenario. Ni siquiera recordaba haber oído hablar a su carcelero, aquel hombre silencioso en el que a veces hallaba mirada cómplice, de compasión, de perdón, pero que nunca pronunció una palabra, lo más parecido que emitía para llamar su atención era un sonido onomatopéyico cuando le entregaba el bollado recipiente metálico donde vertían aquella repugnante papilla que tantas veces despreció y que ahora en ese justo instante deseaba y necesitaba.

Daba por certero lo que una vez un preso dijo desde su mazmorra, que no podían hablar, que todos los carceleros eran mudos, esclavos a los que les otorgaban ciertos privilegios de poder transitar por el castillo a cambio de cortarles la lengua para que no pudieran comunicarse con los demás presidiarios.

Sus fuerzas físicas le habían abandonado, ni siquiera para ponerse en pie le quedaban ya energías, muchas menos para salir al exterior y buscar la manera de enfrentarse en soledad al infinito mar que rodeaba todo el horizonte, para escapar del islote del que todos habían huido dejándolo allí a su suerte, la que no supo ver ante sus propias narices, cuando se fragó la revuelta iniciada por el ataque de aquella inesperada fragata, desde la que disparaban con sus cañones las esféricas balas que consiguieron derribar algunos muros y propiciar la fuga de muchos presos que se enfrentaron en lucha contra los opresores esclavistas que los retenían.

El olor de los cuerpos en descomposición era nauseabundo, víctimas de la lucha encarnizada que se produjo entre presos y opresores; ni un solo ruido

que diera muestras de existencia de vida en todo el castillo penitenciario desde que vio a través del ventanuco cómo, después de dar muerte a los enemigos, los liberados nadaban o remaban en dirección al buque libertador, para luego orientar sus velas hasta perderse por el horizonte, impotente y sin poder salir de la mazmorra, cuya puerta también descerrajaron al igual que las demás cuando se originó la sublevación.

Entonces no alcanzó a comprender el por qué no se abría. Una y otra vez empujó con todas sus fuerzas, con toda su ira contenida, pero no cedió ni un milímetro, llegó a creer que la cerradura estaba trabada, estropeada, sumándose de esta manera más mala suerte a la ya existente de tantos años retenido.

Los días pasaban y la falta de alimento y líquido fueron mermando sus energías y esperanzas sin poder desbloquear la cerradura, golpeando la puerta una y otra vez, cada día, sabedor de que el tiempo corría en su contra, marcando el cronómetro la cuenta atrás de su vida.

Aquella mañana, en el último esfuerzo, se acercó arrastrándose por el piso empedrado y agarrándose a los barrotes con las manos se fue encaramando por ellos hasta ponerse en pie, sin energías suficientes como para mantener los párpados levantados, trató de zarandear la puerta, pero la fuerza de la inercia le hizo perder el equilibrio, cayendo hacia atrás y trayéndosela con él, propiciando su apertura al tiempo que quedaba tendido en el suelo con el último aliento.

Deshojando margaritas.

Tantas veces como había pasado por delante del comercio y nunca se le ocurrió entrar en él. No podía sacudirse de encima el sentimiento de pérdida de tiempo, de momentos desaprovechados que podrían haber disfrutado y compartido juntas de haberse encontrado antes. Aunque, por otro lado, nada aseguraba que aquella atracción que surgió entre las dos se pudiese haber dado provocando y acelerando los acontecimientos, cada circunstancia tiene su tiempo y tienen que reunirse todos los elementos y condicionantes para que se den. Quizás de haber coincidido en otro lugar y fecha hubiesen pasado desapercibidas la una para la otra y Cupido habría pasado de largo entretenido y apuntando a otros corazones.

Era evidente que ningún otro momento antes hubiese sido el adecuado. Tuvieron que pasar los hechos necesarios para que se diese la posibilidad. Quizás de otra manera Lucía no habría puesto sus ojos en ella, aunque su marido no la tratara con todo el respeto que se merecía, y por supuesto tampoco a Gabriela se le hubiese ocurrido acercársele, ofreciéndole cariño y comprensión. Seguramente, de no haber sido testigo del maltrato psicológico que sufrió Lucía por parte de su marido, no habría puesto cuentas en ella, pero la impotencia y el desaliento que le produjeron aquellas palabras ofensivas y dolientes del hombre, cuando indiferentes y ajenas caminaban las dos por la misma acera, y las lágrimas posteriores que recorrieron por sus mejillas, no habría despertado en Gabriela la afectividad y afinidad compartida primero y la atracción sentimental después.

Tampoco se hubiese dado el encuentro, de no necesitar aquella cremallera para el pantalón que Gabriela se atrevió a cambiar por otra deteriorada,

acudiendo por primera vez a la céntrica mercería por cuya puerta había pasado infinidad de veces sin ni siquiera ocurrírsele mirar al interior. No era de su costumbre y afición lo relacionado con la costura, las agujas, dedales, hilos, botones y otros artículos de pasamanería a los que nunca le dedicó atención alguna, pero que desde aquel primer encuentro al hallarla detrás del mostrador ya se convirtieron como si fuesen productos de primera necesidad.

Extraño era el día que no se acercaba a conversar con Lucía con la excusa de encontrar algún botón para una camisa que se hubiese perdido saltando del ojal, o en busca de algún cordoncillo para adornar unos cojines o juegos de sábanas, e hilos de diferentes colores. Compras que nunca tenían utilidad alguna y que vez a vez iba guardando en un cajón; fue la excusa perfecta para ir acercándose cada día un poco más, hasta que surgió el momento de necesitarse una a la otra.

Para entonces Lucía ya había decidido abandonar a su marido, harta de los maltratos psicológicos y de tantas horas en soledad ante la ausencia continua de él, la oportunidad que se le brindó para compartir la vida con otra mujer fue un aliciente novedoso que jamás antes se le hubiera pasado por la imaginación. Nunca antes sintió atracción por otra persona de su mismo sexo, pero Gabriela se había mostrado ante ella como alguien en la que encontraría todo lo que siempre deseó y no recibió de un hombre, cariño, ternura, respeto, y no vaciló un instante en decidirse a favor de compartir.

Por su parte Gabriela también venía de otras experiencias poco agradables en la convivencia con hombres. Todo había surgido tan casual como si ya estuviese predestinado y tampoco por su parte existió un solo motivo que sembrara dudas sobre la viabilidad de aquella relación entre dos mujeres, que

había comenzado por motivos de complicidad y desembocaban en una situación tan impensable en un principio como ilusionante después.

Lucía tomó la iniciativa y se trasladó a vivir con Gabriela después de abandonar a su marido, comenzando de esta manera una nueva etapa de convivencia para las dos mujeres. En principio todo fue armonía y las dos se sintieron dichosas y felices de haber dado el paso hacia adelante con todo lo que significaba en cuestión de prejuicios sociales, pero había valido la pena. Sin embargo, tan felices se encontraban que comenzaron a surgir las dudas temiendo que algún agente externo a la relación pudiera influir en una hipotética ruptura.

Grabiela, en sus largas caminatas primaverales por el prado, comenzó a entregarse en suerte a lo que las margaritas florecidas predecían, deshojando sus hojas una tras otra al tiempo que repetía una y otra vez: -¿Me quiere o no me quiere, me es infiel o no me es infiel? -Y así pasaba las interminables horas, provocando en ella cada día más confusión y más dudas. Por su parte, Lucía, cada día se sentía más sola, pasando el tiempo en el desconocimiento de lo que ocupaba a Grabiela y lo que motivaba su ausencia, provocando de esta manera los celos también en ella. Hasta que llegó el otoño y ya no quedaron más margaritas que deshojar, pero para entonces ya era demasiado tarde, a Lucía ya le habían convencido los celos y puso punto y final a la relación, dejando las prendas de su desamor y soledad sobre la mesa.

Fantasías clandestinas

Los dos sentados en la cama, desnudos, frente a frente.

Él le decía de las veces que la había imaginado, de mil maneras y en otros tantos lugares, siempre con el deseo carnal presente. Desde que por primera vez coincidieron en aquel ascensor que su elevación provocaba más temor que sensualidad; cuando a ella le traicionaron los nervios y la timidez no la dejó reaccionar para recoger las llaves del piso que resbalaron de sus manos y que un instante antes no dejaba de mirar como si se tratara de un objeto extraño, poco inusual, un síntoma claro de que su presencia no había pasado desapercibida para ella.

También es verdad que tampoco le dio tiempo a la reacción, ni siquiera al amago de hacerlo. Él se agachó rápidamente y con delicadeza se las entregó; ni se cruzaron palabras de agradecimiento por el detalle cortés, sus miradas lo dijeron todo cuando se interceptaron.

Demasiados pocos minutos fueron los que transcurrieron en el casual encuentro, pero los suficientes como para darse cuenta de la reciprocidad en la atracción entre ambos. A partir de ese momento las fantasías sexuales afloraron por su pensamiento sin restricción, desbordándose la pasión en cada escena imaginada, con los instintos viscerales desbocados.

Varios días después se dio el segundo encuentro, cuando la vio venir de frente cruzando el paso de peatones en plena hora punta, entre el ruido de los motores de los vehículos, los claxons y la sorda, ajena e intimidante presencia de la multitud yendo de un lado para otro. Él giró la cabeza sutilmente,

buscando con la mirada su espalda y en un rápido imprevisto cambió de dirección, decidió seguirla para conocer detalles de su vida, ¿quién era, dónde trabajaba, dónde vivía? Necesitaba conocer cualquier referencia que le ayudara a poder localizarla y recrearse mirándola furtivamente, con la única intención de imaginarla en sus fantasías eróticas.

Pero de nada sirvió esforzarse por mantener su clandestinidad, la casualidad otra vez se opuso a sus verdaderas intenciones cuando la providencia les preparó un encuentro forzado con un amigo común como intermediario. Ella estaba radiante, realmente hermosa, sentada sobre el taburete giratorio de la barra de la cafetería cuando él hizo acto de presencia. No sabía qué hacer, dónde colocar las manos, cómo ponerse para que no se notara su evidente nerviosismo. A partir de ahí todo fue tan rápido... lo que nunca se habría imaginado es que pocos días después estuviesen sincerándose entre la frustración en la desaliñada y sin alma habitación de un hotel barato de carretera.

Por su parte, ella le confesaba su implicación directa para forzar la aparente casualidad; no fue tal. Varios días antes de que él advirtiera su existencia lo planeó, ella esperó a que apareciera para coincidir en el elevador, de la misma manera que dejó caer las llaves al tiempo que se mostraba tímidamente nerviosa. Nada fue coincidencia, ni siquiera el cruce del paso de cebra, también fue premeditado y calculado detalle a detalle. Fue observando cómo le seguía a través de los cristales de los escaparates, hasta conducirlo interesadamente para que supiera dónde podría encontrarla.

A los dos, sin saberlo, les interesaba la misma pasión y fantasía oculta, clandestina; también ella jugaba con él en su imaginación, en sus juegos

eróticos, pero nunca buscó el encuentro físico, aquello fue un error de cálculo, un descuido que los llevó a lo que no pretendían, a conocerse y a no poder resistir la tentación de llevar a la realidad sus pasiones imaginadas.

El inevitable desenlace había dejado al descubierto sobre las sábanas desgastadas del hotel la poca relación entre la ficción y la realidad. Ninguno de los dos deseaba que hubiese ocurrido, hubiesen preferido la fantasía de seguir imaginándose furtivamente, espiarse y dejarse llevar por el deseo imaginado a solas, en la intimidad, y ajenos uno del otro. De la misma manera que compartían el deseo así buscaban la fórmula para olvidar aquel encuentro desilusionante, y los dos acordaron olvidarlo, salir por la puerta de la habitación y no mirar hacia atrás, borrar de sus memorias el acercamiento físico y regresar en el recuerdo al cruce del paso de peatones, para continuar alimentando la fantasía clandestina en soledad.

Cita a ciegas

Todo depende de lo caprichoso que el destino se preste, de que decida congratularnos con su simpatía o que por el contrario nos regale un puñado de infortunios motivado por su mal humor, porque también hay que contar con eso, con el humor con que se halle el destino ese día para marcarnos la senda. Uno se puede empeñar, esforzar por que lo trazado dé como fin lo deseado, pero esto de la providencia no es una ciencia exacta, más bien aventurera, y todo depende de lo que el destino crea conveniente.

Si nos agarramos a la frase de que "no hay mal que por bien no venga", llegaríamos, buscando su revés, a que ese mal fue precisamente todo lo contrario, la buena suerte, la que en un suceso podría marcarnos la vida pensando en un principio que otra vez se nos torció lo deseado, para darnos cuenta a la postre de lo equivocados que estábamos.

Oswaldo se miraba ante el espejo aquella mañana; marcando los bíceps contraídos, girando el cuello tratando de relajar los músculos esternocleidomastoideos; sacando pectorales; asomando la lengua; observando sus ojeras de cerca... Descubriendo cómo su cuerpo se desgastaba, cómo su existencia pasaba ajena al propio deseo de encontrar a la mujer ideal con quien compartir su vida. Encendió la computadora e introdujo su ID en uno de los chats por los que acostumbraba a pasear entre extraños nombres de usuarios, más acordes con robots metálicos de ciencia ficción que de mujeres y hombres que buscan pareja en las redes del ciberespacio.

A varios kilómetros de distancia, en el extrarradio de la ciudad, Flora se mecía en el asiento de rejilla mirando en la televisión cómo los gladiadores

rosas del corazón se enzarzaban dialécticamente en discusiones apasionadas acusando y defendiendo a frikis de la farándula social, a la vez que la soledad le recordaba que todas en su grupo de amigas habían encontrado pareja menos ella. Abandonó la mecedora a su merced y después de apagar el reproductor televisivo se conectó a Internet. Escribió su nombre con la clave correspondiente y entró al chat en el que a veces mataba sus horas de aburrimiento.

Apenas habían transcurrido un par de minutos cuando recibió el primer saludo. -¡Hola, GatitaPink!- a lo que flora respondió el gesto cordial -¡Hola, Oswaldo75! -Me gusta mucho tu nombre de guerra- dijo él, a lo que ella contestó -También a mí me gusta mucho el tuyo-. Fueron las palabras iniciales que rompieron el hielo, las que dieron pie a una comunicación más fluida que, a los pocos días, transcurrió por otros medios cibernéticos más personales, privados, con intercambio mutuo de fotografías pertenecientes a un tiempo pasado, como si tuviesen temor a mostrar la realidad reciente, hasta acordar una cita a ciegas en una conocida y céntrica cafetería de la ciudad.

Ella aseguró que acudiría vestida de rojo y blanco, en cambio él eligió el azul, con la intención de localizarse entre la posible aglomeración de público en el establecimiento. Sin embargo, ninguno de los dos fue sincero, se decidieron por colores diferentes, opuestos, pensando en pasar inadvertidos y escapar en caso de no hallar lo esperado en cada uno de ellos.

Por otro lado, momentos antes de que el reloj del local marcara la hora del encuentro, otra pareja desconocida y ajena a la cita a ciegas de la anterior discutían sentados en el salón de la cafetería las desavenencias que les habían llevado por el camino de la ruptura, del desamor. Ella se levantó de la silla

con desaire, enfadada, y dolorida en sus sentimientos abandonó el local con lágrimas en los ojos, coincidiendo en la salida con Oswaldo, que entraba en ese preciso instante por la puerta, quien se había adelantado unos minutos a la llegada acordada.

Sorprendido comprobó cómo la mujer que salía un tanto afligida coincidía en los colores de la vestimenta con los que Flora dijo ponerse, lo que le hizo retroceder y seguirla con la mirada hasta que la vio detenerse y sentarse en la marquesina de una parada de bus cercana. Y hasta allí se fue acercando discretamente tratando de identificarla sin ser reconocido.

Cuando unos minutos más tarde Flora entró en la cafetería, miró alrededor de sí misma y en una de las mesas vio de espaldas a un hombre solo, vestido de azul y sentado junto a otra silla vacía. Rápidamente dedujo que era él, no había otro hombre en el local con las mismas referencias, por lo que, con paso ligero y visiblemente nerviosa, se acercó hacia él.

-¿Oswaldo?- le preguntó. -¡Sí!- respondió el hombre un tanto extrañado por su presencia. -¡Soy Flora!- exclamó al tiempo que se fijaba en su rostro. No se parecía mucho al hombre de la foto; el pelo más corto, gafas negras de pasta, quizás un poco más moreno de piel. Evidentes diferencias que en principio no fueron las suficientes como para pensar en un posible error.

Pasaron unos instantes en silencio entre los dos hasta que a Flora, empujada por su nerviosismo, se le ocurrió romperlo con una petición -¿No me vas a invitar a sentarme?- a lo que él respondió sorprendido -Sí, claro, por supuesto. Siéntate Flora.

A unos metros de distancia, en el exterior, Oswaldo se fue acercando cada vez más a la marquesina donde Carmina trataba de sobreponerse al mal momento propiciado por la discusión con su ex-pareja unos minutos antes. Él pronto dedujo que aquella no era la mujer con la que había quedado, pero no le importó mucho que Flora estuviese esperándole en la cafetería. Pensó en entablar conversación con la solitaria mujer y se sentó a su lado como cualquier otro pasajero que estuviese esperando el transporte público. Dejó pasar unos minutos discretamente hasta que se decidió aprovechando la aflicción de ella para preguntarle -¿Se encuentra bien?- a lo que Carmina le respondió -¡Sí, gracias!- Los dos continuaron conversando banalidades al tiempo que ella comenzó a valorar la simpatía que aquel extraño le transmitía.

En el otro escenario, Flora comenzaba a darse cuenta de que aquel Oswaldo, que coincidía en nombre pero que nada tenía en relación con quien había acordado la cita a ciegas, era un hombre atractivo y educado, sin embargo, ante el error, hubo un momento en el que estuvo a punto de levantarse de la silla y disculparse por la confusión, pero tras confesarle su equivocación, él la ayudó a mantenerse sentada diciéndole que podía quedarse allí si le apetecía hasta que apareciera el Oswaldo con quien se había citado. Pero claro, aquella espera ya no era necesaria, aunque sí se tornó en la oportunidad, en el argumento perfecto para continuar sentada y platicando con él, por lo que cuantos más minutos pasaban de la hora acordada más contenta estaba Flora de haber mentido en cuanto a los colores que iba a vestir. Un error le había llevado a la situación en la que se encontraba y ni por asomo se le había ocurrido desaprovechar la ocasión de compartir la tarde con aquel hombre con quien a la providencia se le había antojado emparejar.

Harta de la simulada espera, Flora aceptó de buena gana la invitación de

Oswaldo, de salir a dar un paseo y acompañarla hasta donde ella propusiera. Salieron al exterior y continuaron dialogando calle abajo, al tiempo que se iban alejando de la marquesina en dirección opuesta, donde Oswaldo y Carmina continuaban alegremente pasando el rato y conversando, indiferentes y haciendo caso omiso a los buses que uno tras otro se paraban y pasaban ante ellos.

En busca de la felicidad

Recordaba aquellos tiempos pasados cuando sólo era un adolescente con ansias de conocimiento, de descubrir sensaciones nuevas en cada aspecto de la vida, con un montón de interrogantes que se apilaban junto a cada cuestión planteada. Nada como la experiencia, escuchaba decir a todos los que creían dominar las estrategias mundanas, nada como la sabiduría que dan los años vividos, nada como los tropiezos y errores cometidos para sacar conclusiones y aprender.

Pero ¿cómo dejar pasar en balde los años?, se preguntaba, con el único propósito de acumular experiencias para poder obtener la sabiduría de las vivencias. Tan curioso como impaciente se resistía a seguir las normas naturales ya establecidas del conocimiento, quería adelantarse a todo eso, llegar a acumular cuanto antes todos los condicionantes necesarios para considerarse un hombre sabio, equilibrado, justo, así como alcanzar el cenit en el desarrollo de los sentidos, de los sentimientos del alma; en definitiva, lograr la satisfacción plena sin esperar a que llegara por sí sola. Y se propuso provocar su venida para poder empezar a disfrutarla lo antes posible.

Fue entonces, cuando descubrió a Aristóteles, que a partir de ese hallazgo filosófico pasó a convertir las éticas en propias premisas, volcándose en hacer de los conceptos y planteamientos del filósofo griego su propia hoja de ruta en la vida. No estaba dispuesto a caminar a ciegas por sí solo y decidió hacerlo apoyándose en las decisiones de los demás, aprovechando así la luz ajena para guiarse a cada paso que debiera dar.

Siguió al pie de la letra los antiguos preceptos y concluyó en basarse en las

deducciones del propio Aristóteles, cuestionándose cuál era el fin último del hombre, del ser humano, y observó que todo el mundo lo llamaba felicidad. Subrayando que el mismo concepto puede diferir entre las personas, haciendo de ella algo propio de cada uno muy difícil de arrebatarse. La felicidad, la máxima meta en alcanzar, contiene ingredientes diferentes para cada cual.

Toda su existencia tomando como referencia los pensamientos del sabio, haciendo distinción entre tres tipos de vida: la sensible, la política y la contemplativa, pero olvidándose de sus propias conclusiones, siempre dejándose llevar por cuestiones técnicas, por pareceres lógicos de otros, tomando decisiones de los demás para administrar sus propios intereses, su propia vida, lo que le llevó a olvidarse de sí mismo y a sentirse frustrado, fracasado.

Hasta que de nuevo se rebeló, pero esta vez fue contra su propia creencia, y mandó al traste con todo el manual filosófico en el que se había apoyado durante tantos años. A partir de ese momento se prometió dejar de guiarse por los pensamientos de los demás y comenzó a decidir por los suyos propios, dejándose aconsejar por su experiencia, por su intuición, por los dictados de su corazón, hasta descubrir que lo que tanto tiempo estuvo buscando se hallaba muy cerca, en él mismo, en su propio yo.

Espérame

Se oyen voces. Hay demasiado ruido ahí afuera. Parece como si se hubiesen arremolinado los vecinos junto a la puerta; seguramente estarán chismorreando ansiosos por saber. ¿Habrán llamado a la policía? Podría apostar con toda seguridad que ya lo sabe todo el barrio. Me imagino a la alcahueta del primero corriendo de bloque en bloque, de piso en piso, dejando la noticia de que hemos discutido... otra vez más. De todas maneras ya importa poco lo que murmuren, pronto estaremos lejos de aquí para siempre.

Todavía no comprendo que ha podido pasar para llegar a esta situación, no lo recuerdo con claridad, esta medicación me perjudica más que beneficiarme, me deja desmemoriado y por más que me esfuerzo muchas veces no consigo centrar el pensamiento, se me va de un lado para otro y acabo por olvidar en lo que estaba pensando. Menos mal que te tengo a ti para guiarme. No sé qué habría hecho yo sin ti, qué hubiese sido de mi vida de no tenerte a mi lado.

No creas que no te valoro lo suficiente, es por eso que reacciono de esa manera tan visceral, tengo tanto miedo a perderte que cuando siento que alguno puede arrancarte de mi lado me pongo furioso, no puedo controlarme y termino por hacerte daño, pero tú sabes que no lo hago con maldad, que al momento se me pasa el enfado y vuelvo a ser el mismo de siempre, cariñoso y tierno... ¡Te quiero tanto!

Si me hubieses hecho caso nada de esto tendría por qué haber ocurrido. Mira que te lo venía diciendo, que no me gustaba que hablaras tanto con el tendero, que fueses a otro mercado a comprar, que no te arreglaras tanto, pero tú erre que erre, hasta que pasó lo que tenía que pasar. Ya sé que me eres fiel, pero no

me gusta que te pongas tan guapa, me da miedo de que cualquier día aparezca un roba corazones y te aleje de mi lado. No sé qué haría yo sin ti...

Me gustaría que pudieses escucharme, para pedirte perdón por esta reacción mía tan fuera de lugar. Me siento mal porque soy consciente de que por momentos te he podido hacer daño; no podía despegar mis manos de tu cuello, estaba tan ciego que me resultaba imposible controlarme. Si me hubieses hecho caso nada de esto tendría porque haber ocurrido.

Tampoco tendría que haberte hecho el amor sin que tú pudieses disfrutar del momento conmigo, lo sé, no está bien, pero no he podido evitarlo, estás tan bella sobre la cama, como dormida, que me he dejado llevar por el deseo...

El ruido va en aumento ahí afuera, las voces cada vez son más altas. De un momento a otro trataran de entrar, derribarán la puerta, espero que tarden aún algunos minutos más, que me dé tiempo a reunirme contigo. Siento que me debilito, apenas ya me quedará sangre en las venas... Espérame, vida mía, ya queda poco para estar de nuevo junto a ti...

Delirios geométricos

Las siete de la mañana en el reloj circular de la pared marcaba el tiempo, indiferente a la presencia ausente de Nayim. Los primeros rayos de sol se colaban por la ventana a través de los cristales y los ligeros visillos de hilo que los cubría, entrando alegres y mezclándose con la luz artificial del flexo que descuidadamente permanecía encendido. Las paredes mostraban un mapa geométrico de dibujos lineales de tamaños y formas diferentes encerrados en folios de papel blanco que, clavados con chinchetas de diferentes colores, dejaban insinuante la ruta de una trayectoria obsesionada con la geometría; y la silla vacía, aún con la silueta recién abandonada en el cojín.

Líneas y más líneas absorbían a Nayim en sus años de infancia, dejándolo fascinado a cada paso que daba. Primero fueron los círculos los que atrajeron su curiosidad, para quedar absorto para siempre, como embrujado por unas formas perfectas que daban sentido a la luz y al tiempo, al espacio y al sonido, al transcurrir de la vida y a todo lo relacionado con la existencia humana y sus naturales formas imperfectas, abstractas y caprichosas.

Después vinieron los cuadrados, rectángulos, triángulos, rombos y demás perímetros cerrados por figuras geométricas. Toda una vida influenciado por las formas, buscando la perfección en cada línea, en cada área o espacio geométrico, tratando de hallar en las figuras el misterio de las tres dimensiones en movimiento, apoyado en números y más números, en fórmulas matemáticas y físicas que iba traduciendo y resolviendo en dibujos arquitectónicamente calculados.

En los últimos días apenas había salido de su habitación, durmiendo poco y

comiendo mal, inmerso en el estudio que lo iba engullendo poco a poco y con la única meta que la de encontrar la solución a su inquietud geométrica, hallando respuestas concretas y concisas, consiguiendo la perfección en las formas tridimensionales, hasta descubrir una entrada a través del papel dibujado, una puerta que le dio paso a otro espacio y tiempo, a otro mundo metafísico, abandonando éste y dejando sobre la mesa de dibujo los lápices, el compás, escuadras, cartabones, reglas y otras llaves necesarias para poder acceder al otro lado, en donde se perdió para siempre.

La heredera

Poco a poco había ido coleccionando un gran número de libros con la intención de poder leerlos algún día, todos ellos escritos en castellano. Desde siempre tuvo la inquietud de aprender de lo que decían sus páginas pero las circunstancias nunca se lo permitieron. Aún así y a pesar de las dificultades siempre mantuvo la esperanza y a oportunidad que se le brindaba no dudó nunca en ir recopilando, guardando libros uno tras otro, hasta llegar a cubrir todas las paredes de su habitación con estanterías colmadas de libros de diferente temática, eso sí, colocados sin un orden establecido, ni siquiera se dejó llevar por el tamaño o el color de las tapas, intentando que el cromatismo creara un equilibrio entre las distintas tonalidades.

El primero de todos fue un ejemplar de La Cabaña del Tío Tórn, que encontró hacía muchos años cuando todavía era una niña que apenas podía ponerse en pie por sí sola. Ella fue quien lo vio olvidado sobre el banco del parque por donde pasaba en brazos de su madre camino de la parada del autobús. Quedó atraída por los colores de los dibujos infantiles que adornaban las tapas y comenzó a lloriquear y llamar la atención señalando hacia el libro que su madre no había percibido, hasta que por fin comprendió lo que quería y se lo dio; Jimena lo sostuvo entre sus manos y ya no lo soltó ni siquiera dormida. Pasó a ser su juguete preferido que trataba con mimo, con mucho cariño, como si ya entendiese el significado de lo que un libro representa.

Luego vinieron los años en Bélgica, donde sus padres emigraron en busca del progreso en una época en la que la vieja Europa aún se curaba las heridas de la última gran guerra. No fue por mucho tiempo, el suficiente como para que se dieran cuenta de que el amor y la añoranza por sus otros hijos y su pueblo,

donde los habían dejado bajo la custodia de la familia, podían más que cualquier oportunidad por lograr una vida más digna.

Después llegaron otros; algunos de ellos regalados en la adolescencia y otros comprados con sus ahorros, colecciones semanales que cada otoño editaban las editoriales y vendían en los quioscos casi siempre en ediciones de bolsillo, sin importarle repetir título que ya tuviera, como Ana Karenina, del que sospechaba tenerlo repetido por varias veces, pero esos detalles no les importaban mucho. Lo importante para ella era atesorar conocimiento escrito en papel, signos, caracteres negros sobre blanco.

Por último fue la herencia inesperada de doña Gertrudis, la anciana a la que cuidó en los últimos días de vida. Jimena siempre le reprochó a la providencia no haber podido coincidir con aquella señora mucho antes, por todo lo que pudo haber podido aprender de ella y que el tiempo y su enfermedad no le permitieron. Gertrudis derrochaba unos modales exquisitos, no obstante había ejercido de institutriz por muchos años en la corte de uno de los maharajá más cultos y renombrados; había educado a todos sus hijos, que fueron muchos, e incluso al mismísimo heredero del trono. Pero con los años comenzó a darse cuenta de su pérdida de memoria y decidió regresar a la casa familiar, donde se refugió al calor de los suyos. Fue entonces cuando apareció Jimena en su vida, como empleada para cuidarla y estar al tanto de sus necesidades, y, aún con parte importante de sus facultades mentales perdidas, la en otro tiempo institutriz pareció darse cuenta de su inquietud por conocer, por lo que le dejó como herencia una enorme y valiosa colección de libros, muchos de ellos fueron pasando por su familia de generación en generación al tiempo que se añadían ejemplares únicos.

Fue un regalo magnífico, el mejor de todos cuantos la vida le había dado. Aquella colección le atrapó de tal manera que en los últimos años de su vida no existieron para ella otras ocupaciones más importantes que la de tumbarse en la cama y cómodamente ir pasando página tras página de los libros, sabedora de que no tendría tiempo físico en toda su vida para leerlos todos. Así que, día tras días, no hacía otra cosa más que mirar las palabras escritas tratando de familiarizarse con ellas, por si algún día se le presentaba la oportunidad de aprender a leer y enterarse de lo que decían.

Misión especial

No recordaba nada más allá de los primeros disparos que se escucharon, fue lo que le puso en alerta. El escenario en donde se encontró estaba semiderruido y ni un alma a su alrededor, ni un solo pájaro que atravesara el azul celeste de la ciudad, sin apenas nubes, limpio, claro y luminoso. Reaccionó por instinto, como si en sus genes estuviesen grabados por naturaleza con la intención intuitiva de un soldado de élite, disparando la voluminosa arma de fuego cuya destrucción al impacto de la munición con cualquier objeto era inevitable, impresionante.

El primer enemigo aparecido por sorpresa, salió de la nada, de detrás de unos arbustos crecidos en la decadencia de la ciudad muerta, solitaria, donde los ruidos más cercanos que se escuchaban parecían estar a decenas de kilómetros, en la que los enfrentamientos se imaginaban en toda su crudeza y en los que el armamento pesado parecía tener todo el protagonismo en la batalla que se fraguaba.

Cambió de arma un tanto más ligera y continuó por entre las calles solitarias, con sigilo pero con toda la seguridad que le daba pertenecer a un cuerpo especial de combate, sólo ellos lo hacen de esa manera, con templanza, sin miedo, y con la seguridad de que son casi invencibles. No sentía fatiga alguna ni mostraba interés por encontrar a sus compañeros de misión en caso de que algunos hubiesen sobrevivido a los ataques del enemigo. De repente, un estallido a pocas manzanas de su situación lo puso en alerta y actuó rápidamente, colocándose en posición de disparo, agachado con una rodilla en el suelo y la metralleta repetidora apuntando en dirección al estruendo; sólo percibió el sonido y el polvo de lo que parecía una explosión, posiblemente la

de alguna mina estratégicamente colocada en el suelo por la guerrilla de resistencia local.

El sol abrasaba y Dennis buscaba la sombra casi por intuición, quizás a medias y en parte también como protección, pegado a la pared sin perder de vista la parte alta de las casas en el laberinto callejero de Kabul. La calma tensa se masticaba en el ambiente, con el presentimiento de que ojos ocultos le observaban tras los postigos de las ventanas, cuando ante él apareció de la nada un guerrillero con un Kaláshnikov entre las manos que no llegó a disparar, el soldado le ganó la partida lanzándose sobre él y de una patada lo desarmó; acto seguido y en décimas de segundo sacó el puñal de su funda y lo apuñaló sin contemplación alguna, con temperamento frío como un témpano de hielo, cayendo el enemigo al suelo envuelto en un llamativo charco de sangre al tiempo que emitía un gemido sordo de expiración.

Rápidamente entró en el edificio por la misma puerta por donde su víctima anterior le había sorprendido, entró decidido en cada una de las estancias de la casa buscando otros enemigos ocultos que esperaran sorprenderle. Subió la angosta escalera y de igual modo inspeccionó el piso superior, donde tampoco encontró a nadie. Salió a la azotea con sumo cuidado y echó una mirada al horizonte urbano que se abría entre tendedores de ropa y antenas de televisión. Sin esperarlo, de nuevo otro guerrillero apareció tras una puerta y corrió a su encuentro gritando versículos islámicos, ataviado de un chaleco con explosivos con la única intención de inmolarsse y a la par acabar con él, pero nuevamente escapó del peligro saltando desde la azotea hacia la calle instantes antes de que el suicida apretara el percutor y explotara por los aires, dejando el entorno manchado de sangre y materia humana por todas partes.

A paso más ligero decidió escapar de la ciudadela tratando de evitar una emboscada entre callejones estrechos. El espacio urbano se abrió entre escombros de edificios ruinosos en una amplia plaza y entre ellos se refugió. Se sentó a descansar en el suelo a respaldo de un rincón estratégico con vistas a la explanada. Sacó la cantimplora, de la que no extrajo ni una sola gota de agua para beber, y se deshizo de ella con desgaire. Seguidamente se quitó el casco de la cabeza para secarse el sudor con el pañuelo.

Sin dejar de vigilar el entorno extrajo del bolsillo de la chaqueta de camuflaje una foto con la imagen de una hermosa joven, en cuyo reverso aparecía una dedicatoria que leyó antes de recrearse en su sonrisa. Luego la volvió a guardar. Miró hacia un lado y hacia otro y, ante la falta de peligro, comenzó de nuevo su andadura. Dobló la esquina de la siguiente calle y antes de que pudiera darse cuenta una lluvia de balas zumbaban a su alrededor. Un grupo de insurgentes le habían preparado una encerrona y Dennis se defendía como en él era costumbre, disparando a todo lo que se movía, aniquilando a cuantos enemigos iban apareciendo por entre las ruinas hasta que se quedó sin munición, oportunamente justo con el último de los guerrilleros.

Ahora tocaba reponer las balas, tendría que llegar hasta el polvorín al final de la calle y de ello dependía su vida, pero ocurrió algo inesperado, un francotirador acertó y de un solo disparo lo derribó en medio de la calle. Todo quedó quieto, inmóvil, en silencio, fue entonces cuando aparecieron aquellas letras grandes en el centro de la pantalla, "Game Over"

Última sesión

La jornada de trabajo había resultado agotadora y, aún así, Berta no se había olvidado de que aquella noche cambiaban la cartelera para la próxima semana. La esperada historia de amor que se proyectaba en el Cine Paraíso ofrecía la última oportunidad para poder disfrutarla en las cómodas butacas de la sala cinematográfica, por lo que no lo dudó ni un momento. No le importó el cansancio acumulado ni la hinchazón que sufrían sus pies después de haber soportado tantas horas detrás de la barra de la cafetería donde trabajaba; se dirigió a la taquilla, no sin antes echarle un vistazo a los fotogramas que mostraban los grandes paneles de la fachada, y después de comprar su tique entró en el local.

Cosa normal que estuviese poco concurrido de público, apenas media docena de personas se dejaban ver por el bar del vestíbulo unos minutos antes de comenzar la proyección, era el último día de función de Los Corazones Rotos, la última sesión de domingo, por lo que cabría de esperar que sólo algunos rezagados u olvidadizos asistieran a la despedida de tan afamada película. Compró un refresco de naranja, unas chocolatinas y palomitas de maíz. Miró el reloj y, tras comprobar que sólo quedaban un par de minutos para el comienzo, se encaminó a la entrada de la sala. Apartó con la mano la pesada cortina y siguió el pasillo hacia adelante hasta detenerse a pocas filas de la pantalla. Desplegó el asiento de su butaca y se sentó cómodamente en ella.

¡Al fin un ratito de relax! Se decía para sí tras exclamar un suspiro, después de tanto trajín de un lado para otro durante todo el día. Las luces se apagaron y sobre la pantalla surgió un mundo mágico de imágenes acompañadas de la banda sonora que abría las puertas a la fantasía. La mirada fija en la

proyección, sin pestañear, al tiempo que su mano derecha realizaba el mismo recorrido monótono una y otra vez, del paquete de palomitas a la boca y a repetir de nuevo.

El desarrollo de la película no defraudaba, quizás un poco lenta para su gusto, aunque la magnífica interpretación de los protagonistas emocionaba a la vez que opacaban todas las carencias; tanta pasión desmedida entre besos, caricias y palabras de amor iban envolviendo y arrastrando a Berta hasta creerse parte de la propia historia contada, como si fuese la mismísima protagonista del film, a la que el galán de turno atraía hacia sus brazos para fundirse los dos en un beso de amor interminable.

Todo prometía de color de rosa, aquella cinta de celuloide tenía el encanto de las grandes superproducciones de la época dorada de Hollywood, y hasta los actores desprendían el halo de las grandes estrellas, a los que seguramente aquel año no se les escaparía el reconocimiento a su trabajo en forma de estatuilla dorada. Pero algo imprevisto comenzó a llamar su atención cuando, por sorpresa, poco a poco comenzó a moverse bruscamente la tela blanca sobre la que se proyectaba la cinta cinematográfica, cada vez con más violencia, hasta que de repente la pantalla se rasgó por el centro y por la apertura producida apareció un personaje inesperado ajeno a la proyección.

El poco público existente comenzó a gritar de terror, sólo Berta quedó unos instantes sin reacción alguna, paralizada por la impresión. Por un momento creyó que se trataba de un efecto óptico publicitario o algo por el estilo, pero al mirar hacia atrás y comprobar que los dos últimos asistentes en la sala corrían despavoridos hacia la puerta de salida, al tiempo que con paso lento y arrastrando un pie el inesperado personaje se acercaba hacia ella, se

incorporó de un impulso, derramando el refresco y desparramando por los aires hasta la última de las palomitas, trató de huir por entre la fila de butacas. Pero algo recordó que la hizo retroceder de nuevo, se había dejado olvidado el bolso y quiso volver a por él, con la mala suerte que, al hacerlo, uno de sus zapatos se le salió del pie y fue a meterse por debajo de las butacas.

La joven camarera cayó presa de la angustia buscando el zapato por el suelo mientras veía por debajo de los asientos cómo el siniestro personaje se iba acercando hacia ella arrastrando su pie. Por fin lo halló, pero ni siquiera le dio tiempo a calzarlo, al ponerse en pie y mirar hacia atrás se horrorizó, cuando vio al maléfico individuo a un par de metros de ella. Haraposamente vestido y el rostro oculto tras una careta de payaso, de cartón, portando en la mano derecha en alto y amenazante una especie de guante metálico a modo de largas garras que brillaban resplandecientes al reflejo de las luces del proyector.

Corrió desesperadamente con el bolso en una mano y el zapato en la otra en busca del pasillo en dirección a la salida de la sala de proyección. Apartó la gruesa cortina y salió velozmente hacia la puerta principal, pero la encontró cerrada. Instantes antes la cerraron los propios empleados del cine tratando de que no les persiguiera a ellos. Berta miró hacia atrás y comprendió que no tenía tiempo de pedir socorro a los que horrorizados la miraban desde el exterior. Embargada por el pánico nuevamente corrió en busca de otra salida o un lugar donde ocultarse hasta que llegaran a socorrerla.

La puerta de emergencia también estaba cerrada por lo que sólo le quedó la alternativa de esconderse en los retretes, pero esa opción era demasiado previsible. Abrió una tercera puerta y encontró un armario, y ahí se escondió

oculta entre escobas y otros utensilios de limpieza. No se atrevía ni a respirar para no hacer ni el más mínimo ruido tratando de que no la descubriera. Tras la puerta escuchó cómo ante ella su perseguidor arrastraba el pie. Abrió las puertas de los retretes, primero una y luego la otra, y volvió de nuevo a pasar por delante de su escondite.

De repente la puerta se abrió y ante ella apareció el siniestro personaje. La joven quedó petrificada, acorralada. Sólo le dio tiempo a mirarle a los ojos destellantes por los orificios de la máscara antes de notar cómo las garras metálicas agarraban su cuello. Cerró los ojos temiendo lo peor, pero en ese justo momento alguien le puso la mano en el hombro exclamando: -¡Señorita, señorita! - los volvió a abrir y encontró ante ella a un hombre vestido de azul marino, con trabillas en las hombreras y un letrerito de identificación personal en la solapa, que le decía: -¡Discúlpeme! La sesión ha terminado. Es hora de cerrar.

La profecía

Había ido muy temprano y con especial interés a comprar el diario de la mañana, estaba expectante e ilusionada desde que se enterara varios días atrás de la promoción especial que el rotativo de la ciudad ofrecía a sus lectores. Se cumplía el primer aniversario de su creación y para tal conmemoración regalaban con la edición de la mañana un ejemplar reproducción del original número uno, una copia idéntica en papel color sepia de aquel primer diario que saliera a la venta un siglo atrás. Aquella iniciativa publicitaria había resultado productiva, todo un éxito, porque de haberse descuidado unos minutos se habría quedado sin el ejemplar deseado. Los ciudadanos se agolparon desde tempranas horas alrededor de los puntos de venta del diario y en un santiamén se agotó la tirada especial.

Telma regresó contenta y con dos diarios, el habitual de la mañana bajo el brazo, como dejando a un lado a la actualidad, y con la edición especial entre las manos, absorta mirando su portada. Todo le resultaba fascinante, desde las noticias a su contenido, la manera de redactarlas y sus titulares, tan llamativos como curiosos. Llegó a su casa y dejó el de la mañana sobre un sillón como si la actualidad no le interesara mucho, en cambio la reproducción especial la puso con esmero sobre la mesa, con mucho mimo, tratando de que no se doblara ni arrugara en demasía por el uso. Como si se tratara de un ejemplar auténtico y original de aquella época y se sintiese obligada a desplegar sus páginas con delicadeza.

Miraba cada detalle de la portada una y otra vez, degustando el sabor de lo novedoso, de lo desconocido, tratando de alargar el ilusionante deseo de comenzar a desplegar sus páginas y empezar así a descubrir un mundo de

fantasía, el de otro tiempo, el de adentrarse en los entresijos de una sociedad inexistente, ya desaparecida. Era como volver un siglo atrás en el tiempo a través de lo impreso en el papel.

Nada quedaba ajeno a su curiosidad, el tipo de letra, los dibujos que ilustraban algunas noticias y los anuncios publicitarios, y las fotografías, en las que se recreaba observando cualquier cosa, las calles, los vehículos, la vestimenta de las personas, las fachadas de los comercios... Hasta buscaba en cada uno de los viandantes el parecido físico con alguno de sus familiares ya desaparecidos y que pudiesen haber pasado por delante del objetivo del fotógrafo en aquel justo momento para quedar inmortalizado en la instantánea.

No dejó ni un solo titular descuidado y cuando llegó a la contraportada regresó de nuevo al principio para adentrarse en cada uno de los artículos. Le había atraído especialmente una noticia llamativa en el apartado local, la relacionada con un robo días antes de la publicación. Se trataba de un libro original sustraído del Museo de Historia de la ciudad, una pieza única del siglo XVI con un valor incalculable. Un ejemplar de la primera edición de las centurias de Nostradamus. A Telma siempre le atrajo sobre manera todo lo relacionado con las ciencias ocultas y tratándose del célebre astrólogo francés colmó de curiosidad su fantasía, por lo que se sumergió de lleno en lo acontecido.

El texto narraba con toda clase de señales el hurto, tanto que más bien parecía la sinopsis de una película de serie negra, de ladrones de guante blanco e intrépidos detectives en busca de recuperar lo sustraído. Sin embargo, todo estaba en suspense, no existían detalles algunos ni de cómo se llevó a cabo la operación ni mucho menos de la identidad de los ladrones, todo quedaba

envuelto en un sin fin de misterios por resolver. La única evidencia clara era la falta del manuscrito del estante en donde se exhibía. Era una historia fantástica que la abdujo del interés por el diario y las noticias de antaño para centrarla totalmente en todo lo relacionado con las profecías.

Se acordó entonces del libro que había adquirido varios días antes en un mercadillo de antigüedades y que todavía no había comenzado a leerlo. Era una novela también relacionada con Nostradamus, aunque en principio parecía pura ficción. Se levantó del asiento y se acercó a los estantes donde descansaban sus libros. Lo cogió y observándolo a grosso modo se fue a sentar de nuevo en su sillón preferido. Cuando lo compró fueron tres los detalles que llamaron su atención, además de por su antigüedad, que calculaba de un siglo aproximadamente, y de que estuviese relacionado con el mundo de las profecías de Nostradamus, fue especialmente porque estaba escrito de puño y letra y sus acartonadas y gruesas páginas estaban cosidas a modo artesanal, lo que le hizo pensar que podía tratarse de un ejemplar único.

Comenzó a leerlo y desde la primera página quedó sorprendida, la historia que contaba era la de una joven a la que el autor situaba en el futuro, en lo que podía identificarse con el presente, pero esa no era la única curiosidad sino que además la protagonista se llamaba Luisa T. Podría haber pasado desapercibido para Telma a no ser porque su verdadero nombre era compuesto y aunque nadie le llamaba por el nombre de su abuela, Luisa, sí quedaba recogido en el registro oficial de nacimiento. Continuó leyendo y según iba pasando páginas más puntos en común iba encontrando con ella misma, con todo lo relacionado con lo vivido en los últimos días, concretamente desde que comprara el libro.

Era tanta la coincidencia que le resultaba imposible que pudiese tratarse de simple casualidad. Entonces dejó por un momento la lectura y comenzó a interesarse por el autor, buscando información en Internet relacionada con su nombre. Tuvo que adentrarse en la hemeroteca del propio diario, en sus inicios, para encontrar algunos datos sobre él. Se trataba de un personaje extraño que creaba con sus profecías tanta expectación como burla, pero poco más. Nadie le daba crédito a sus predicciones y era tratado por la sociedad de la época como un friki.

Continuó de nuevo con la lectura del libro y a cuanto más se adentraba en la historia más claro evidenciaba lo vivido por ella misma días atrás, tanto fue así que conociendo los acontecimientos que vendrían seguidamente, los de su propia existencia, dejó de prestarle atención al propio desarrollo de la novela para centrarse en el resultado final. La intriga se había aliado con la impaciencia y necesitaba conocer qué pasaría en el desenlace, lo que era lo mismo que conocer su futuro inmediato.

Las últimas páginas de la novela narraban con lujo de detalles todo lo experimentado por ella misma desde que adquirió el ejemplar conmemorativo del diario y la noticia del robo del museo, hasta el interés suscitado tanto por el libro que tenía entre sus manos como por la identidad del propio autor. Todo terminaba en las dos últimas frases con un final feliz, con el hallazgo del manuscrito robado del museo, cuya protagonista lectora encontraría. Pero aquellas últimas frases no coincidían con la realidad, había terminado de leer la novela y el manuscrito substraído no aparecía.

Entonces pensó en releer las palabras finales tratando de encontrar una clave oculta que pudiera ayudarle a desvelar el misterio. Y leyó: "...Y siguiendo la

pista, tirando y tirando del hilo, lo encontró". Fue entonces cuando se le ocurrió deshilar el propio libro, con la sorpresa de que al hacerlo halló en el interior de las tapas otras de cuero marrón más antiguas, que parecían estar forradas por las de la propia novela, con un título diferente: Les Prophéties de M. Michel Nostradamus.

La nariz roja

Aquella pregunta que nació de su inocente curiosidad fue el origen de todo, cuando asistía boquiabierto al pasacalle que el circo recién llegado al pueblo realizaba como presentación ante la algarabía infantil y la alegría de los mayores. ¿Por qué los payasos tienen la nariz roja? Preguntaba agarrado de la mano de su madre ante la comitiva circense. Todo le causaba perplejidad e ilusión, el mono patinador, la cabra alpinista, los malabaristas, el hombre orquesta, pero nada atrajo más su atención que los payasos; el público reía a carcajada limpia con las mojigangas, con las ocurrencias ridículas que protagonizaban a su paso.

Pasaron varios años más desde aquella primera vez sin dejar de acudir ni uno solo a la presentación festiva callejera, siempre acompañado de su madre, a la que no dejaba de formularle preguntas, una tras otra y todas relacionadas con los payasos. ¿Porqué llevaban aquellos zapatones tan llamativos, y por qué no calzaban como los de ellos, más discretos y cómodos? A lo que la madre le respondía que eran parte de su traje, diferente al de los demás para provocar la risa. Y así sucedieron otras preguntas; ¿el porqué de las pelambreras de colores; si los payasos nacían con la cara blanca; si también había mujeres payasas y si ellas tardaban más en maquillarse; y los corbatones...?

Para todas las interrogaciones su madre le proporcionó una respuesta adecuada, e incluso cuando le preguntó por qué los payasos lloran cuando están a solas, como él pudo comprobar al observar a uno de ellos llorando, la mañana que se aventuró acercándose solo a los alrededores del circo y descubrió que los payasos también tenían lágrimas. Le respondió que los payasos y las payasas también llevan un hombre y una mujer dentro, como

todas las personas.

Así, poco a poco, se fue haciendo amigo de los payasos, se sentía identificado con ellos. Él también lloraba a solas cuando otros niños se reían de él por estar gordito, por lo que siempre le relegaban al puesto de portero en el partido de fútbol que jugaban en el recreo del colegio, con la excusa de que no corría tan rápido como sus compañeros; por sus pequeñas pecas en la cara y el color de su cabello, rojizo como el pelo de las mazorcas; por su timidez; por no ser tan alto ni tan bajo como otros niños; y por otras pequeñas particularidades que lo hacían diferente a los demás.

Pasó el tiempo y creció, siempre con la idea fija en su mente de tener algún día una nariz como la de los payasos, él quería ser como ellos y mientras que llegaba ese momento, mientras tanto, se la pintaba con un lápiz de color rojo ante el espejo, donde los remedaba, los imitaba, descubriendo de esa manera que los niños también quieren a los payasos aunque se rían de ellos, porque, como su madre le respondió aquella primera vez en el pasacalle, a los payasos le salen las narices rojas porque quieren a los niños.

Casual encuentro

La nieve caía copiosamente sobre la ciudad en la que el abandono parecía haberse adueñado de sus calles, ni un alma, ningún transeúnte se atrevía a salir de su refugio, sólo algunos vehículos cruzaban las calles a lo lejos en un horizonte blanco, difuminándose las líneas de los edificios según se alejaba la perspectiva, rota en monotonía por las luces parpadeantes de los semáforos que, ajenos a las inclemencias del tiempo, guiñaban inquietos en rojo, verde y ámbar, y los vapores grisáceos que emanaban de las alcantarillas y por las chimeneas.

Poco a poco, lentamente, bajo una espesa cortina de copos, el cuerpo inmóvil de Armando se iba cubriendo por la nevada, inconsciente y entregado a un irremediable destino, a un desenlace trágico. Nadie en cualquier otro día de climatología apacible se hubiese molestado en interesarse por la situación de un hombre con pinta de vagabundo que atravesado en la acera obstaculizara el libre transitar de los viandantes, cuanto más en aquella mañana en la que ni los pájaros se habían atrevido a estirar las alas.

Nada le importaba ya, el frío se había adueñado de su cuerpo hasta tal extremo que ni siquiera tiritaba. Sólo su mente se resistía heroicamente procesando imágenes continuas inconscientemente, acompañadas de sensaciones agridulces; momentos de su vida que se sucedían rápidamente entrelazadas como en una película surrealista, sin orden cronológico, al azar, las menos felices y mayoritariamente amargas, dolorosas, fruto de una vida convulsa y repleta de sinsabores.

Nada resultó fácil a partir de que sus padres le abandonaran siendo un niño, un

indefenso menor que fue paseando sus años de adolescencia de reformatorio en reformatorio, hasta que la mayoría de edad lo dejó en las puertas del último internado con una pequeña maleta donde guardaba las pocas pertenencias que sus años de rebeldía y situación personal le habían permitido reunir.

Todos los recuerdos de la primera etapa de su vida se desarrollaban ante un escenario familiar desestructurado, con dos protagonistas principales, un padre delincuente habitual y una madrastra alcohólica que nunca se preocupó de otra cosa que no fuese la de tener siempre reservada una botella de güisqui de la marca preferida en la despensa de la cocina. Tal vez, si su madre no hubiese muerto en el parto cuando le dio a luz todo hubiese sido diferente, pero hasta de esa triste circunstancia se sentía culpable.

Tampoco la suerte se entretuvo en aliarse con él ni siquiera por un pequeño periodo de tiempo, nunca le sonrió, todo fueron obstáculos, muros infranqueables que se elevaban cómplices con las malas compañías. Era como si las desgracias estuviesen imantadas, se atraían unas a otras como si formaran parte de una estrategia mezquinamente burlona que no tuviese otro fundamento más que el de hacerle la vida imposible; año tras año, hasta la víspera de sus treinta y cinco cumpleaños, en la que la providencia había decidido ponerlo en aquella situación extrema, sin hogar, sin familia, sin amigos, viviendo de la mendicidad, moribundo y cubierto de nieve en la acera de una calle sin nombre.

Todo se antojaba inevitable, pero la misma ventura que había estado jugando con él toda la vida, poniéndolo constantemente al borde del precipicio, pareció por un momento cambiar de idea provocando un casual encuentro, una coincidencia que cambiaría el rumbo de su existencia, el del regreso al origen.

Cuestión de suerte, probablemente, pensaría cualquiera con sensibilidad humanitaria que hubiese actuado de la misma manera que aquel hombre que al tratar de sacar su vehículo de la cochera tropezó literalmente con el cuerpo de Armando. No se le ocurrió otra cosa que la de, con mucho esfuerzo, montarlo en su coche y llevarlo al hospital.

Unos minutos más en socorrerlo y la actitud generosa habría caído en saco roto, tuvieron que pasar varios días hasta que Armando recuperó la consciencia. La hipotermia sufrida no fue determinante para su recuperación, no le dañó tejidos sanguíneos ni las extremidades sufrieron daños irreparables, pero aún así le retendría varias jornadas más ingresado en el centro médico.

Cuando abrió los ojos lo hizo en la fría sala del hospital y ajeno a todo lo que había sucedido dos días antes, desde que perdiera el conocimiento. El último recuerdo se mostraba en su memoria como un torbellino distorsionado en la que la imagen de la calle nevada giraba acelerada a su alrededor. Supuso que alguien tendría que haberlo llevado hasta allí por una cuestión de supervivencia, y no se equivocó. Una enfermera le puso al corriente de la delicada y peligrosa situación por la que pasó su vida, que de no haber sido por el extraño socorrista que se hizo cargo de conciencia por su estado de salud no estaría allí recuperándose en la cama hospitalaria, sino sobre el frío mármol de cualquier tanatorio de la ciudad.

Por la misma enfermera supo que su salvador frecuentaba cada día el hospital acompañando a un familiar y no quiso dejar escapar la ocasión para agradecerse personalmente. Al día siguiente, y después de hacer de correo la enfermera, al que le debía la vida fue a visitarlo. A pesar de sus exquisitos

modales, aquel hombre elegante que aparentaba vivir en el ocaso de la cincuentena, no escatimaba en cordialidad, al contrario, el desconocido se mostró afable y cercano en el trato. Se sentó a los pies de su cama y mantuvieron una conversación de horas, en la que Armando comenzó agradeciéndole la generosa actitud que tuvo para con él y terminó por contarle cada detalle de su azarosa vida.

Por su parte, el visitante también se sinceró contándole las desgracias que le habían acompañado en los últimos años; primero la muerte repentina de su único hijo y recientemente la grave enfermedad de su esposa, que luchaba sobreponiéndose a la espera de un donante de médula ósea como único remedio contra la leucemia que padecía. Era a ella a quien acompañaba cada día y que al igual que él estaba internada en el hospital.

Armando quedó embargado por un sentimiento de tristeza que aquel hombre le había contagiado con el relato de sus problemas, lo que le situó en la necesidad de corresponder de alguna manera su gratitud. No dudó ni un instante en ofrecerse como posible donante, todo dependía de la compatibilidad de la células madre que su esposa necesitaba. Aceptado el ofrecimiento, se iniciaron las pruebas de histocompatibilidad y fue una suerte reveladora, todo parecía indicar que el trasplante se podía realizar sin problemas aparentes de rechazo.

Agradecido, el marido fue a visitarlo en el último día de su estancia en el hospital. Ya se había realizado la intervención y todo resultó satisfactoriamente. Sin embargo, Armando desconocía que algunos datos y coincidencias en la tramitación habían levantado ciertas sospechas que él desconocía y que el agradecido marido no quiso desvelarle por si pudiera

tratarse de un simple error. Sólo quedaba un dato determinante que seguramente resolvería todas las dudas que quedaban en el aire, que se disiparon cuando le respondió lo que el hombre esperaba, que había nacido en el mismo hospital que su difunto hijo, el mismo día y en el mismo año. Lo que aclaraba el por qué de la coincidencia en el análisis genético de parentesco, que lo situaba como descendiente directo del matrimonio.

Naturaleza asesina

Cuando Angie llegó a la empresa lo hizo envuelta en una aureola de curiosidad, misterio y algo de recelo. Aún así, casi todos los empleados de la fábrica de textiles pensaban prácticamente de la misma manera, que probablemente todo lo que se decía de la nueva directora de recursos humanos era falso. Sino, pensaban, ¿cómo iban a permitir los altos cargos de la dirección general que ocupara un puesto tan relevante en la planta de Barcelona? Quizás la más importante de todas cuantas la compañía tenía funcionando en Europa.

Probablemente se trataba de un bulo, de una mentira interesada creada para provocar un ambiente de hostilidad a su llegada, para que no se encontrara cómoda en su nueva ocupación teniendo en su contra la simpatía de la plantilla trabajadora. ¿Pero quién o quiénes estarían interesados en crear falsos testimonios en su contra y por qué? Esas eran las preguntas que corrían por aquellos días de corrillo en corrillo de trabajadores. Algunos comentarios comenzaban a circular poniendo nombre y apellidos al divulgador, señalaban a un modisto canario del mismo pueblo del que era natural el difunto marido de la nueva responsable.

Por otro lado, de igual manera a todos extrañaba que ocupara esa posición sin experiencia anterior. Nadie tenía constancia de que procediera de otra factoría de la compañía, ni de otro ramo relacionado con la industria textil, ni siquiera se le conocía un cargo de responsabilidad en común con su nueva situación profesional. Demasiadas suspicacias para tan pocas respuestas, lo que provocó algunas suposiciones que colocaban la influencia directamente en la oficina del director general, concretamente a petición de un amigo muy

influyente en el mundo empresarial de la ciudad, con el que la cuestionada podría mantener una relación sentimental encubierto, lo que arrojaba más morbo al asunto.

Muy pocos la mencionaban por su nombre, el mote de la Viuda Negra recorría los talleres de boca en boca como si pronunciar el nombre de Angie fuese sinónimo de superstición, de tabú, así como tampoco dejaban de mirar hacia todas partes cuando se referían a ella por temor a que pudiera aparecer por sorpresa y sorprenderles calumniándola, o no, porque era tanto y tan cruel lo que se hablaba a sus espaldas que hasta parecía imposible que una mujer de su apariencia, tan delicada y sensible, pudiese cometer tantas maldades como se le atribuían. En lo único que coincidían todas las habladoras era en su frialdad, en su capacidad para manipular a cualquier hombre, haciendo de ellos lo que se propusiera.

A Emma le causaba tanta perplejidad como rechazo por todo lo que se decía de ella, solo la había visto en una ocasión, una semana antes, cuando fue presentada personalmente a la plantilla, entonces no le dio más importancia que la que tenía, la de un nuevo miembro perteneciente a la dirección de la empresa y no destacó en ella nada especial, si acaso observó algo llamativo eso fue positivo, le pareció una mujer elegante y de modales exquisitos. Por lo demás nada diferente, la misma percepción y el mismo concepto que tenía de cualquier otro superior, el de pertenecer a otra escala laboralmente por encima y por consiguiente otra casta con la que normalmente no se llegaba a tener otras relaciones que no fuesen las necesarias y puramente relativas al trabajo.

Sin embargo, el día que Cristina, su compañera de máquina, le contó lo que se comentaba quedó embargada por el estupor, ni más ni menos que cualquier

otra persona que escuchara los hechos que se le atribuían, nadie podía quedar indiferente al chismorreo existente y por supuesto ella tampoco, que quedó influenciada sobremanera. Tanto fue así que radicalmente le cambió el concepto que había recibido en la impresión primera. Las habladurías tachaban a la Viuda Negra de personaje siniestro, de asesina entre otros calificativos. Aseguraban que su falta de escrúpulos era lo que la había aupado no solo hasta el puesto profesional que disfrutaba sino que, además, su naturaleza despiadada le reportó tanto dinero como para no tener que trabajar nunca más en toda su vida, lo que multiplicaba la desconfianza hacia ella cuando se discutía sobre cuál sería la meta que perseguía, si cualquiera se hubiese conformado con lo heredado de su difunto marido, claro que lo que se decía no eran más que suposiciones, la historia ni era toda cierta ni estaba completa.

Cuando Daniel conoció a Angie en unas vacaciones en Ibiza quedó prendado de sus encantos y no dudó ni un momento en dejarse arrastrar por sus sentimientos. Era la historia de una joven relaciones públicas de un conocido restaurante en la turística isla balear que en poco tiempo supo ganarse la confianza del adinerado cliente canario, que no tardó en proponerle matrimonio. Se casaron y fijaron su residencia en la canaria isla de Las Palmas, donde ella comenzó a regentar el afamado hotel y la galería comercial propiedad del marido.

No tardaron en aparecer los problemas cuando él descubrió que no procedía de una económicamente bien posicionada familia alicantina, ella le había mentado, en realidad era hija de un honrado y humilde trabajador del taxi. Tampoco fue bien aceptada por la familia de su marido, que veían en ella a una persona de quien no fiarse, comenzaron a desconfiar de ella desde el

primer día, más todavía cuando misteriosamente Daniel comenzó a enfermar sin que los médicos encontraran una causa que provocara el malestar, que poco a poco le fue debilitando hasta que una tarde lo encontraron sin vida y desnudo a los pies de la cama en una de las habitaciones del hotel, destinada exclusivamente para clientes.

La repentina y misteriosa muerte del marido la dejó en una posición económica envidiable, porque no sólo heredó la empresa hostelera y el centro comercial en los bajos del edificio sino que también fue beneficiaria de un seguro de vida cuyo importe era superior al valor de todos los negocios heredados. La situación para Angie se tornó hostil, que quedó bajo sospecha de ser la causante de la muerte de su marido, desde todos los frentes, ante la familia, la compañía aseguradora y la propia policía, que no halló ni una sola prueba o indicio de que pudiera tratarse de un crimen cometido por la propia viuda.

Acorralada por todos decidió vender sus propiedades en la isla y abandonó el archipiélago canario. Cambió de aires y se afincó en Barcelona. Compró una vivienda de lujo y comenzó a relacionarse con lo más granado de la sociedad barcelonesa, con un nivel de vida por todo o alto. No escatimó en gastos, vistiendo de las marcas y diseñadores más afamados, adquiriendo joyas de las joyerías más renombradas de París, viajes por toda Europa y hospedajes en los mejores hoteles; fue tanto el despilfarro económico que no le quedó más remedio que buscar un empleo, al año de recibir la herencia ya no le quedaba en sus cuentas bancarias más que números rojos. Fue entonces cuando conoció al empresario que la recomendó al director de la fábrica.

Desde entonces ya habían pasado varios meses y los rumores sobre la

directora de Recursos Humanos se fueron apagando de la misma manera que se propagaron de boca en boca a su llegada. Todos se habían acostumbrado a su presencia y ya pocos mantenían la sospecha de que algo de cierto pudiesen tener las habladurías que tiraban por tierra su honorabilidad e inocencia cuestionada. Pero de nuevo otro rumor avivó las ascuas de su particular hoguera maquiavélica, la noticia de la muerte en extrañas circunstancias de su supuesto padrino protector, el influyente empresario que la recomendó. Su cuerpo sin vida fue encontrado en un apartamento de su propiedad, en parecidas circunstancias y condiciones en que fue hallado Daniel, desnudo y a los pies de la cama.

Ni que decir tiene que la noticia corrió como la pólvora, ratificando de hecho todas las suspicacias que ya existían en su contra. Pocos quedaron ya ajenos a la creencia de su culpabilidad. Sin embargo, tampoco en esta ocasión pudo encontrar la policía rastro alguno de que pudiera tratarse de un crimen. A todas luces se trataba de muerte natural, eso sí, sin causas aparentes que lo justificara. Para Emma todo aquello parecía como el guión siniestro de una película de terror, aunque por otro lado le costaba creer en la doble personalidad de aquella aparentemente dulce mujer, por la que en ocasiones sentía tristeza y pena, creyéndola inocente de todo lo que los rumores la acusaban.

A partir de aquel suceso extra-laboral, que no tenía relación directa con la fábrica, Angie comenzó a dejarse ver más a menudo por la sección de talleres, lo que levantó suspicacias y nuevos comentarios. Mientras que unos pensaban que tras haber muerto su protector tenía que esforzarse por mantener su puesto laboral, otros opinaban que su intención no era otra que la de ganar simpatías después de tantas sospechas sobre su persona. Y ni uno ni lo otro, como se

vería con el tiempo, su intención era otra bien distinta.

Si ya de por sí era agradable al trato, Angie se multiplicó en simpatías hacia los trabajadores, especialmente con Emma y Cristina, a las que había elegido como sus próximas víctimas. De Cristina no necesitaba colaboración directa, por lo que solo se limitó a asegurarse de que era la persona correcta para utilizar en su macabra estrategia; en cambio con Emma fue diferente, fue ganándose su confianza hasta que desterró de su pensamiento la mínima sospecha de que existiese algo de cierto en todo lo que se decía de ella. Emma estaba encantada con el trato de Angie, en la que había encontrado la amiga que nunca tuvo.

La vida le sonreía, todo parecía llegarle como anillo al dedo, porque además de la amistad con su superiora había comenzado una relación sentimental con un hombre de nacionalidad francesa. François se interesó por ella desde el primer momento, cuando coincidieron por primera vez en la red social que los dos frecuentaban. Internet le había abierto las puertas del amor y no solo eso sino que, además de ofrecerle constantes muestras de cariño, parecía tratarse de un importante hombre de negocios muy bien posicionado entre la sociedad parisina.

Emma estaba feliz y eligió a Angie como confidente y consejera, que fue conociendo al mínimo detalle todo lo relativo a la relación amorosa. La Viuda Negra había decidido poner en marcha su plan, no contaba con la aparición del francés pero analizando la situación pensó que no sería un obstáculo sino todo lo contrario, sin esperarlo podía matar dos pájaros de un tiro en la misma jugada. Pero no tenía tiempo si quería que todo saliera bien, el calendario corría en su contra y cuanto más avanzada fuese la relación entre François y

Emma más complicado resultaría para sus intereses.

Para la directora de Recursos Humanos no le fue difícil hacerse con todos los datos personales que necesitaba. Indagó tanto en su vida personal que tampoco le costó mucho esfuerzo en suplantar la identidad de la propia Emma, El parecido físico de ambas fue una de las características principales por la que la escogió como víctima, por lo que solo necesitó una peluca, algo de maquillaje, imitar su firma sin levantar sospechas y poco más.

Comenzó por contratar un seguro de vida a nombre de la propia Emma usurpando su identidad, pero para no levantar recelos puso de beneficiaria a una tercera persona, a su amiga Cristina, a cuyos datos personales también tuvo fácil acceso en los ficheros de la empresa. Pasados unos días invitó a Emma a cenar en su casa con la excusa de proponerle un asenso profesional en la compañía, a lo que aceptó gustosamente. Para tal efecto alquiló un apartamento por un solo día también a nombre de la propia víctima, a la que durmió con somníferos en la bebida. Una vez inconsciente le ató una bolsa de plástico en la cabeza y la asfixió, la desnudó y vertió sobre ella restos de semen de dos gigolós a los que días antes había contratado con la única intención de que eyacularan en una probeta. Limpió todas las huellas sin dejar rastro de ningún tipo y tras meter la ropa de Emma en una bolsa se marchó con ella del apartamento.

Dos días más tarde encontraron el cuerpo de Emma sin vida y desnuda, lo que se intuyó como un claro caso de asesinato sexual, cargando todas las culpas sobre los dos gigolós. No existió problema alguno en que la aseguradora ingresara el dinero en la cuenta bancaria que Angie había creado a nombre de Cristina para tal asunto exclusivamente. Nada ni nadie la relaciono con el

suceso ni el cobro del seguro. Por supuesto que tampoco dejó de comunicarse con François, haciéndole creer que era la propia Emma.

Pero llegado a un punto de la relación Angie dudó en continuar utilizando la identidad de Emma, tarde o temprano tendría que encontrarse con él personalmente y de seguir así resultaría más complejo para desarrollar su plan, por lo que le descubrió al pretendiente francés su propia personalidad, excusándose en que le había mentido por cuestión de seguridad, por la protección de su propia intimidad. Para François fue una sorpresa, que no solo entendió sino que también recibió encantado, pues había ganado en el cambio, se trataba de la misma persona pero con mejor posición económica y profesional.

Pasaron varias semanas desde la revelación de identidad de Angie y a los dos le entraron de repente unas ganas desorbitadas de conocerse personalmente por lo que él tomó la iniciativa de desplazarse a Barcelona por un par de semanas. Ella lo acogió en su casa y todo se desarrolló como en un cuento de hadas, en el que no surgió ningún inconveniente, al contrario, tanto él como ella tomaron la decisión de contraer matrimonio lo antes posible y regresar los dos a París convertidos en esposos.

Angie se las prometía muy felices, había descubierto un auténtico filón de oro en su mina particular. Su flamante marido era propietario de varias empresas relacionadas con el automóvil en Francia y por ende también propietaria al contraer matrimonio sin repartición de bienes gananciales en caso de divorcio, pero ella no pensaba en separarse y arrebatarle la mitad de la fortuna sino que su ambición iba más allá, estaba decidida a quedarse con todo y para tal efecto comenzó a preparar su próximo crimen.

Pero claro, acostumbrada a actuar siempre como victimaria y confiada en sus éxitos anteriores, no se le había ocurrido pensar que también François podría compartir con ella su misma naturaleza, la de un despiadado asesino, ni que también tuviese preparado su particular plan siniestro. También él tenía como única meta adueñarse de su fortuna y en esta ocasión le había ganado la vez, iba por delante de ella y no tuvo la más mínima sospecha de que en esta ocasión era a ella a quien le tocaría el papel de víctima. Eran tal para cual sin saberlo, la horma de sus zapatos, y el destino los había situado como concursantes en un macabro juego que ganaría el más avisado de los dos.

Tampoco François era quien decía ser. Cuando conoció a Emma no le dio más importancia que la que se le pueda dar a una aventura sentimental sin pretensiones, más allá que la que puedan tener dos desconocidos que simpatizan en las redes sociales sin posibilidades de llegar a consumarse como una relación seria. Pero la revelación de identidad de Angie hizo que se le encendieran sus malvadas luces y comenzara a maquinarse una estrategia que ya estaba desarrollándose en el último tramo del proceso. Su marido no era el adinerado hombre de negocios titular de tantas propiedades que decía ser sino su secretario particular que hacía las veces de recadero. Cuando su jefe le comunicó que se ausentaría de la ciudad por un tiempo también le propuso adelantar las vacaciones, pues durante ese periodo no necesitaba de su colaboración, y fue entonces cuando pensó en sacarle rendimiento a las circunstancias y, aprovechando su libre acceso al despacho del jefe, se apresuró en hacer una copia de llaves de su casa, sabía que quedaría deshabitada por ese intervalo de tiempo y podría utilizarla como escenario principal donde sorprender a Angie.

Como era de esperar, a la llegada a París ella quedó sorprendida por la mansión donde suponía iba a vivir con su marido hasta que se deshiciera de él, para después pasar a convertirse en la única propietaria, en cambio François no perdió el tiempo, faltaban sólo dos días para el regreso de su jefe y para entonces todo debería de estar resuelto. Aquel mismo día, como hiciera en varias ocasiones anteriormente, tomó el teléfono de Angie y, aprovechando que estaba en la ducha, llamó a su jefe para que, como acordaron antes de su partida, le pusiera al tanto de algunos asuntos y le informara respecto a la documentación que debía de preparar a su llegada.

El día siguiente resultó agotador para François con tanto trajín macabro, pero tal y como tenía previsto todo quedó preparado para la llegada de su jefe en las próximas horas, no dejó ni una sola huella que delatara su paso por la casa. A continuación puso en marcha el dispositivo final llamando a la policía y denunciando la desaparición de su esposa, que sospechosamente relacionaba con su jefe, revelándoles como prueba que había encontrado reflejadas en la memoria de su terminal varias llamadas realizadas al número de teléfono de su superior.

Solo tuvo que esperar un día más para ver cómo los noticieros de todo el país abrían con la misma noticia en portada. Habían detenido a un importante hombre de negocios acusado de ser el asesino en serie que llevaba varios años aterrorizando a los parisinos con sus crímenes. Habían hallado en el sótano de su casa y dentro de una maleta el cuerpo descuartizado de la esposa de su secretario.